

A D A N M E L



Gema Gil Gutiérrez

© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: Adanmel.

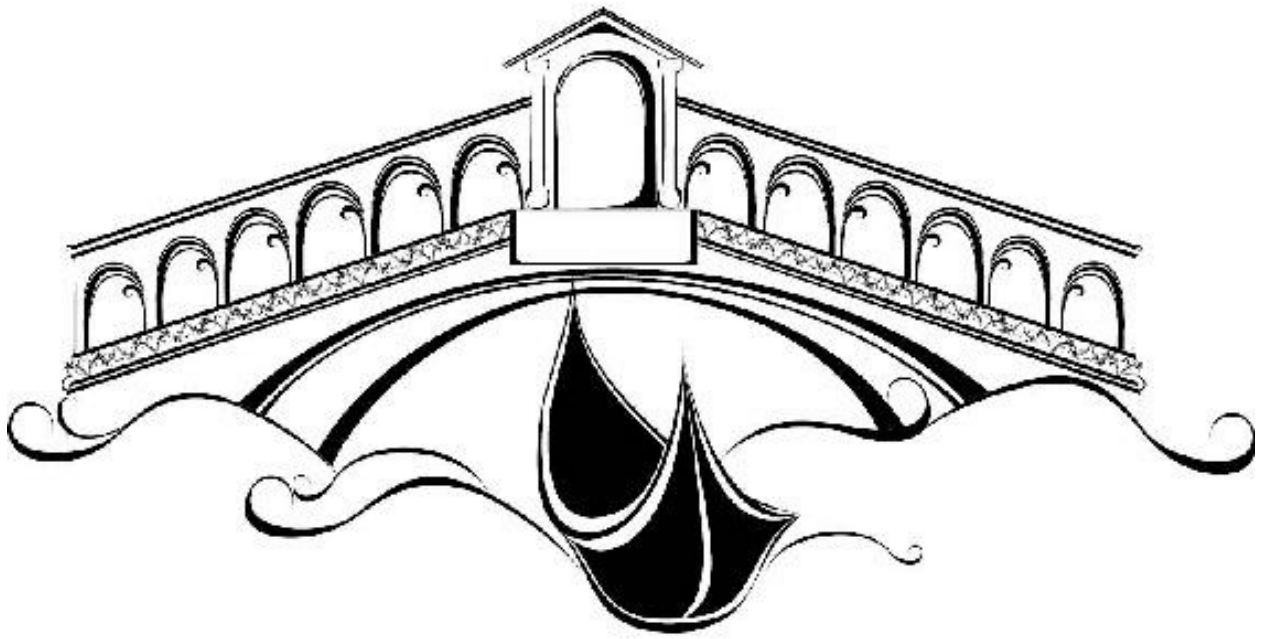
©Gema Gil Gutiérrez, 2018.

Diseño de la portada: Ana B. López.

Corrección del texto y maqueta: Ana B. López.

Imagen tomada de Depositphotos.

ADANMEL



GEMA GIL GUTIÉRREZ

A mi querida hermana.

Puedes seguir vaciando mi armario

siempre que quieras

P.D.:Le he puesto un candado

de apertura digital con clave.

¡Mamá!, pon otro para que no te lo vacíe yo.

Si nada nos libra de la muerte,
al menos que el amor nos salve de la
vida

CAPÍTULO I



Raquel se había adentrado en lo más profundo del bosque. El contacto con la naturaleza siempre relajaba su espíritu, su cuerpo y su mente. Aunque jamás se había perdido, dado el tamaño y la frondosidad del bosque, decidió no apartarse demasiado del camino trazado para guiar a las personas que como a ella les gustaba hacer senderismo o simplemente buscaban pasar un rato alejados de la rutina y responsabilidades cotidianas. El fin de semana por lo general solía descansar, pero el día anterior, a las nueve de la mañana, una llamada telefónica la había sobresaltado y levantado de la cama con una noticia que le aceleró el corazón de tal manera que tuvo que sentarse durante unos minutos para no caerse.

Raquel Rodríguez, con veintiocho años, ingeniera medioambiental reputada, se había trasladado hacía tres meses desde su España natal a Irlanda, donde se le había contratado para realizar un estudio en una fábrica de productos de limpieza. Su trabajo consistía en analizar los químicos que contenían y su impacto en los humanos y medioambiente, además de investigar métodos alternativos de limpieza con materiales ecológicos.

Irlanda se había puesto muy seria en lo referente al daño ambiental causado tanto por particulares como por empresas, y había puesto en marcha una nueva estrategia para reducir su alarmante déficit público debido a su economía en ruina.

Durante los tres últimos años, el gobierno había establecido impuestos a la mayoría de los combustibles fósiles utilizados por particulares, oficinas, vehículos y la agricultura. La basura de la casa se pesaba en la acera y se cobraba una tarifa por cualquier cosa que no estuviera siendo reciclada. Los irlandeses pagaban impuestos sobre la compra de automóviles nuevos que se elevaban abruptamente en proporción a las emisiones del vehículo.

Cuando los irlandeses se enfrentaron a nuevos impuestos ambientales, adoptaron rápidamente combustibles más ecológicos, coches con menores

emisiones... y comenzaron a reciclar con entusiasmo. Al haber menos basura que recolectar, se necesita menos espacio en vertederos. Y a medida que los combustibles fósiles se hicieron más costosos, las fuentes de energía renovable se hicieron más competitivas, por ejemplo la industria de la energía eólica.

Pero no todo el mundo estaba feliz. Los precios de los productos básicos, como la gasolina y el combustible para la calefacción, habían aumentado. Esto se había hecho particularmente difícil para los hogares de menos recursos, a pesar de que el gobierno había otorgado subsidios para estas familias con el fin de protegerlas de estos impactos. Las industrias también se quejaban, ya que el alza de los precios de energía había hecho más difícil para ellos competir fuera de Irlanda.

Estas y otras circunstancias hacían que el trabajo de Raquel cobrara una gran importancia para la empresa que la había contratado.

El día anterior se había producido un vertido de una gran cantidad de productos químicos al río que atravesaba el pueblo, situado a diez kilómetros de donde se ubicaba la fábrica. Alarmados por el trágico incidente, habían llamado a Raquel de inmediato. Al llegar a su lugar de trabajo fue informada con mayor precisión sobre el mismo. Dos empleados habían sido enviados hacía una hora con instrucciones claras sobre la información que debían facilitar. Unos minutos más tarde, la esperada información llegó. Afortunadamente, no había personas afectadas por el incidente en los alrededores, la envergadura del derrame era inferior a quinientos metros cúbicos y el aporte al río continuaba. Con esa información, el jefe de grupo de respuesta del plan de contingencia activó el plan de emergencia en el nivel dos. Se nombró a Raquel como jefe del grupo de ataque y a otro ingeniero como jefe del grupo logístico. Tras una breve reunión de estos con el jefe del grupo de respuesta y el director de emergencia se estableció un área de intervención en la zona afectada, a la que se dirigió Raquel rápidamente. Fue ella quien localizó la fuente origen del vertido y quien envió a un equipo especializado para cerrarla y anularla. Durante horas se trabajó incansablemente para confinar el producto en la zona elegida. Una vez hecho esto, se procedió a armar el sistema de recuperación con barreras de contención, colectores, bombas y camiones de vacío. Eran las diez de la noche

cuando el director de emergencias comunicó el fin de la contingencia. Raquel había sugerido el apagado programado de las máquinas, recogido muestras de agua y redactado un informe detallado sobre la fuente de origen del vertido, que se encontraba ilegalmente en unos depósitos subterráneos a trescientos metros de la fábrica, en las inmediaciones del río, y que había enviado al departamento correspondiente que se lo había solicitado con urgencia. Sabía de antemano que se abriría una investigación y se decretaría el cierre de la fábrica por un periodo indefinido. Esto dejaría a los ochenta empleados de la fábrica sin trabajo durante un tiempo indeterminado y sabía que la multa que impondrían a los responsables podría ser tan elevada que la fábrica incluso no podría volver a reabrirse jamás. También sabía que ese informe tendría consecuencias. Su contrato de trabajo tenía fecha de caducidad.

Eran las cuatro de la mañana cuando llegó al pequeño apartamento que tenía alquilado. Por una parte, estaba muy satisfecha con los trabajos realizados y el esfuerzo humano de tantas personas implicadas que consiguieron evitar que el vertido llegara hasta el pueblo y hubiera ocasionado problemas mucho más graves y consecuencias nefastas para el medioambiente. Por otra, era consciente de lo que todo esto significaba para las familias de los trabajadores, y esto la apenaba mucho. Pero exhausta como estaba, solo le dio tiempo a ponerse el pijama a duras penas y meterse en la cama, ni siquiera tenía fuerzas para prepararse algo de comer, los dos únicos sándwiches que había comido durante todo el tiempo que estuvo allí tendrían que ser suficientes para que su quejumbroso estómago aguantara hasta que se despertara; después, prepararía algo de comer y se iría a pasar el resto del día del domingo al inmenso y precioso bosque que se encontraba a tres kilómetros del pueblo. Necesitaba relajarse, recobrar fuerzas y cargarse de energía positiva para afrontar los duros días que le esperaban. Agotada como estaba, se quedó dormida casi al instante.

CAPÍTULO II



Si había algo que le gustaba tanto como pasear entre los árboles era sentarse entre ellos al lado de un riachuelo y comerse un bocadillo de tortilla de patata. Tras dar un largo paseo, encontró ese lugar que al verlo de inmediato piensas que es el ideal para descansar y comer con tranquilidad. Se acomodó en una piedra cerca de la orilla del riachuelo, que parecía haber sido puesta a propósito para ella, y durante unos minutos cerró los ojos, escuchando la paz que le rodeaba tan solo interrumpida por el ruido del agua, los pájaros y el susurro de los árboles. Una música que deleitaba sus sentidos.

Totalmente concentrada en esos sonidos y ajena a todo lo demás, no se percató de que estaba siendo observada de cerca, al igual que no oyó, hasta que ya los tenía casi encima, la llegada de tres hombres que la miraban como si ella fuera un animal peligroso.

Enseguida los reconoció, eran los tres encargados de los grupos de trabajo de la fábrica. Sorprendida de que la hubieran encontrado, lo primero que se le ocurrió pensar fue que algo grave había vuelto a ocurrir en la fábrica, y ya puesta en pie fue la primera en hablar:

—¿Ha vuelto a ocurrir alguna nueva tragedia?

Los hombres tardaron unos segundos en contestar. Al final, uno de ellos fue el que se decidió a hacerlo.

—No, ninguna.

—Entonces, ¿qué hacen aquí, cómo me han encontrado? No recuerdo haberle dicho a nadie dónde me dirigía, y supongo que no es una casualidad que los tres encargados de la fábrica donde trabajo estén juntos y se hallan topado conmigo sin más, exactamente en el punto del bosque donde yo me encuentro.

—No, no lo es. La hemos estado siguiendo desde que salió de su casa.

—¿Me han puesto guardaespaldas? —comentó ella alzando las cejas y con una medio sonrisa que intentaba esconder en realidad una llamada de alarma que percibía con más intensidad a cada segundo que transcurría.

Los hombres, un tanto desconcertados, se miraron entre ellos hasta que uno se llevó una mano a la espalda y, sacando una pistola, le apuntó directamente con ella. Raquel dio un paso atrás muy asustada y preguntó:

—¿Qué significa esto?

—Esto, señorita entrometida, significa que no vamos a permitir que nos cierre la fábrica y deje a ochenta familias en la calle. Usted y su preocupación por el medioambiente es todo lo que le interesa. No se ha parado a pensar en el daño que nos ocasiona a nosotros, familias con hijos afincados en este lugar desde siempre, cuyo único medio de subsistencia es esa fábrica que iba a ser cerrada gracias a su maldito informe.

—¿Me están echando la culpa a mí de lo que ha pasado?

—No de lo que ha pasado, sino de lo que podría pasar si ese informe llegara donde no debe.

—¿Se han vuelto locos?! Saben tan bien como yo que un agente del Gobierno fue testigo del hallazgo de los depósitos subterráneos ilegales que causaron el vertido al río. Me ordenó hacer un informe detallado y enviárselo con la mayor urgencia. Si yo no lo hubiera hecho, lo habría redactado otro. ¿Cómo se supone que debería haber actuado, me tendría que haber negado y pasar por alto el gravísimo incidente? Ustedes solo ven que ochenta familias se van a quedar sin trabajo. Yo también lo veo, ¿creen que soy tan inhumana? Pero, además de eso, también veo otras cosas. Si no hubiéramos sido capaces de controlar el vertido, todas esas familias a las que están intentando proteger, sus familias, habrían enfermado y quizá fallecido debido a los gases de los químicos o a una intoxicación como consecuencia del envenenamiento del agua y de la tierra, vivir allí habría sido inviable. ¿Habrían preferido esa opción? No me hagan a mí responsable de la transgresión de sus superiores. Supongo que el Gobierno tendrá en cuenta la situación en la que se van a quedar y buscarán soluciones a su problema lo antes posible. Además, ya es tarde, el informe ya ha sido enviado. Mi muerte no les serviría de nada.

—Se equivoca. Usted es el único cabo suelto que nos queda y no podemos

permitir que eso ocurra.

—¿Acaso no han escuchado nada de lo que acabo de decirles?! Esta madrugada envié el informe vía email y hay un agente del Gobierno que está al corriente de todo. No podrán ocultar lo que ha pasado aquí.

—Ya nos hemos encargado de ambas cosas.

—¿A qué se refieren? No entiendo.

—Interceptamos su email y lo borramos antes de que fuera abierto. En cuanto al agente del Gobierno, ya no podrá decir nada.

—¡Dios mío! ¿Lo han matado?!

—Como verá, ya solo nos queda por resolver un último detalle.

—Por favor, no lo hagan, siempre se pueden encontrar soluciones. Estamos acabando con nuestro planeta. Si no nos tomamos en serio el daño que le estamos causando, la raza humana se extinguirá. ¿No lo comprenden?! ¡Están cometiendo un gravísimo error!

—Lo siento, señorita, pero ya es tarde para echarse atrás.

El hombre que portaba la pistola montó el arma. Justo en el momento que disparaba, dos bultos aparecieron de la nada y se abalanzaron sobre el pequeño grupo, que huyó despavorido. Unos segundos después, Raquel perdió el conocimiento.

—¿Está muerta?

—No. Todavía respira. La bala no le ha atravesado el corazón, pero por poco. Solo ha perdido el conocimiento, pero si no se le atiende de inmediato podría morir desangrada. Somos los únicos que sabemos que se encuentra aquí herida.

—¿Y qué sugieres que hagamos, Bartar?

—Vete a casa e informa al rey de lo ocurrido. Yo me quedaré con ella hasta que vuelvas con una respuesta. Date prisa, Uras, el tiempo no juega a su favor. Mientras tanto, yo haré todo lo que pueda para cortar la hemorragia.

—Sabes que tu padre no permite, excepto en casos muy excepcionales, el contacto con los humanos. Tu decisión lo enfurecerá.

—Te olvidas de que la mitad de mi sangre es humana, y que parte de mi vida la he pasado y la sigo pasando entre ellos. Lo entenderá. Vamos, no hay tiempo que perder. Su vida corre peligro.

—Como ordenéis, príncipe Bartar.

Instantes después que Uras partiera, el príncipe elfo comenzó a restablecer de manera efectiva el balance natural del desorden en el plano físico de Raquel. Como todos ellos, reconocían de inmediato lo que estaba produciendo aquel desorden para efectuar una sanación con la ayuda del espíritu de la tierra, ya que todos los elfos eran maestros de Reiki, potencialidad que les venía desde su nacimiento. Una vez transmitida su magia sobre la muchacha, sacó un frasco con un líquido que provenía de la decocción resultante de yemas secas de chopo, muy efectivo para disminuir el sangrado, el riesgo de infección y favorecer la cicatrización, y le lavó con ella la herida de bala con suma delicadeza. Era otra más de las habilidades que tenían los elfos, conocían a la perfección las propiedades curativas de las hierbas y los elementos. Por último, se fue en busca de telarañas y se las puso sobre la herida para ayudar a cortar el sangrado, a modo de vendaje. Por el momento, no se podía hacer más, pero sería suficiente para que aguantara hasta saber la decisión de su padre.

Mientras la observaba, sintió que había hecho lo correcto. Esa mujer había sido muy valiente, aunque sintió su miedo desde el primer momento. Ella había sido capaz de controlar la situación, enfrentarse a sus asesinos e intentar persuadirlos de su error. No sabía a qué se dedicaba, pero estaba claro que se preocupaba por las personas y por la salud del planeta, y eso para un elfo era motivo suficiente para considerar a un humano digno de respeto.

Además, era una mujer muy hermosa, hubiera sido una lástima que alguien tan joven hubiera tenido un final tan innmercido.

Dos horas más tarde, Bartar se quedó sorprendido al comprobar que Uras venía acompañado de su padre, el rey de los elfos.

—Padre.

—Bartar, espero que tengas una buena razón para haber actuado así. Uras me ha contado lo ocurrido, pero no ha sabido decirme qué es lo que te ha impulsado a desobedecer y saltarte las reglas de nuestro pueblo. Necesito oír

de tus labios los motivos que te han llevado a hacer algo tan imprudente.

—Algo parecido a lo que una vez te convenció a ti a hacer lo mismo, padre.

Adannel se quedó mirando fijamente a su hijo más querido durante unos segundos, antes de hablar.

—Uras, déjanos a solas un momento, por favor.

—Estaré cerca —dijo Uras.

—Siempre he sabido que tu sangre medio humana me traería problemas tarde o temprano.

—¿Problemas dices? Tan solo he intentado evitar una muerte injusta.

—Los problemas de los humanos los resuelven los humanos. Nosotros no tomamos parte, debemos ser invisibles para ellos. Si no fuera así, nuestra raza no existiría. Conoces las reglas y las consecuencias de saltárselas. Con estas acciones me pones en un compromiso, tú, mi hijo. Por suerte, Uras vino a mí directamente y nadie más sabe lo que ha ocurrido. Solucionemos esto lo antes posible y volvamos a casa.

—¿Qué propones que hagamos?

—La llevaremos al pueblo y llamaremos la atención de algún humano para que la encuentre y la lleve a un hospital. ¿Dónde está la chica?

—Detrás de esos matorrales —señaló con el dedo.

Adannel se acercó a ella y la observó detenidamente. Hacía noventa años que no veía a un ser humano tan de cerca. Los recuerdos de la última vez que lo hizo invadieron súbitamente su mente.

Solo él sabía con exactitud el gran amor que un día sintió por una mujer humana. Fruto de ese amor fue su hijo Bartar, al que adoraba, porque no solo se parecía a ella físicamente, su parte humana también le hacía recordar constantemente el motivo por el que se enamoró de su madre.

—Es muy hermosa.

—Lo sé, y también muy valiente.

—Veo que te has encargado de mantenerla con vida.

—Si no lo hubiera hecho, ya estaría muerta.

—¿Por qué la salvaste, hijo?

—Sentí que debía hacerlo.

—¿Lo sentiste?

—Cuando la escuché, percibí con claridad un corazón honesto, compasivo e íntegro, y tanto Uras como yo fuimos testigos de su angustia en la defensa del planeta.

—¿A qué te refieres?

—Discutieron acerca de un vertido de químicos al río y un informe que ella había hecho al respecto y que no querían que se divulgara porque entonces se quedarían sin trabajo. Ella intentó convencerlos de lo peligroso que sería para sus familias y para el planeta esconder este tipo de incidentes, pero no la escucharon y le dispararon.

—Me alegra entonces saber que tu intervención ha sido justificada, excepcionalmente podemos acercarnos a los humanos si su alma es más élfica que humana.

—¿Eso era un chiste, padre?

—¿Tan mal lo he hecho?

—No ha estado mal para un elfo puro. Mi madre dejó algo de su también pura humanidad en ti —le dijo con esa gran sonrisa que tanto le gustaba a su padre.

Al ver que su padre lo miraba como si le hubieran salido cuernos, Bartar soltó una carcajada, algo que ya no es que le gustara, sino que fascinaba al rey de los elfos por la facilidad y naturalidad con la que lo hacía. Finalmente, Adanmel también sonrió, algo que no era frecuente, pero al parecer para su hijo conseguir que lo hiciera no representaba un problema.

—Padre, deberíamos llevar ya a la muchacha al pueblo.

—Tienes razón. Yo mismo la llevaré en brazos.

Quince minutos más tarde, Raquel abrió los ojos. Tras dos horas largas de inconsciencia, estaba muy aturdida. Cuando pudo fijar un poco los ojos en

algo, se volvió e intentó enfocar a quien al parecer la llevaba en brazos. Cuando consiguió distinguir medianamente su cara, sonrió antes de decir:

—Hola.

Adanmel se paró en seco sorprendido y se quedó mirándola sin saber qué decir, no contaba con que se despertara antes de dejarla a salvo con los de su especie. ¿Y por qué le sonreía?

—¿Estoy muerta o estoy soñando?

—Estás soñando —consiguió decir al fin el rey.

—Me encanta este sueño. Jamás un hombre me había cogido en brazos, pero que lo haga un ángel es más de lo que podría pedir.

—¿Crees que soy un ángel?

—Ningún hombre mortal podría ser tan guapo, ni tener una voz que te acaricia.

—¿Quizá un elfo? —preguntó con diversión Bartar como si tal cosa.

Raquel, que seguía sin enfocar bien, sin saber quién le preguntaba y sin fuerza en la voz se limitó a contestar:

—Es una opción. Por lo que he leído, son de una belleza extraordinaria, y no cabe duda de que seas lo que seas eres lo más hermoso que he visto y seguramente veré en mi vida o en mis sueños —dijo mirando al rey con una vocecilla que se iba apagando por momentos y sin perder esa encantadora sonrisa—. Si los ángeles existen, ¿por qué no iban a existir los elfos?

Fue lo último que pudo pronunciar antes de volver a perder el conocimiento. Adanmel volvió a sonreír por segunda vez en un día mientras se preguntaba por qué las mujeres humanas lo perturbaban tanto y por qué se sentía tan halagado con sus palabras.

Al llegar al pueblo, fue Bartar quien la cogió en brazos, tomándola de los de su padre. Su apariencia más humana no llamaba tanto la atención, y en el pueblo era conocido.

—Padre, quiero asegurarme de que llegará viva al hospital. Me quedaré con ella hasta comprobar que nadie intenta volver a asesinarla mientras se

encuentre tan débil.

—De acuerdo, procura no llamar la atención, aunque tengo poca fe en ello, y regresa cuanto antes, hijo.

—Así lo haré, elfo de extraordinaria belleza.

Adanmel puso los ojos en blanco, lo que provocó otra carcajada de su hijo.

—Vete antes de que te corte esos híbridos que tienes por orejas.

—Vaya, padre, dos chistes en un solo día. Me tienes perplejo.

—Lárgate ya antes de que agotes mi paciencia y alguien piense que soy un rey y un padre blando.

Uras, único testigo y el mejor amigo del príncipe, también sonreía ante la complicidad que existía entre padre e hijo.

Bartar se acercó a una casa grande que estaba más separada del resto y llamó a la puerta. Una hora después, Raquel se encontraba en uno de los hospitales de Dublín siendo atendida por los médicos de urgencias, los cuales actuaron con la mayor celeridad al comprobar la causa de la herida.

La bala se había quedado alojada en el interior del cuerpo, por lo que hubo que extraerla. Esas horas proporcionaron a Bartar la ocasión para salir del hospital y planificar algunas cosas.

CAPÍTULO III



Dublín 1891

El futuro marqués de Leinster y su mejor amigo, Ian, hijo del notario más prestigioso de Dublín, habían regresado hacía seis meses de Estados Unidos, donde se habían formado como abogados durante cinco años. El matrimonio del primero estaba concertado desde hacía tiempo, y se había pospuesto hasta que él terminara sus estudios. Pese a su renuencia a hacerlo, ya que no estaba enamorado de su prometida, la sociedad era muy estricta con las normas, y finalmente el matrimonio se llevó a cabo.

La temporada de baile acababa de comenzar, y en el primero de ellos las nuevas debutantes eran presentadas en sociedad. Ese año, la única hermana de Ian, que acababa de cumplir los dieciocho, era una de ellas. Pese a los años que ambos llevaban de amistad, Liam Leinster solo la había visto en dos ocasiones, y en ambas no era más que una niña de doce o trece años. Ignoraba por completo en qué clase de mujer se habría convertido, aunque siempre pensó que esa niña se convertiría en una atractiva mujer.

Aislin hizo su entrada cogida del brazo de su padre al tiempo que era presentada. Liam, al oírlo, se giró y, al verla, se quedó con la boca abierta. Jamás se hubiera imaginado la increíble transformación de esa chiquilla. Lo que tenía ante sus ojos era lo más delicioso que había visto en su vida. Y por los comentarios que empezaron a desatarse a su alrededor, al parecer no era el único que pensaba lo mismo. Ian fue en busca de su padre y hermana, acercándose con ambos, a donde Liam y su esposa se encontraban hablando con uno de los invitados en ese momento.

—Liam, ¿te acuerdas de mi hermana?

—Recuerdo a una joven y bonita muchacha que poco tiene que ver con la hermosa mujer en la que se ha convertido.

Aislin se puso colorada y bajó la vista, al tiempo que la mujer de Liam le

apretaba disimuladamente el brazo para hacerle saber que se habían olvidado de presentársela.

—Oh, discúlpenme, señorita Aislin. Le presento a la señora Leinster, mi esposa.

Ambas se hicieron una pequeña reverencia.

—Estoy convencida, querida, de que esta noche no le faltarán pretendientes —comentó la señora Leinster un tanto molesta por la belleza de la chica, a la que su marido no quitaba ojo.

—En ese caso, perdone mi atrevimiento si inscribo mi nombre en su carnet de baile antes de que no tenga un solo hueco disponible —dijo Liam con una encantadora sonrisa.

—Vamos, hermanita, déjame presentarte al resto de invitados y hombres solteros deseosos de apuntarse también a ese carnet de baile.

—Señor Leinster, señora Leinster, ha sido un placer conocerla.

Cuando por fin se alejaron de la pareja, Aislin soltó de golpe todo el aire que había estado conteniendo. ¡Era tan guapo!

En más de una ocasión, cuando Liam iba a su casa, se quedaba escondida observándolo. Se había enamorado de él como una tonta. Después de unos cuantos años sin verlo y de su reciente matrimonio, pensó que esa etapa la había superado y solo se había tratado de un enamoramiento típico de su edad. Pero al verlo esa noche notó como algo se removía en su interior, y eso la perturbó más de lo que hubiera imaginado.

Liam, por su parte, no perdía ocasión para seguirla con la mirada allá donde se encontrara.

A pesar de que su libreta de baile se llenó de inmediato, en lo único que podía pensar es que en unos momentos lo que siempre había soñado se convertiría en realidad. Estaría entre los brazos de Liam, y eso era lo único que importaba.

Tras el baile de apertura, en el cual, como era costumbre, las debutantes tenían como pareja a sus padres o a algún familiar cercano en el caso de que el primero, por los motivos que fueran, no pudiera acompañarlas, Aislin

observó como Liam se aproximaba a ella, era su turno.

Cuando la música empezó a sonar y la cogió entre sus brazos, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Aislin, permíteme que te diga que estás preciosa. No existe una mujer más bella en todo el país.

—¿Se le permite a un hombre casado decir esas cosas a otras mujeres?

Liam se echó a reír.

—Posiblemente, no. Pero no se lo contaremos a nadie, ¿cierto?

Aislin, mirándolo a los ojos, le contestó con una sonrisa radiante:

—No, no lo haremos. Así que si tienes algo más que decir que se deba ocultar, es el momento.

Liam volvió a reírse. Le gustaba la complicidad que se había instalado entre ellos tan rápidamente.

Durante toda la temporada de baile, se fueron conociendo más en profundidad, y cuando esta terminó, Liam buscó excusas para ir más a menudo a casa de su amigo con el único propósito de poder verla. Por su parte, Aislin rechazaba continuamente a todos sus pretendientes, que no eran pocos, lo que empezó a ocasionar preocupación en la familia, que no llegaba a entender su obstinación.

En la primera ocasión que pudieron encontrarse a solas, se declararon su amor. Después de ese encuentro hubo muchos más. Aislin solía pasar el verano en casa de sus tíos, en una finca que estos tenían a las afueras de Dublín. Sus padres se ausentaban durante un tiempo para que su madre pudiera visitar a su familia, ya que toda ella estaba afincada en Inglaterra. Una vez a la semana, sus tíos solían acercarse a la ciudad. Su tío, por negocios; su mujer lo acompañaba y aprovechaba el viaje para visitar a sus amistades y familiares o para ir de compras. Liam se presentaba allí puntualmente cada semana y durante unas horas vivían su amor intensamente.

Al finalizar el verano, Aislin comunicó a Liam que estaban esperando un hijo. Entonces, el infierno se desató.

Cuando Liam le pidió el divorcio a su esposa, esta, humillada y

despechada, no solo se lo denegó, le aseguró que le arruinaría la vida si volvía a ver a esa mujer. Su familia lo amenazó con desheredarlo del título y propiedades que por derecho como primogénito le correspondían si reconocía a ese niño o hacía algo que comprometiera el buen nombre de la familia.

Aislin se llevó la peor parte. La noticia de su maternidad cayó como una bomba. Pese a todos sus esfuerzos por intentar hacerles comprender lo mucho que se amaban, su padre, montado en cólera por la decepción y el escándalo que supondría que trascendiera la noticia a la sociedad, la echó de casa prohibiéndole volver a entrar en ella jamás. La versión oficial que darían por motivo de su ausencia sería una invitación de un pariente para que pasara con ellos una temporada, de la que nunca regresaría.

Ian, por su parte, fue en busca de su amigo dispuesto a matarlo, pero cuando llegó a su casa y vio el aspecto tan lamentable y las facciones de auténtica desesperación que mostraba, no fue capaz de articular una palabra, antes de verse arrastrado hacia el interior de una sala que Liam cerró con llave.

—¿Cómo está Aislin?

—¿Cómo te atreves a preguntarme...?! —Liam le cortó antes que terminara la frase.

—¡La amo, Ian, más que a nada en este mundo!

—Eso deberías haberlo pensado antes de dejarla embarazada —le contestó seco.

—Ian, por favor, eres la única persona a la que puedo acudir. Estoy pasando por un verdadero infierno.

—¿Crees que eres el único? Has echado a perder la reputación de mi hermana, tú, mi mejor amigo. ¿Cómo has podido? Yo confiaba en ti.

—¡Jamás haría daño a tu hermana!, ¿no has oído lo que acabo de decirte?! Aislin es lo que más me importa en este mundo. ¡Necesito tu ayuda!

—¿Mi ayuda?! ¡Es mi hermana quien la necesita, la han echado de casa!

—¿Qué?!

—Lo que estás oyendo, está recogiendo sus cosas en este momento. Por lo tanto, dame una sola razón para impedir que cometa una locura, Liam.

Liam, desesperado, comenzó a pasear por la habitación de un lado para otro.

—¿A dónde piensa ir?

—No tiene a dónde ir.

Liam se le quedó mirando durante unos segundos, como si hubiera visto un fantasma, antes de reaccionar.

—No pienso abandonarla, ni a ella ni a mi hijo. Nunca, ¿lo entiendes? Jamás.

—¡Estás casado, Liam, por el amor de Dios!

—¡No hace falta que me lo recuerdes! He intentado por todos los medios que mi esposa, a la que jamás he amado, me concediera el divorcio. Está dispuesta a hacerme la vida imposible si vuelvo a ver a Aislin. Por otra parte, mi familia me ha declarado la guerra. Si me divorcio y le doy mi apellido al hijo que vamos a tener o continúo con ella, me desheredarán.

—Es lo menos que mereces. Te tienen atado de pies y manos.

—Por eso necesito tu ayuda.

—¿Y qué sugieres que haga yo?

—Lo primero es buscarle inmediatamente un lugar donde se pueda alojar hasta que le pueda encontrar algo mejor. Nadie sospechará si tú te ocupas en mi nombre de todo.

Un año después, Aislin y la hija de ambos se trasladaron a la casa que Liam había mandado construir a una hora de camino de Dublín, en unas tierras que había comprado, situadas en el interior de una zona rodeada de un inmenso bosque. La casa no era muy grande, pero gozaba de todas las comodidades necesarias para hacerles la vida agradable. Una vez a la semana alguien del pueblo situado a unos pocos kilómetros las abastecía de todo lo necesario para su manutención. Liam las visitaba a menudo y les llevaba siempre regalos y productos que no podían encontrar en el pueblo, e incluso se quedaba varios días con ellas, y así lo hizo durante años. Una vez fallecido su padre, el nuevo marqués de Leinster ya no tenía que dar explicaciones a nadie de sus actos. En cuanto a su esposa, aunque siguió con ella para guardar las apariencias, su

matrimonio de puertas para adentro terminó el mismo día que le negó el divorcio y lo amenazó con arruinarle la vida. Desde ese día, jamás volvió a tocarla.

Aislin, por su parte, se encargó de educar a su hija, enseñándole a leer y escribir e instruyéndola en otras materias. No tenían vida social, pero eran felices y se conformaban con lo que tenían.

Un día, su hermano, que también las visitaba de vez en cuando, apareció con la triste noticia del fallecimiento de Liam debido a unas fiebres que había contraído y que acabaron finalmente con su vida. La noticia destrozó a Aislin, que no se recuperó jamás del terrible golpe. Antes de morir, Liam mandó llamar a su amigo para que hiciera una última cosa por él. Reconoció legalmente a su hija Moira, a la que adoraba, redactó un testamento en el que le dejaba a ella todas sus propiedades y posesiones, y por fin se vengó de la mujer que había impedido que fuera feliz y le había amargado la vida, repudiándola por no haberle dado hijos, asegurándose con ello que su hija recibiría todo su legado sin que ella pudiera maquinara alguna estratagema que lo impidiera, un golpe maestro contra el que su esposa nada podía hacer. Confesar y demostrar que su marido no la había tocado en años porque amaba a otra mujer y su matrimonio había sido una farsa era mucho más humillante que creerla estéril.

Ian entregó a Aislin todos los documentos, y la instó para que abandonara la casa y se trasladara a una de las propiedades que Liam tenía en la ciudad. Pero ella se negó en rotundo a moverse de allí, alegando que todos sus recuerdos con Liam y la felicidad que los tres habían compartido se encontraban en ese lugar, y la ciudad ya hacía tiempo que no tenía nada que ofrecerle ni tampoco lo necesitaba. Ian intentó hacerle ver que si no lo hacía por ella, que al menos pensara en su hija y en su futuro, pero Moira, que por aquel entonces contaba con once años, se negó en rotundo a irse de allí o separarse de su madre. Ian, desolado, se marchó con la promesa de visitarlas pronto y ocuparse de sus necesidades.

Siete años más tarde, Aislin, cuya salud desde el fallecimiento de Liam se había ido deteriorando poco a poco, cayó gravemente enferma. Nada se pudo hacer por ella. Su enfermedad, según confirmó el médico que la atendió, era del alma, sencillamente no quería seguir viviendo. Se había mantenido todo

ese tiempo fuerte por su hija, y ahora que ya no la necesitaba, su único deseo era reunirse finalmente con Liam.

Sus padres, ante la noticia y el repentino remordimiento, se acercaron a dar el último adiós a esa hija a la que no habían visto durante dieciocho años y a la que habían abandonado a su suerte.

—Hola, Moira, soy tu abuelo. Siento mucho que hayamos tenido que conocernos en tan desafortunadas circunstancias, pero dadas las mismas, a tu abuela y a mí nos haría muy dichosos que te trasladaras a vivir con nosotros.

Moira, sin apartar los ojos de los suyos, le dedicó una mirada tan glacial que consiguió que este bajara los ojos avergonzado.

Adanmel, testigo mudo durante todos esos años, observaba expectante la respuesta de la muchacha. Pese a que jamás habían sabido de la existencia del pueblo elfo que se encontraba tan solo a unos cientos de metros de su casa, en el interior de la montaña, Adanmel sí había visto crecer a la muchacha y convertirse en una mujer. Había observado su inocencia, su bondad y el amor por su madre y el lugar en el que había crecido. Jamás había salido de allí, no estaba contaminada por la raza humana, y eso a sus ojos la hacía especial. Por eso, en ese momento, le preocupaba que la muchacha decidiera irse, ya que los humanos acabarían con la pureza de su alma, y eso, no sabía muy bien por qué, lo molestaba terriblemente.

—Le agradezco mucho la oferta, pero esta es mi casa, y todo lo que conozco y amo se encuentra aquí, y aquí me quedaré.

Adanmel sintió un extraño deseo de saltar de alegría, que por supuesto supo controlar mientras continuaba observando los acontecimientos.

—Moira, eres muy joven y ya no tienes a nadie que te proteja. No podrás subsistir aquí tú sola. Con nosotros tendrás comodidades, una vida social y te encontraremos un buen marido. No seas terca y piensa en lo que puedes tener.

—¿Acaso usted pretende darme lecciones de algún tipo? Mi madre y yo nos las hemos arreglado perfectamente durante dieciocho años sin su ayuda. Mi padre jamás nos abandonó, y el único pariente que reconozco como tal y que significa algo para mí, mi tío Ian, ya está al corriente de mi decisión. Mis padres se preocuparon de enseñarme todo lo que necesito saber. Y ahora, si

me disculpan, tengo cosas que hacer. Les deseo un buen viaje de regreso.

Adanmel no podía sentirse más orgulloso de la fuerza y coraje de Moira. Nunca habría adivinado que pudiera enfrentarse como acababa de hacerlo con sus semejantes, teniendo en cuenta a los poquísimos humanos que conocía. Mostrar esa fuerza y seguridad en sí misma solo reforzó la decisión que ya había tomado, prometiéndose a sí mismo cuidar de ella siempre.

CAPÍTULO IV



Bartar, el actual marqués de Leinster en el mundo de los humanos, llegó a su residencia favorita por sorpresa. Normalmente, cuando esto ocurría, avisaba por teléfono con anterioridad anunciándoselo al servicio, pero en esta ocasión no había tenido tiempo de hacerlo, por lo que el personal que se encargaba del mantenimiento de su mansión, al verlo entrar, comenzó una frenética carrera para organizar y ejecutar todas las tareas que el señor les había encomendado. Bartar les informó que su estancia duraría más de lo habitual y que vendría acompañado por una mujer que debía restablecerse de una operación, por lo que tendrían que prepararle una habitación cómoda y atender todas sus necesidades cuando él se ausentara. Tras unas cuantas instrucciones más, hizo especial hincapié que mientras él permaneciera fuera de la residencia, absolutamente nadie debía entrar en la casa, y que ella jamás debería permanecer a solas fuera de sus habitaciones. Tras estas instrucciones, permaneció encerrado en su despacho durante dos horas, tras las cuales, despidiéndose del servicio, les comunicó que los avisaría de su llegada en cuanto a la señorita le dieran el alta en el hospital.

Una hora más tarde estaban tomándole declaración en la comisaría de policía, donde interpuso una denuncia por intento de asesinato, informándoles de lo acontecido y de su presencia como testigo de los hechos, alegando que mientras se encontraba paseando por las inmediaciones del lugar de los mismos, escuchó voces y se acercó, ante lo cual, los agresores se dieron a la fuga no sin antes haber disparado a la víctima. La policía le informó que irían al día siguiente al hospital para tomar manifestación a la víctima cuando ya estuviera un poco más recuperada de su operación.

Antes de volver al hospital se pasó por una floristería y compró un precioso ramo de rosas. Era un noble del siglo XXI, pero también un caballero de principios del XX.

La muchacha ya se encontraba en una habitación privada cuando llegó al

hospital, pero por los efectos de los calmantes se encontraba aún dormida. Acercó una silla a la cama y poniendo su mano sobre la herida, volvió a desplegar su magia élfica sobre ella.

Raquel tardó aún una hora en despertar, todavía un poco atontada por los efectos de su reciente operación. Cuando se dio cuenta de dónde estaba, habló en alto.

—¿Dónde estoy?

Bartar, que se había quedado dormido, saltó como un resorte sobre la silla.

—Hola, ¿cómo te encuentras?

—Como si me hubieran dado una paliza. ¿Quién me ha traído aquí?

—¿Recuerdas algo de lo ocurrido?

—Me dispararon, al parecer he tenido mucha suerte.

—Así es.

—¿Eres médico?

En el momento que formulaba esa pregunta, alguien entró en la habitación.

—No, el médico soy yo. Pero a él le debes que estés aún en el mundo de los vivos.

—¿Tú me has traído aquí?

—Lo más rápido que pude.

—Gracias...

—Bartar, me llamo Bartar.

—Gracias, Bartar, por salvarme la vida.

Cuando giró la cabeza para verle bien la cara, se le abrieron los ojos como platos. ¡Guauuuuu! ¿De dónde había salido ese espécimen? Su asombro y pensamientos se vieron interrumpidos por la voz del médico, que le pedía amablemente a Bartar que saliera de la habitación para poder reconocer a la paciente.

—No te vayas, vuelvo enseguida.

Raquel no pudo por menos que sonreír.

Cuando volvió a entrar de nuevo, con esa sonrisa tan increíble, tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que él se diera cuenta del efecto que le provocaba su presencia.

—¿Está todo bien?

—El doctor dice que hay que esperar cuarenta y ocho horas para ver cómo evoluciono y entonces hará un dictamen más preciso.

—Tu vida no corre peligro.

—Um, una segunda opinión tan positiva de un experto es sin duda alentadora.

—Si tienes ganas de bromear, sobrevivirás. —Ambos sonrieron.

—Por cierto, me llamo Raquel.

—Un hermoso nombre.

—Por favor, cuéntame qué ocurrió en el bosque después que me desvaneciera. Recuerdo antes de hacerlo, ver a dos personas saliendo de la nada corriendo en dirección a mis agresores. ¿Eras tú y algún amigo o familiar?

—Sí, mi amigo es extranjero, y había venido a visitarme unos días, se fue esta mañana temprano. —Improvisó.

—Por favor, trasmítele mi más profundo agradecimiento cuando hables con él.

—Así lo haré.

—¿Qué ocurrió después?

—Tus atacantes se asustaron y se dieron a la fuga. Entonces te hicimos una cura de emergencia y te trajimos hasta aquí.

—¿Cargasteis conmigo hasta la carretera? ¡Dios mío, debió de ser agotador! Nunca os lo podré agradecer lo suficiente.

—No fue para tanto, eres como una pluma. —Sus ojos chispeaban al recordar que fue su padre quien cargó con ella todo el camino—. ¿Conocías a

tus asaltantes?

—Ya lo creo.

—Entonces, pronto estarán entre rejas. Hace unas horas estuve en la Policía y les conté con detalle lo que presenciamos. No mencioné que estaba acompañado por mi amigo para evitarle problemas, vive muy lejos y con mi declaración será suficiente. Te agradecería que tú hicieras lo mismo. Mañana se pasarán por aquí para interrogarte.

—Veo que has pensado en todo. No te conozco, pero me caes bien.

Bartar soltó una carcajada. Ella también le caía bien.

—¿Recuerdas algo más?

—No estoy segura. Está claro que debí soñarlo porque durante un momento me vi en brazos de un ángel y hablé con él.

—¿Cómo sabes que era un ángel?

—Soy humana, sé distinguir a los de mi especie. Si tú hubieras visto lo mismo que yo, también lo sabrías. Su apariencia era humana, pero desprendía luz. Sus facciones eran lo más hermoso que he visto en mi vida. Bueno, es igual, fue un sueño o los efectos del disparo que me provocaron esas visiones.

—Eso parece, pero me alegro de que fuera tan hermoso.

—Tú tampoco pareces cien por cien humano, tienes algo que te hace diferente.

—¿Eso crees? No sé si tomármelo como un insulto o como un halago. ¿Por qué te dispararon?

Raquel suspiró y sus facciones se entristecieron.

—Perdona mi curiosidad, no he debido preguntártelo.

—No es por la pregunta en sí, sino por el horror que me provoca recordarlo.

—No tienes por qué hacerlo entonces.

—Yo creo que sí. Me has salvado la vida, ¿recuerdas? Es lo menos que te mereces.

—Eso no es motivo para meterme donde no me llaman. Te ruego que me disculpes.

Raquel sonrió indulgentemente.

—Soy ingeniera medioambiental y fui contratada por la empresa de químicos que está cerca del bosque donde me encontrasteis. El sábado se produjo un vertido al río procedente de un depósito ilegal que encontramos cerca de la orilla. Un delegado gubernamental me instó a hacer un informe sobre lo ocurrido. Yo sabía que ese informe traería graves consecuencias para la fábrica y sus empleados, pero no hacerlo o mentir no era opción posible. Las consecuencias podrían haber sido extremadamente peligrosas para la población y el medio ambiente. Sabía que eso me traería problemas y enemistades con los directivos y los empleados, sin contar con que mi contrato de trabajo tenía los días contados. Pero jamás pensé que se atreverían a tanto. Interceptaron mi correo electrónico antes de que fuera abierto, borrándolo, y por la conversación que tuve con ellos creo que han matado al delegado gubernativo para que no haya testigos ni pruebas de lo acontecido. Si no hubierais aparecido en el momento justo, yo también estaría muerta. Si se enteran de que sigo viva, vendrán a por mí de nuevo.

—Está claro que no puedes volver por allí. ¿Tienes a algún familiar o amigos que puedan acogerte hasta que estés recuperada?

—Nadie en absoluto.

—Me lo imaginaba. Te quedarás en mi casa hasta que todo se resuelva.

—Te lo agradezco mucho, pero ya has hecho bastante por mí. En cuanto pueda valerme por mí misma cogeré un vuelo y regresaré a mi país.

—No puedes hacerlo, recuerda que está abierta una investigación y podrían llamarte a declarar en cualquier momento. Estoy convencido de que sabes cómo se puede demorar en el tiempo este tipo de cosas. Si me lo permites, yo cuidaré de ti.

Raquel estalló en sollozos, impotente por no poder hacer nada más. Bartar le cogió la mano, y en ese preciso momento notó cómo una paz la embargaba, y supo con certeza que él cumpliría su palabra.

Al parecer, su sueño fue más real de lo que creía porque alguien le había

puesto a un ángel en su camino para protegerla.

Al día siguiente, tal como habían dicho, la policía acudió al hospital a tomarle declaración. Estuvieron más de dos horas haciéndole toda clase de preguntas e insistieron en ponerle protección para su seguridad, pero ella se negó amablemente, alegando que ya contaba con ella. Ya habían terminado cuando el médico los instó dejar a la paciente descansar.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Bastante bien, doctor.

—Voy a examinarle la herida.

Cuando se la destapó para examinarla, exclamó:

—¡Vaya! Debe de tener unas defensas extraordinarias, no solo no hay síntomas de infección, además está cicatrizando de una manera asombrosa. Nunca había visto nada igual. ¿Puede mover el brazo?

—Me duele un poco al hacerlo, pero sí.

—Está bien, voy a hacerle unas pruebas, y si todo está bien, mañana mismo podrá irse a casa.

—Eso es estupendo, doctor. Gracias.

—No me las dé a mí, sino a su naturaleza, insisto en que estoy muy sorprendido por su capacidad de recuperación.

En ese momento, Bartar entró en la habitación.

—Oh, perdone, doctor, no sabía que se encontraba aquí.

—No se preocupe, ya he terminado. Mandaré a la enfermera para que la preparen, quiero hacerle una radiografía. La veo en un rato.

—Buenos días, Raquel.

—Buenos días.

—¿Van a hacerte pruebas?

—Eso parece, el doctor está sorprendido por la rapidez con que está cicatrizando mi herida. Me ha comentado que si todo está bien, mañana me da

el alta.

—Eso es una buena noticia, sin duda. Los hospitales no son un sitio agradable. Cuanto menos estés aquí, mejor. Terminarás de recuperarte en mi casa, donde podrás estar mucho más relajada y tener comodidades.

—Gracias de nuevo, Bartar, no sé qué habría hecho si no hubieras aparecido en mi vida.

—Eres una mujer fuerte e inteligente, habrías salido adelante sin ayuda de nadie.

—Por cierto, gracias por las flores, son preciosas.

—Ha sido un placer. Tengo que ausentarme durante unas horas para acompañar a la policía al lugar donde te dispararon, encontrar el casquillo de la bala es fundamental para incriminar a tus agresores. Volveré lo antes que pueda.

El resto del día transcurrió sin contratiempos. Raquel le contó cosas sobre su país, las pruebas fueron favorables y Bartar lo dispuso todo para recibir a su invitada al día siguiente.

Cuando llegaron a la casa de este, Raquel se quedó con la boca abierta.

—Dios mío, ¿esta es tu casa?

—Es mi favorita.

—¿Tu favorita dices, es que tienes más?

—Alguna más.

—Vaya, no sabía que fueras rico.

—No es algo que vaya pregonando por ahí. Es herencia familiar.

Bartar la ayudó a bajar del coche, y cuando salió de él, alguien se acercó a toda prisa donde se encontraban.

—Excelencia, señorita, bienvenidos.

Raquel giró la cabeza nuevamente sorprendida hacia Bartar.

—¿Excelencia?

Bartar soltó una carcajada y haciéndole una reverencia se presentó.

—Marqués de Leinster para servirle.

—¡Un noble, Virgen Santísima!

—¿Tienes algo en contra de la nobleza? —le susurró medio riendo.

—No me hace ninguna gracia, deberías habérmelo dicho.

—¿Hubiera cambiado en algo que lo supieras?

—No lo sé, pero no me ha gustado.

—Lo siento, no se me ocurrió que pudiera molestarte tanto.

—No es que me moleste, es que estas cosas no me suelen ocurrir, y todo lo que estoy viviendo desde hace unos días, me supera. Discúlpame.

—No hay nada que disculpar. Adelante, por favor, estás en tu casa.

La mansión resultó ser magnífica, como las que salen en las películas: elegante, sobria, refinada e impoluta. Los acontecimientos de los últimos días la tenían muy aturdida, y cuando se instaló en la habitación que le habían preparado, la cual era más grande que su piso de alquiler, se disculpó alegando estar un poco mareada y se acostó en la gran cama, quedándose dormida minutos más tarde.

Durante los siguientes dos días, todo el mundo estuvo pendiente de ella para que se sintiera cómoda. Bartar estuvo tan encantador como siempre, y fue comprendiendo que era realmente un caballero con modales y gustos exquisitos, además de otras cualidades que a cada momento la sorprendían aún más. No era altivo ni orgulloso, no se le había subido a la cabeza su título o su dinero, era amable y cariñoso con el personal de servicio y atendía sus deseos a la mayor celeridad posible. Si a todo eso le unías su increíble e inquietante atractivo, estabas perdida.

La mañana del tercer día le comunicó que tenía que atender unos asuntos y que volvería en un par de días. Pese a que todo el personal era extraordinario, el hecho de que se fuera le causaba una fuerte desazón. Era increíble el vínculo que se había establecido entre ambos, parecía como si se conocieran de siempre.

CAPÍTULO V



Bartar llegó al pequeño pueblo y se dirigió al establo que tenía en propiedad, donde una persona contratada por él cuidaba de sus tres espléndidos caballos, una raza única, de la que solo existían unas mil doscientas cincuenta especies en el mundo. La raza Akhal-Teke originaria de Turkmenistán y que se caracteriza por el brillo de su pelaje, que los hacía parecer metálicos. Al parecer, lo que hace que esa raza sea tan especial son unas proteínas que lucen como metal cuando se proyecta la luz sobre ellos. Una raza muy atlética debido a una gran genética. En China eran y son considerados los caballos del cielo. Ningún otro caballo podría ser más digno de un elfo. Un año atrás, las dos hembras que tenía habían alumbrado un par de potros de ambos sexos, y se los había regalado a su padre y a su hermano respectivamente hacía relativamente poco tiempo. Ambos, que desconocían que esa raza existiera, se quedaron maravillados por su belleza.

Había puesto a sus caballos nombres de estrellas. Ara, Sirrah y Sadira.

Montó al macho y salió cabalgando rumbo al reino de su verdadera y única familia.

Adanmel sentía una alegría inmensa que se guardaba muy mucho de mostrar cada vez que su hijo regresaba del mundo humano. Al no poder contactar con él de ningún modo, el miedo a que no regresara y perderlo se le hacía a veces insoportable.

—Hijo, me alegra que hayas vuelto.

—Padre.

Ambos se abrazaron.

—Mañana mismo me vuelvo a ir.

—Siéntate y cuéntame qué has estado haciendo.

—Verás, padre, Raquel se encuentra en mi casa.

—Raquel, ¿así es como se llama? Bonito nombre.

—Como te decía, tras darle el alta en el hospital, creí conveniente que se instalara allí, no solo porque al ser española no tiene a nadie aquí que la pueda cuidar, sino porque aún corre un gran peligro. Si descubren que sigue viva, volverán a intentar matarla. En mi casa estará más segura mientras se resuelve todo este asunto.

—Ella, perdón, Raquel ¿sabe quiénes intentaron matarla?

—Sí, lo sabe perfectamente. La policía la interrogó y ya tienen todos los datos, incluso la vaina que encontraron donde le dispararon para su análisis en balística, yo mismo los acompañe para mostrarles el lugar donde tenían que buscar. Por eso, debe permanecer escondida hasta que todo se resuelva y ella pueda regresar a su país, lo cual tardará, ya que las leyes humanas son muy lentas.

—Y tú quieres estar a su lado todo ese tiempo.

—No me lo tomes a mal, padre, pero no tiene a nadie más. Debo protegerla.

—¿Seguro que solo se trata de eso? Porque hay alguien que se alegrará enormemente de tu regreso.

A Bartar se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Ahora iré a ver a Sheba.

En ese momento, entró a la sala Annael, el primogénito de Adanmel y medio hermano de Bartar, fruto de su primer matrimonio con una princesa elfa, la cual perdió la vida en un trágico accidente. Un elfo puro...

—¡Bartar! ¿Cuándo has regresado?

—Acabo prácticamente de llegar, Annael.

—Me alegra verte, hermano. ¿Vas a volver a marcharte de nuevo?

—Eso me temo, acabo de explicárselo a papá. Voy a ver a Sheba, luego te pongo al día de todo.

—Ten cuidado, hermanito, no le digas que te vas a volver a ir o podría envenenarte. Yo en tu lugar no bebería nada de lo que me ofreciera.

Los dos hermanos se sonrieron antes que Bartar desapareciera.

Sheba era una hermosa elfa y quien más sabía de hierbas en el poblado. Estaba enamorada de Bartar desde hacía tiempo, y si bien este no le había correspondido desde el principio, con el paso del tiempo y paciencia ella había conseguido atraer su interés sin forzarlo. A pesar de que pasaban tiempo juntos y se encontraban a gusto uno en compañía del otro, Bartar no le había dicho nunca nada que le hiciera pensar que sus sentimientos fueran correspondidos.

—Hola, Sheba.

—Bartar, ya me habían informado de tu llegada. ¿Has terminado con los asuntos que te retenían en el exterior?

—Me temo que no, mañana debo partir de nuevo y esta vez no sé lo que tardaré en regresar.

—Deben ser muy importantes esos asuntos para que tengas que regresar tan precipitadamente.

—Siento mucho no poder quedarme más tiempo, Sheba, pero alguien necesita mi ayuda y soy el único que la puede proteger.

—Ah, se trata de una mujer humana.

—Así es.

—¿Es hermosa?

Bartar no pudo evitar tomarle el pelo.

—Es tan bella que el sol humano palidece ante ella.

—Entonces es normal que estés deseando partir de nuevo. Que tengas buen viaje, Bartar. Si me disculpas, tengo cosas que hacer.

—Sheba, acabo de llegar, ¿no vas a dedicarme un poco de tu tiempo? —respondió contrariado.

—Acabo de decirte que tengo cosas que hacer, seguro que a ti te ocurre lo mismo.

—Pero, Sheba...

—Adiós, Bartar.

Bartar se regañó a sí mismo por su estúpida broma. Como decían los humanos, la había cagado con todo el equipo, así que volvió a la sala donde su padre y hermano seguían departiendo.

—¿No has encontrado a Sheba? —le preguntó su hermano.

—Sí, pero me temo que le he dicho algo que no ha sido de su agrado.

—Hermanito, sin duda tienes un don —le dijo Annael sin poder contener una sonrisa.

—Eso parece.

—Entonces, ahora que no tienes otra cosa mejor que hacer, quizá podrías explicarme qué es lo que te retiene fuera.

Bartar explicó a su hermano todo lo acontecido desde el principio. No volvió a ver a Sheba durante el resto del día, y al final, dándose por vencido, se acostó.

A la mañana siguiente se despidió de todo el mundo, menos de Sheba, que siguió a su pesar sin dar señales de vida.

Nada le advirtió de lo que se iba a encontrar al llegar a su residencia de Dublín hasta que vio al mayordomo dirigirse corriendo hacia él con la cara desencajada.

—¡Dios mío, excelencia, menos mal que ha llegado!

—¿Qué es lo que ocurre, William? —le preguntó temiendo lo peor.

—Unos hombres accedieron al interior de la casa preguntando por la señorita. Al decirles que aquí no se encontraba ninguna señorita, sacaron una pistola y me amenazaron con dispararme si no colaboraba, en ese momento escucharon el ruido de su coche y salieron huyendo por la ventana que da al jardín trasero.

—¿Raquel se encuentra bien? —le preguntó mientras salía corriendo hacia el interior de la casa.

—Supongo que sí, excelencia, no creo que se haya enterado siquiera de lo que ha ocurrido.

—¡Raquel, Raquel! —la llamó a gritos.

—¿Qué ocurre, a qué vienen esos gritos?

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, ¿ha ocurrido algo? No te esperaba hasta mañana.

—Afortunadamente, haber adelantado mi regreso al parecer te ha salvado la vida de nuevo.

—Pero ¿de qué estás hablando? —le preguntó nerviosa.

Bartar le explicó lo ocurrido y cuando terminó le dijo:

—Recoge tus cosas, aquí ya no estás segura.

—¿No habías dicho que aquí nadie me buscaría, a dónde vamos a ir? Si me han encontrado, volverán a hacerlo de nuevo!

—Esta vez no lo harán. De eso puedes estar bien segura.

Una hora más tarde, ambos salían de la mansión en dirección desconocida para Raquel, la cual no le había podido sacar ni una palabra a Bartar sobre su próximo destino.

—¿Pero qué estás haciendo? Me estás llevando de vuelta a la boca del lobo! —le increpó Raquel cuando se dio cuenta de a dónde la llevaba.

—No, exactamente.

Bartar condujo su coche a través del estrecho camino del bosque hasta llegar a una casita medio oculta entre los árboles.

—¿No pensarás en serio que aquí voy a estar a salvo, verdad?

—Métete dentro de la casa y espera a que regrese, volveré tan pronto como pueda.

—¿No puedes dejarme aquí sola en medio de la nada!

—No te ocurrirá nada, te lo prometo.

—Ya veo, ahora eres también adivino.

—Soy algo mejor que eso —le contestó sonriéndole.

Rescató la llave de la puerta de su escondite y se la dio.

—No te muevas de aquí, ¿entendido?

—De acuerdo.

—Buena chica.

Se metió en el coche y se dirigió de nuevo en dirección al pueblo. Allí cambió su coche por uno de sus caballos y regresó por donde había venido, directo a otro mundo.

La llegada precipitada de Bartar inquietó mucho a su padre, que salió a recibirlo sorprendido.

—¿Qué ocurre, Bartar? Apenas hace unas horas que te fuiste.

—Lo siento, padre, tengo que pedirte algo que no va a gustarte.

—¿De qué estás hablando?

—Han vuelto a intentar contra la vida de Raquel, no sé cómo, pero la han encontrado. Mi llegada dio al traste con los planes de los asesinos, que salieron huyendo al escuchar que un vehículo se acercaba a la casa.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres pedirme que no va a gustarme de hecho nada en absoluto? —le preguntó Adanmel sabiendo de antemano lo que pretendía su hijo.

—Necesito tu permiso para traerla aquí.

El gesto del rey elfo se endureció mientras miraba fijamente a su hijo, calibrando si de verdad le había planteado lo que acaba en realidad de escuchar.

—¿Te has vuelto loco, Bartar? Sabes que eso es imposible.

—No estará a salvo en ningún otro sitio.

—¡Nosotros no estaríamos a salvo si ella pone un pie en este lugar!

—Eso no lo sabes.

—¿Acaso lo sabes tú?

—No, no puedo asegurarlo, pero mi intuición me dice que ella jamás

hablaría.

—¿Lo dices en serio, no pretenderás convencerme con semejante razonamiento, verdad? Lo siento, hijo, pero no puedo arriesgarme. La respuesta es no.

La mente de Bartar se esforzaba en encontrar una solución que convenciera a su padre.

—¿Y si le hago beber una infusión que la duerma? Así jamás podría descubrir dónde está la puerta que abre este mundo. ¿Crees que alguien creería que ha vivido entre elfos? Es una mujer inteligente, ella misma evitaría contar cualquier cosa que hiciera creer al resto de los humanos que ha perdido la cabeza o que tiene, como así lo llaman, una enfermedad llamada esquizofrenia.

—Se te olvida un pequeño detalle, ¿cómo crees que afectaría a su cerebro descubrir que existimos?

—Antes de entrar, esperaré que despierte y se lo explicaré lo mejor que pueda para evitarle en lo posible ese choque emocional. Padre, por favor, ayúdame.

—Tengo que consultarlo con el consejo antes de darte una respuesta definitiva.

—Estaré esperando en la casa del bosque. No tardes, padre, allí no está segura. Ahora, si me disculpas, voy a ir a ver a Sheba, necesito que me proporcione unas hierbas para cuando llegue el momento. Gracias, padre.

—No me las des todavía. No hay nada decidido.

—Si no puede quedarse, me iré con ella lo más lejos que pueda para protegerla, y en esta ocasión, no regresaré hasta que todo haya terminado y me asegure de que su vida ya no corre definitivamente peligro. Eso podría llevar meses.

A continuación, ante la sorpresa de su padre por esas últimas palabras, salió de la sala, aguantándose la risa para que él no notara esa pequeña mentira que había soltado a propósito, y que sin duda sabía lo ayudaría en sus planes. Casi le entraron remordimientos por manipular a su padre de esa forma, aprovechándose del gran amor que le tenía... pero solo casi, le

encantaba su pícara parte humana.

Adanmel, por su parte, sí sonrió abiertamente cuando Bartar desapareció de su vista pensando si su hijo realmente creía que no se había dado cuenta de su estratagema. A veces actuaba como si se le olvidara que él era su padre y con quien había compartido parte de su vida, obviando que lo conocía mejor que nadie.

—Hola, Sheba.

La elfa, al escuchar la voz de Bartar, se tensó.

—Creía que te habías ido.

—Y así fue, pero las cosas se han complicado, han vuelto a atentar contra la vida de la humana y lo seguirán intentando hasta que sus asesinos estén bajo control. Le he pedido a mi padre que le permita entrar en nuestro mundo, donde nadie podrá encontrarla hasta que todo se resuelva.

—Bartar, ¿has perdido la cabeza?

—Últimamente me lo dicen a menudo, pero no te preocupes, mi gacela. Como estás comprobando, mi cabeza sigue en su sitio.

—Eres insufrible, nunca te tomas las cosas en serio.

—O tú nunca te tomas las cosas en broma.

—¿A qué has venido?

—En primer lugar, a disculparme por mi comportamiento de ayer. No pretendí ofenderte, tan solo quería hacerte rabiarse un poco. Sabes de sobra que ninguna mujer, ni en este ni en ningún otro mundo, puede hacerte sombra.

Sheba se quedó estupefacta, era la primera vez que le hacía un cumplido, y encima había sido precioso. Bartar, al ver su turbación y que se había quedado sin palabras, aprovechó para informarle del segundo motivo que lo había llevado a ella.

—El otro motivo por el que necesitaba verte es para que me proporciones algo potente que haga dormir profundamente a Raquel durante al menos una hora en el caso que autoricen su entrada a nuestro mundo.

—Comprendo. Eh, bien, necesito un rato para preparártelo.

—Si no te importa, me quedaré aquí contigo. En cuanto lo tengas debo irme.

—¿Qué piensas hacer si no acceden a tu petición?

—Todavía no he pensado en ello, pero no la dejaré sola hasta que todo haya pasado.

—¿De cuánto tiempo estás hablando?

—Las leyes humanas son exasperadamente lentas, no podría decirte, pero podría pasar mucho tiempo.

—No es lo único exasperadamente lento que conozco —dijo Sheba, más bien hablando para ella misma.

—¿Has dicho algo?

—Sí, que no encuentro dónde he puesto las hojas secas de amapola.

—¿Qué hierbas vas a mezclar?

—Las encontré. Pues amapola, pasiflora, valeriana y melisa. Prepárale una infusión con el contenido completo de la bolsita que te voy a dar, media hora después dormirá profundamente, pero no puedo asegurarte cuánto tardará en despertarse, podrían pasar horas.

—No te preocupes por eso, lo importante es que ignore por completo cómo ha llegado hasta aquí. Lo peor llegará cuando tenga que explicarle dónde está y quiénes somos.

—Tendré algo preparado para tranquilizarla en el caso que su reacción altere todo su organismo.

—No dudo que lo hará. Te lo agradezco de veras, Sheba.

—Es mi trabajo.

Bartar tenía unas ganas locas de besar a esa mujer que le hacía hervir la sangre, pero temía su reacción y ser rechazado, no estaba seguro si ella lo aceptaría y finalmente no se atrevió a dar el paso.

—Aquí tienes lo que me has pedido.

—Gracias, Sheba. Debo irme ya.

Cuando se disponía a salir, Sheba lo llamó.

—Bartar.

—¿Sí?

—Yo..., solo quería decirte que si no puedes volver durante algún tiempo...

Entonces Bartar, sin dar lugar a pensárselo, se acercó en dos zancadas hasta donde ella se encontraba y la besó. Fue un beso corto, pero intenso.

—Espero que eso no ocurra.

Después salió de la sala, dejando a Sheba con un incontrolable temblor de piernas y una sonrisa, que fue ampliándose por momentos hasta hacerse tan grande como la alegría que acababa de instalarse en su corazón.

Tras encontrar a su amigo Uras, le pidió que lo informara de la decisión de su padre en cuanto la hubiera tomado. Para ello establecieron como señal el aullido de un lobo. Después cogió algo de comer y se marchó.

Cuando llegó a la casa del bosque, llamó a la puerta.

—Bartar, ¿eres tú?

—Sí, sin duda el hombre más guapo que has visto en tu vida.

Raquel abrió la puerta de par en par ignorando su comentario.

—¡Gracias a Dios! Han sido las tres horas más largas de mi vida. Creía que me iba a dar algo.

—No sabía que fuera tan irresistible, ¿tanto me has echado de menos?

—No es momento para bromas. ¿Dónde has estado?

—Haciendo algunas gestiones y consiguiendo algo para comer. ¿Tienes hambre?

—No había pensado en ello hasta este momento, pero ahora que lo dices, la verdad es que sí, llevo horas sin meterme nada en el estómago.

—Dame unos minutos para que saque lo que he traído y enseguida estará listo.

Unos minutos después, ambos se sentaron a una mesa y disfrutaron de las viandas que Bartar había traído consigo.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?

—Mañana temprano nos iremos, no te preocupes. Nadie te encontrará.

—¿A dónde piensas llevarme? No puedo desaparecer así sin más. Tengo que estar localizada cuando detengan a los encargados de la fábrica y se celebre el juicio. Además, necesito un abogado.

—Y lo estarás, no vamos a irnos lejos de aquí, ahora llamaré a la policía y les informaré de nuestros planes y de la importancia que tiene que se pongan en contacto solo conmigo cuando tengan algo que comunicarte. Tienes que apagar tu móvil para evitar que alguien pueda localizarte.

—Está bien.

Mientras hablaba, Bartar se dio cuenta de que tendría que buscar una solución para ese problema. Si bien disponía de su propio móvil, en la tierra de los elfos estos no servían para nada, suponiendo que la humana fuera invitada a él. De momento, esa era su principal preocupación, lo demás vendría después.

—En cuanto al abogado, no tienes por qué preocuparte, yo mismo te defenderé.

—¿También eres abogado?

—También. Tradición familiar.

—Héroe, millonario, marqués, abogado... ¿Cuántas sorpresas más me reservas?

Bartar sonrió de una forma misteriosa mientras la miraba fijamente y le decía:

—Ni te lo imaginas.

Ya había anochecido cuando escuchó el aullido de un lobo. Raquel pegó un brinco de la silla.

—¿Has oído eso? Ese lobo debe de estar muy cerca de aquí.

—No tienes por qué preocuparte, he vivido largas temporadas en esta casa y me he criado con esos aullidos. Los lobos saben que este es mi territorio y siempre lo han respetado. Se irán en breve. Voy a salir a asegurarme de que todo está en orden y así te quedas más tranquila.

—Me quedaría más tranquila si no salieras.

—Vuelvo enseguida —le dijo dedicándole una radiante sonrisa.

—Más te vale.

Unos minutos después se reunió con Uras.

—Dame buenas noticias, amigo mío.

—¿Acaso tu padre es capaz de negarte algo?

Bartar abrazó a su amigo con gran alegría.

—Dentro de una hora tendrás que ayudarme a subir a Raquel a mi caballo con cuidado para que no se caiga y se despierte, mantente alerta. Voy a prepararle la infusión con las hierbas que me ha dado Sheba. Nos vemos en un rato. Gracias, amigo.

Cuando entró de nuevo a la casa, seguía sonriendo. A Raquel esa sonrisa la dejaba embobada, ¿se podía ser más sexy?

—¿Has conseguido que los lobos salgan huyendo ante tu majestuosa presencia?

—Por supuesto, tienen muy claro quién es el macho alfa.

Raquel se rio ante su respuesta.

—Voy a prepararme una infusión, me salen riquísimas. No puedes negarte a probarla, además, me temo que es lo único que puedo ofrecerte.

—Será un placer acompañarte.

—Ha sido un día muy largo, la infusión nos sentará bien antes de irnos a dormir. Enseguida la preparo.

—Gracias, Bartar.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por cuidar de mí. Por ser tan especial. Por haber aparecido en mi vida.

—Vas a sonrojarme.

Raquel se rio de buena gana.

—No creo que nada sea capaz de hacerte sonrojar.

Una hora después, a Raquel no la habría despertado ni un bombardero.

Uras ayudó, tal como habían quedado, a subir a Raquel al caballo con Bartar, y ató a ambos con una cuerda por debajo de los brazos para evitar que la chica se cayera en algún momento y este pudiera manejar con mayor soltura a su caballo. Lo más difícil llegaría en unas horas, y con este pensamiento los tres partieron hacia la puerta que los llevaría a otra dimensión. Nada podría dar jamás una pista a los humanos del secreto que encerraba una de las caras de la montaña. Allí se encontraba la puerta que separaba ambos mundos, una puerta mágica que solo los elfos sabían abrir. Un colgante con unas runas especiales que todos ellos llevaban atadas al cuello y unas palabras élficas es lo que se necesitaba para conectarlos. En el momento que Uras pronunció las palabras, la pared de la montaña comenzó a transformarse y se convirtió en una especie de cortina de agua que fluía sin caer. Cuando la atravesaron, Uras pronunció las palabras para cerrarla de nuevo, y las dos dimensiones volvieron a sellarse.

CAPÍTULO VI



Bartar decidió pasar la noche en una cabaña que se encontraba en el bosque a la espera de que Raquel despertara de su profundo sueño. Los elfos apenas necesitaban dormir, tres horas eran suficientes, pero él, al no ser un elfo puro, necesitaba de al menos cinco. Aún así, se despertó mucho antes que ella, si bien en un principio pensó que no sería tan difícil, ahora no se quitaba de la cabeza cuál sería la reacción de ella ante lo que iba a tener que asimilar, y se estaba arrepintiendo de no haber intentado encontrar otra solución menos complicada y comprometida para todos. En esos pensamientos se encontraba cuando escuchó a Raquel llamarlo. Era la hora de la verdad y ya no había marcha atrás.

—Bartar, ¿dónde estamos, y cómo has conseguido traerme hasta este lugar sin que pueda haberme dado cuenta?

—Buenos días. Fácil, estabas profundamente dormida.

—Bueno, sí, estaba agotada, pero incluso así cualquier pequeño ruido me sobresalta. Haberme sacado de la cama y transportarme es mucho más que un pequeño ruido. ¿No te parece?

—Nada hubiera podido despertarte, créeme.

—No estoy segura de si estás intentando decirme algo que no me va a gustar escuchar.

—Tengo muchas cosas que decirte que no te van a gustar escuchar.

—Estás empezando a asustarme, así que suéltalo de una vez.

—Verás, la infusión que te tomaste anoche...

—¿Me drogaste?!

Lo interrumpió a mitad de la frase con una expresión de absoluta sorpresa e ira.

—¡Por supuesto que no! Solo eran una mezcla de hierbas con propiedades sedantes. Necesitaba que estuvieras dormida hasta ese punto para poder traerte aquí.

—¿Pero de qué me estás hablando, Bartar?

En ese momento, Uras entró por la puerta.

—Bartar, Sheba me ha dado....

Uras se quedó callado al ver a Raquel despierta, en tanto que Raquel abría los ojos como platos al verlo.

—¿Quién es ese y por qué va disfrazado?! —preguntó.

—¿Disfrazado? —contestó Uras ofendido.

—¿Pero a dónde me has traído, Bartar, a un circo, a una compañía de teatro?

—¿Qué? —contestó perplejo.

—Ahora que me fijo, tú también vas disfrazado de elfo. ¿De qué voy a disfrazarme yo, de la bella durmiente?

—No voy disfrazado de elfo, ¡soy un elfo! —dijo Uras cada vez más molesto—. Bartar, os espero afuera. Créeme que no me gustaría estar en tu pellejo en estos momentos, pero tú eres el que nos ha metido en esto y lo vas a tener que afrontar tú solo. Buena suerte, amigo.

—¿A qué se refiere y qué demonios tienes que afrontar?! Esta situación está empezando a ponerme francamente nerviosa.

—Raquel, necesito que te tranquilices antes de comenzar a explicártelo porque no va a ser fácil.

—Estoy de lo más tranquila, ¿no lo ves?!

Bartar se acercó y le cogió las manos. En ese momento, como ya le había ocurrido antes, su contacto la calmó de una manera que no podía comprender.

—Relájate, por favor. No tienes nada que temer ni de lo que preocuparte. Estoy aquí contigo y no voy a separarme de ti ni dejar que nada malo te pase, y lo sabes.

—Dame un momento, ¿vale?

—Tómame el tiempo que necesites.

Raquel hizo varias inspiraciones y expiraciones seguidas con los ojos cerrados. Un par de minutos después, los abrió y mirándolo a esos hermosos ojos le dijo:

—Adelante, cuéntamelo.

Bartar se concentró durante unos segundos, buscando la mejor forma de comenzar a explicarle lo que tenía que decirle, pero al no encontrarla, decidió no perder más tiempo y soltárselo lo más directa y rápidamente posible, quizá fuera lo mejor.

—¿Recuerdas que me dijiste en el hospital que no parecía del todo humano?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien, tenías razón, no lo soy.

Tras unos segundos en los que a Bartar se le olvidó hasta respirar, en el rostro de Raquel empezó a crecer una sospechosa sonrisa y no pudo evitar el sarcasmo.

—¿No me digas que eres un extraterrestre?

—Soy un elfo, mejor dicho, medio elfo. Y ya no te encuentras en tu mundo, sino en el mío. Estás en otra dimensión. Desde que existo, solo se le ha concedido este honor a otro ser humano, mi madre. Por eso tuve que dormirte tras convencer a mi padre de que este era el único sitio donde estarías a salvo. Lo hice para que jamás sepas el lugar por el que se accede, ni cómo se accede. Ahora no tienes nada que temer, permanecerás aquí hasta que se celebre el juicio, mientras tanto, disfruta del regalo que se te ha concedido y deja que yo me encargue de tus asuntos humanos.

—De acuerdo, si esta conversación forma parte de tu diálogo en una obra de teatro, debo reconocer que eres muy bueno, y que una vez más me has sorprendido descubriendo otra de tus muchas facetas. ¿Realmente crees que aquí escondida entre actores estaré más segura?

—No has creído ni una sola palabra de lo que te he dicho, ¿verdad?

Entonces, Raquel soltó una sonora carcajada.

—No hace falta que te esfuerces más, ya has conseguido tu propósito, ahora ya estoy más tranquila, gracias. Me gustaría conocer a las personas con las que voy a pasar una temporada si no te importa. Después me explicarás más detalladamente el porqué me dormiste para venir aquí. No te creas que se me ha olvidado.

El príncipe elfo resopló mientras se cubría el rostro con ambas manos, antes de decir:

—Sí, vamos, será mejor que los conozcas.

Cuando salieron fuera de la cabaña, Uras estaba esperándolos a unos metros de la misma. Cuando los vio, se acercó a ellos.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No ha creído ni una palabra de lo que le he dicho.

—¿Acaso esperabas que lo hiciera?

Mientras tanto, Raquel observaba boquiabierta el espectacular bosque donde se encontraba, sin haber prestado atención al idioma en el que hablaron ambos.

—Esto es maravilloso, jamás había visto unos árboles tan grandes y tan bellos. Deben de tener cientos de años, esto es un paraíso —comentaba mientras se acercaba a diferentes ejemplares y los tocaba casi con reverencia—. ¿Dónde estamos? Me quedaría aquí a vivir para siempre.

Bartar sonrió ante su genuina sinceridad mientras le acercaba un caballo.

—Vamos, monta, es hora de que conozcas al resto de tus anfitriones.

—¿No lo dirás en serio? No pienso subirme a ese animal. Prefiero ir andando.

Uras bufó y puso los ojos en blanco.

—¿No sabes montar?

—¿Debería? Hoy en día casi nadie lo hace, tenemos otros medios de transporte, ¿recuerdas? Tener caballos es un lujo muy caro, y excepto que

tengas una finca propia o terreno adecuado, inservible a todas luces.

—Tienes razón, discúlpame, montarás conmigo —dijo Bartar.

—¿Qué?!

—No te caerás, te lo prometo, confía en mí.

Tras una hora de camino, en la que Raquel no dejó de sorprenderse por la sobrecogedora belleza que la rodeaba, empezó a escuchar la fuerza con la que el agua cae desde una gran altura.

—¿Lo que escucho es una cascada? Por el ruido debe de ser de gran tamaño.

—Enseguida satisfacerás tu curiosidad, ya hemos llegado a nuestro destino.

Unos minutos después, Raquel se quedó petrificada ante lo que sus ojos contemplaron.

Enfrente de ella apareció una altísima pared vertical de roca natural, cuya longitud era imposible precisar, pues no consiguió ver dónde terminaba. Del interior de la roca salían dos magníficas cascadas, que vertían el agua sobre un ancho río con un enorme caudal. Un largo y majestuoso puente de piedra lo cruzaba, dando acceso a una gigantesca puerta de madera, ubicada en la misma pared de la montaña y exquisitamente labrada, sobre la cual se levantaba una no menos sorprendente bóveda, soportada por cuatro gruesas columnas por las que trepaban hermosas enredaderas. La entrada quedaba encuadrada entre ambas cascadas. Tras su sorpresa inicial y todavía asombrada por lo que contemplaba, exclamó emocionada:

—El bosque y esto parecen sacados de un cuento de hadas.

—Bienvenida a mi verdadero hogar —dijo Bartar.

Raquel tardó unos segundos en procesar lo que había dicho, y girando la cabeza para mirarlo le preguntó, para asegurarse de que había entendido bien:

—¿Has dicho tu verdadero hogar?

Apenas terminó de pronunciar esas palabras cuando un gran ruido la sobresaltó, y mirando de nuevo al frente descubrió que la gran puerta se estaba abriendo. Bartar y Uras se pusieron de nuevo en marcha para atravesar el

puede al tiempo que del interior más hombres disfrazados de elfos salían a su encuentro. Cuando llegaron a su altura, se dirigieron directamente hacia Bartar e hincando la rodilla en el suelo le dijeron algo en un extraño lenguaje, al que él respondió. Anonadada, dijo lo suficientemente alto para que solo Bartar la oyera:

—Ya me parecía a mí que no se podía ser tan perfecto. Ahora me doy cuenta de que en realidad estás como una cabra. Jamás saldré de aquí, ¿verdad?

Bartar soltó una carcajada antes de contestar:

—Has acertado. De vez en cuando suelo traer engañadas a inocentes mujeres, jóvenes y hermosas a las que esclavizo para que cumplan todos mis depravados deseos.

Uras miró a su amigo con los ojos como platos tras escuchar semejante disparate. Bartar, al ver su expresión, volvió a reírse con todas sus ganas. Como se dio cuenta de que Raquel se había tensado como un palo y se había quedado callada, no tuvo más remedio que decir algo.

—¿Es que no tenéis sentido del humor?

Raquel, que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta ese momento, soltó de golpe el aire, aliviada.

Bartar, poniéndose serio, le habló al oído suavemente.

—Esto es real, no te mentí en la cabaña. Ahora vas a comprobar por ti misma la verdad. Eres una mujer inteligente y fuerte, todos piensan que no podrás asimilar que existimos y creen que sufrirás graves desequilibrios en tu plano emocional, pero yo no lo creo. No me apartaré de tu lado en ningún momento hasta que no estés preparada. No tienes nada que temer, eres nuestra invitada y procuraremos que tu estancia aquí sea lo más placentera posible. Y ahora, entra conmigo al reino de los elfos y abre tu mente.

Raquel se volvió a tensar mientras avanzaban y miraba fijamente la puerta abierta por la que iban a entrar en unos segundos. Ahora se daba cuenta de que Uras, al igual que los demás que habían salido a saludar a Bartar, era diferente. Altos, delgados, con las orejas puntiagudas y ya no guapos, sino hermosos. Bartar no estaba loco, en unos segundos recordó la primera vez

que lo vio. Cómo había observado que tenía una extraña belleza que no parecía de este mundo, él le había salvado la vida y permanecido a su lado, se había convertido en su único amigo y protector sin conocerla de nada. Cuando la tocaba, notaba una extraña sensación de paz que la calmaba, le había abierto las puertas de su casa de par en par para salvaguardarla de cualquier peligro, y al ver que allí no estaba segura, no había dudado ni un segundo en sacarla para esconderla en cualquier otro lugar donde no pudieran hallarla. No sabía qué iba a encontrarse al traspasar esas puertas, pero iría con la mentalidad abierta como él le había pedido. Confiaba en él, de eso estaba segura.

Cuando por fin la atravesaron y pudo contemplar el increíble espectáculo que se abría ante sus ojos, con la voz temblorosa y casi apagada exclamó:

—Dios mío. ¿Bartar?

—¿Sí?

—Agárrame fuerte, creo que me voy a desmayar.

Y así ocurrió.

Lo primero que vio Raquel cuando se despertó fue a Bartar con cara de preocupación.

—¿Estás bien?

—Supongo que si no me ha dado un infarto ya, sobreviviré. O puede que me equivoque —le dijo mientras miraba a su alrededor antes de volver la mirada hacia él de nuevo.

Bartar no dijo nada, solo le mantuvo la mirada y le cogió suavemente la mano. Mientras lo hacía, Raquel pudo contemplar con detenimiento sus ojos y sus rasgos. Ahora percibía claramente las diferencias.

—¿Cómo puede ser posible? —le preguntó llorando y temblando.

—No merece la pena que te obsesiones con esto, simplemente es, existimos desde hace más tiempo que la raza humana. No debes tener miedo, nadie va a hacerte daño, solemos ser muy pacíficos —le dijo sonriendo para conseguir que se relajara—. Quizá este no sea el momento, pero necesito oírte decir que jamás rebelarás nuestra existencia a nadie. Si alguna vez los humanos entraran

en nuestro mundo, podría ser el final de nuestra especie. ¿Comprendes ahora por qué tuve que dormirte? Nadie puede saber la ubicación por la que se accede, a pesar de que incluso haciéndolo, atravesar nuestro mundo no es tan fácil. Y tampoco querrás que te tomen por loca, ¿verdad? Prométemelo, Raquel. —Bartar se había puesto de repente muy serio.

Tras unos momentos de un silencio que cortaba, por fin Raquel pronunció las palabras.

—Te lo prometo.

—Bien, ahora descansa un poco, luego volveré.

—No quiero descansar, y no quiero quedarme sola, por favor.

En ese momento, entró a la sala una bellísima elfa.

—Raquel, te presento a Sheba. Yo tengo que ir a hablar con mi padre, ella se quedará contigo hasta que vuelva. Estoy seguro de que la compañía de una mujer te tranquilizará y te vendrá bien.

Cuando se quedaron a solas, durante unos instantes ambas se estudiaron en silencio. Sheba fue la primera en hablar.

—¿Te encuentras bien?

—¿Lo estarías tú en mi lugar?

La hermosa elfa sonrió con una inmensa ternura.

—Te he traído una infusión que te relajará.

—No quiero volver a dormirte.

—Lo siento, la otra era necesaria. Las hierbas que mezclé tenían como propósito inducirte un profundo sueño.

—¿Tú las preparaste?

—Sí. Los elfos poseemos un gran conocimiento sobre las propiedades de las hierbas, pero en mi caso, esa es mi especialidad.

La voz de Sheba era tan dulce que la tenía fascinada.

—¿Eres una especie de médico?

—Bartar me explicó hace tiempo el significado de esa palabra en vuestro mundo. En el nuestro ese término no existe. Nosotros no solemos enfermar nunca, pero si alguien resulta herido o se rompe algún hueso, acuden a mí. También me ocupo de recoger todo tipo de hierbas con diferentes fines para la comunidad.

—Entiendo. ¿Todos habláis mi lengua? El inglés me refiero, ya que yo provengo de España, y tampoco es la mía.

—Solo unos pocos. Aunque no tratamos con humanos, excepto Bartar. Creemos necesario aprender su lengua porque en el futuro podría sernos de gran utilidad. Eres la segunda humana que he conocido, y sinceramente, no creí que eso pudiera volver a ocurrir.

—Supongo que te refieres a la madre de Bartar.

—Así es. Tómate la infusión antes de que se enfríe, por favor.

—Gracias.

Mientras se la tomaba permanecieron en silencio. Durante ese corto periodo, Raquel observó con curiosidad la habitación donde se encontraba. Era una estancia preciosa, con techos muy altos y abovedados que eran soportados por gruesas y esbeltas columnas, una gran chimenea y unas enormes ventanas acristaladas por las que entraba una gran cantidad de luz natural. El mobiliario era elegante y lujoso, así como las cortinas y alfombras. Giró la cabeza para ver el cabecero de su cama y se quedó impresionada ante su belleza. Sin poder evitarlo dijo en voz alta:

—Es magnífico.

—Las creaciones de Ainur son excepcionales.

—Combina dos materiales que, unidos, impactan en su conjunto, uno es madera, pero el otro no sabría decir.

—Es plata.

—¿Plata? —preguntó sorprendida—. Este cabecero tendría un precio desorbitado en mi mundo.

Acto seguido se asomó para ver el soporte del colchón, y se quedó igualmente maravillada. Las patas finamente labradas y macizas también eran

plateadas.

—¿Plata también?

Sheba asintió con la cabeza.

—¡Guau!

—¿Guau? No conozco esa palabra.

—No tiene importancia, Sheba, es una expresión que denota sorpresa.

—¿Estás ya más tranquila?

—Creo que sí. Lo que siento ahora es una curiosidad excesiva.

—Eso lo puedo entender —le dijo Sheba con una discreta sonrisa—. Supongo que Bartar se encargará de contestar a todas tus preguntas, ya que pasará mucho tiempo contigo.

Algo en el tono de la elfa la llevó a hacer la siguiente pregunta:

—¿Bartar y tú os conocéis bien?

Sheba se sobresaltó casi imperceptiblemente, pero Raquel lo notó.

—¿Por qué lo preguntas?

—He pensado que quizá fuerais... ¿pareja?

—¡No! ¿Cómo se te ha ocurrido pensar algo así? —La blanquísima tez de la elfa adquirió un tono rojizo en un abrir y cerrar de ojos.

—Estás enamorada de él.

—¿Qué?

—¿Él lo sabe?

Sheba la miró fijamente a los ojos, intentando comprender cómo una humana podía tener ese grado de percepción tan acusado, cómo era posible que fuera tan transparente para ella cuando llevaba años escondiendo con éxito ese sentimiento a los suyos. ¿O quizá no? Finalmente, le contestó.

—No, no lo sabe, ni debe saberlo —le dijo muy seria—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Supongo que hay algo que debe ser común en todas las razas. Las mujeres tenemos una sensibilidad especial para intuir muchas cosas mientras que el hombre sigue siendo tonto en todas partes, al parecer.

Sheba sonrió ampliamente ahora, el buen entendimiento entre ambas le causó sorpresa y alegría al mismo tiempo.

—No te preocupes, no le diré nada. Pero ¿por qué no intentas averiguar si él siente lo mismo por ti?

Sheba la miró ahora con tristeza.

—Es uno de los hijos del rey, no me siento digna de él.

—¿Bartar es un príncipe?! —Raquel abrió los ojos como platos a la par que conseguía que la otra muchacha, del susto que se llevó, diera en esta ocasión un respingo más que evidente.

—¿No te había dicho nada?

—Bueno, yo... la verdad es que no creí siquiera que fuera un elfo hasta que llegamos a la entrada, y cuando la traspasé, me desmayé. Supongo que no ha tenido tiempo de decírmelo, si debo ser honesta conmigo misma.

Bartar hizo de nuevo su aparición en la estancia, pero no se le veía especialmente contento.

—Mira a quién tenemos aquí, al mismísimo príncipe de los elfos, un nuevo título que añadir a tu extenso currículum.

El tono irónico no le pasó inadvertido al aludido.

—¿Me estás reprochando que no te lo haya dicho? —le respondió alzando una ceja.

—No, en realidad, no. Discúlpame, desde que te conozco voy de sorpresa en sorpresa, y no son sorpresas precisamente normales, al menos déjame desahogarme.

—Tendremos tiempo para hablar de lo que quieras. Al menos puedo asegurarte que ya no me quedan más títulos con los que sorprenderte.

Odiaba que Bartar le sonriera, no podía estar ni siquiera molesta con él por mucho tiempo.

—¿Ya has hablado con tu padre, el rey?

—Tu presencia ha alterado considerablemente a nuestro pueblo, mi padre desea hablar contigo. Cuando estés lista, iremos a verlo.

—Si me disculpáis, yo tengo trabajo que hacer. —La que habló fue Sheba, que hasta ese momento se había quedado en un segundo plano.

—Sheba, muchas gracias por la infusión y por tu compañía. Ha sido un placer conocerte, espero verte de nuevo pronto.

Sheba hizo un elegante movimiento de cabeza como respuesta y se dispuso a salir.

—Sheba. —La llamó Bartar—. ¿Nos vemos después?

Ella volvió a hacer un asentimiento con la cabeza antes de abandonar la sala con una sensualidad y elegancia al andar que hizo preguntarse a Raquel si realmente andaba o flotaba. Tampoco le pasó desapercibido cómo Bartar no le quitó los ojos de encima hasta que desapareció.

—Es increíblemente hermosa.

—¿Cómo dices?

—No te hagas el tonto, me has oído perfectamente.

—Lo es, sin duda. Pero todavía no has tenido ocasión de ver al resto de mi pueblo. El concepto de feo aquí no existe.

—No soy una total ignorante sobre el tema, he leído algo sobre vosotros.

Bartar soltó una estruendosa carcajada.

—¿Desde cuándo crees en los elfos?

—Bueno, Tolkien os describió como una raza bellísima, a pesar de que todos los humanos creemos que es ficción, al parecer acertó de pleno.

—Claro, Tolkien. ¿Y quién crees que inspiró a Tolkien para escribir sus libros?

—¿Él vivió entre vosotros? —preguntó sorprendida.

—No, soy yo quien vive entre ambos mundos.

—¿Me estás diciendo que fuiste tú quien le describió tu mundo y a vuestra especie? Murió hace más de cuarenta años. ¿Cuántos tienes tú, Bartar?

—Hace poco cumplí ciento veinte. Estoy en plena adolescencia —le comentó guiñándole un ojo.

—Esta vez no voy a sorprenderme, por Tolkien también sé de vuestra casi inmortalidad y eterna juventud.

—Al parecer ya lo sabes todo sobre nosotros. —Y mirándola volvió a reírse—. Si no te importa, no debemos hacer esperar a mi padre.

—Bueno, no tengo nada más que ponerme. Mi equipaje se debió de quedar en la casa del bosque del lado humano, así que ya estoy lista.

—Te lo traeré en cuanto pueda. Pero no te enfades si te miran y hacen comentarios. Jamás han visto un pantalón vaquero y un trasero tan marcado, y para ser sincero, uno precioso y de lo más sugerente.

Raquel le propinó un codazo en las costillas antes de que pudiera verlo venir, pero Bartar, que parecía no perder nunca la sonrisa y su sentido del humor, le preguntó:

—¿No se le llama a eso malos tratos?

—No me tientes.

Y ambos se encaminaron riéndose hacia el lugar donde sería recibida por el rey de los elfos.

Al salir de la habitación, salieron a un largo y ancho pasillo conformado también por altísimas bóvedas de crucería y gigantescas columnas, más sobrias que las de la habitación donde la habían alojado. A ambos lados había puertas separadas entre sí unos diez metros, cada una diferente y enmarcada por un arco distinto.

—¿Gótico?

—¿Cómo dices?

—El estilo arquitectónico, ¿es gótico?

—Sí, así es como lo llamáis vosotros. Todo lo que está construido dentro de la roca lo es. Lo del exterior es algo muy diferente, ahora lo comprobarás.

Cuando salieron al exterior, la luz la cegó por un momento, pero una vez sus ojos se adaptaron a ella y pudo contemplar la fascinante ciudad élfica su boca se abrió de golpe y una intensa emoción la traspasó haciendo que su cuerpo se estremeciera. Nada la hubiera podido preparar para algo así.

—Madre mía, no tengo palabras.

Es todo lo que fue capaz de acertar a decir con un hilo de voz mientras Bartar la observaba y sonreía complacido ante la modesta y sincera muestra de reconocimiento por la belleza de su mundo.

Raquel no podía apartar los ojos, extasiada como estaba ante la indescriptible belleza del hogar de los elfos. Jamás podría olvidar ese momento en el que su vida humana le pareció tan insignificante y carente de sentido. La naturaleza se fundía con las construcciones élficas, como si hubieran hecho un pacto.

—¿Te gusta? —preguntó el príncipe

—¿Estás de broma? Gustarme se queda muy corto, estoy sobrecogida.

—Tendrás tiempo más que de sobra de verlo todo con tranquilidad, mi padre nos aguarda.

—¿Cómo es tu padre? ¿Debo hacer una reverencia cuando esté en su presencia? ¿Tiene buen carácter? ¿Te pareces a él?

Bartar, sin ocultar la diversión que le provocaba la batería de preguntas soltadas en un momento, y deseando que se produjera el encuentro entre ambos, algo que no se perdería por nada del mundo, en el caso de que ella lo reconociera, le contestó:

—Me parezco más a mi madre.

—Debió de ser muy hermosa entonces —dijo como si tal cosa.

—Si eso ha sido un cumplido, gracias —le comento sonriendo.

—¿No te han dicho nunca que eres insufriblemente guapo hasta el punto de que das asco?

Bartar soltó una de sus increíbles carcajadas a la vez que le contestaba.

—Nunca me habían dicho nada parecido, no.

Ambos continuaron sonriendo hasta que llegaron a un hermosísimo edificio sin puertas, al que se accedía a través de unas amplias escaleras que parecían suspendidas en el aire y que tenían multitud de colores, siendo al mismo tiempo semitransparentes.

—¿De qué material están hechas esas escaleras? Parecen imposibles.

—Es cristal, nuestros artesanos son unos artistas inigualables. Aquí verás muchas cosas que te sorprenderán, y mucho. De hecho, estás a punto de ver otra. —Bartar estaba disfrutando de lo lindo, anticipando su reacción al conocer al rey de los elfos.

—Debes mirar hacia el suelo en señal de respeto hasta pararnos delante de él. Cuando se dirija a ti, podrás levantar la cabeza. Todos se dirigen a él como “mi rey”, pero francamente, no sé cómo deberías hacerlo tú, quizá rey Adanmel, que es su nombre.

—Creo que será lo más sensato. Gracias.

—Allá vamos, entonces. Ya puedes bajar la cabeza.

Ambos recorrieron unos veinte metros antes de detenerse.

—Padre —saludó Bartar

—Bienvenida a nuestro mundo, Raquel.

Raquel supo que ese era el momento de levantar la cabeza y contemplar el rostro del rey de los elfos, un acontecimiento único que ella iba a tener el privilegio de atesorar siempre en su memoria. Levantó la cabeza lentamente hacia esa hermosa voz mientras decía:

—Gracias, rey Adanmel, por vuestra hospita... ¡Ay, Dios mío, esto no me está pasando!

Ya no pudo articular ni una sola palabra, se quedó embobada mirando a ese bellissimo ángel que creyó había sido parte de sus delirios cuando le dispararon y se encontraba entre la vida y la muerte. Todo su cuerpo empezó a temblar como si fuera gelatina y notó cómo perdía las fuerzas.

—¿Bartar?

—¡Oh, oh!

CAPÍTULO VII



Bartar consiguió sujetarla a tiempo antes de que cayera desplomada al suelo y se diera un buen golpe. Adanmel, preocupado, se acercó inmediatamente a ambos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué se ha desmayado de nuevo?

—Ha sido debido a la fuerte impresión, igual que la primera vez.

—No sabía que fuera capaz de impresionar a nadie hasta ese punto. Tu madre jamás se desmayó. ¿Les suele ocurrir a menudo esto a los humanos?

—Solo si la sorpresa o el dolor es superior a lo que pueden soportar en el preciso instante en que esos sentimientos los asaltan.

—No lo entiendo, ya ha tenido ocasión de ver a más miembros de nuestra especie. ¿Por qué le he causado esa conmoción?

—Padre, ¿recuerdas lo que te dijo mientras la transportabas en brazos? Cuando abrió los ojos, creyó que eras un ángel y lo más hermoso que había visto y vería en su vida. Constatar que eres real ha sido demasiado para ella, demasiado que asimilar en un solo día por mucha entereza que se tenga. Deberíamos dejarla tranquila para que pueda afrontar todo lo que le ha ocurrido en el transcurso de las últimas horas.

—Tienes razón, hijo.

Adanmel se dirigió hacia uno de sus súbditos y solicitó que trajeran una litera para transportarla hasta su habitación privada.

Cuando se la llevaron, Adanmel, ya solo, sonrió imperceptiblemente al recordar la pequeña conversación que tuvo con la humana mientras la llevaba en brazos, todas y cada una de sus palabras, así como su sonrisa, que solo se apagó a pesar de la gravedad de su herida, cuando volvió a perder el conocimiento, se habían quedado grabadas en su memoria. Ahora, además, acababa de descubrir los bellos rasgos de sus facciones, con esos inmensos y

hermosos ojos plateados que expresaban por sí mismos sus emociones y las fabulosas curvas de su cuerpo, una característica que la mujeres de su especie no tenían tan acusada y que no sabía muy bien cómo, pero hacía que su cuerpo reaccionara con una desconcertante rapidez.

Cuando despertó de nuevo, Sheba se hallaba sentada en el borde de su cama.

—He vuelto a desmayarme, ¿no es cierto?

—Bartar me ha contado el motivo. Debería habértelo contado, pero a veces se comporta de una manera extraña. Créeme que lo siento.

—No te preocupes, es su parte humana. Yo sí lo entiendo, pero cuando lo vea me va a oír.

—¿A qué te refieres?

—Vas a tener ocasión de comprobar el carácter de una mujer humana cabreada.

—¿Qué significa cabreada?

—Enfadada, muy enfadada.

En ese momento, como si lo hubieran llamado, el aludido hizo su entrada. Raquel lo miró de tal forma que se paró en seco a escasos dos metros de la cama.

—¡¡Tú, reptil venenoso, híbrido retorcido, saco de boñigas, ¿cómo has podido hacerme algo así?!!

Sheba se levantó de un salto y se apartó unos metros con la boca abierta, mirando a uno y otro mientras Raquel seguía chillando y diciendo cosas horribles a Bartar, sin importarle lo más mínimo a quién se estaba dirigiendo.

—Me prometiste que ya no había más secretos, pero te has divertido de lo lindo dejando para el final lo mejor, ¿no es cierto?

—Raquel, tranquilízate, por favor. Estás asustando a Sheba, ¿no lo ves?

—¡Yo sí que estoy asustada, animal de bellota!

—¿Animal de bellota? —pronunció sorprendida Sheba.

—¡Así es, es una forma más delicada de llamarlo cerdo, que es lo que es!

—Creía que te agradaría comprobar que lo que confundiste con un ángel era real. No entiendo por qué estás tan enfadada.

Raquel cogió un delicado jarrón que se encontraba sobre una pequeña mesa al lado de la cama y se lo arrojó sin contemplaciones, consiguiendo alcanzarlo en un hombro antes de que cayera al suelo hecho añicos mientras su enfado al parecer en vez de disminuir, iba creciendo.

—Puede que engañes a los tuyos con tu retorcido sentido del humor, pero no a mí. Sé que lo has hecho a propósito, y si no fuera por la fuerte impresión que me he llevado, por la cual he vuelto a desmayarme, me hubiera muerto de la vergüenza. Y tú lo sabías, rata de alcantarilla, sabías perfectamente lo que le dije. ¿Cómo voy a atreverme a mirarlo de nuevo a la cara sabiendo que él sabe lo que pienso? ¡¡¡Eres horrible!!!

—Raquel, cálmate, si me hubiera imaginado lo mal que te lo tomarías, te habría prevenido antes, puedes estar segura. Te ruego que me disculpes.

—¡Se supone, por lo que he leído, que los elfos sois más inteligentes y evolucionados que los humanos, pero al parecer el género masculino es igual de idiota en todas partes! Te agradecería que me dejaras a solas durante un rato hasta que se me pase el enfado. En estos momentos, no quiero ni verte.

Adanmel, que iba tras los pasos de su hijo para interesarse por la chica, en cuanto empezaron los gritos, decidió prudentemente mantenerse al margen, pero no pudo ni quiso perderse la discusión, quedándose a un lado de la puerta de entrada a la habitación. Solo cuando Raquel le pidió a Bartar que la dejara tranquila, se dio media vuelta y se fue.

No pudiendo aguantar más, el rey de los elfos estalló en sonoras carcajadas, algo tan poco común que incluso él mismo se sorprendió, y más todavía cuando descubrió lo bien que le había sentado.

—Como deseas. Mi padre te ha invitado a compartir su mesa esta noche. Sería una falta de respeto y una ofensa que no aceptaras la invitación. Ahora, si me disculpas, alguien te traerá un vestido y te acompañará al salón cuando llegue el momento.

Una vez que se hubo marchado, Raquel se tumbó en la cama y se cubrió el

rostro con la almohada mientras preguntaba con una voz desesperada y estrangulada por la misma:

—¿Existe alguna forma de evitarlo?

Sheba se acercó temerosa.

—Ya he entendido lo que significa estar cabreada, ha sido impresionante.

—¿Acaso vosotros no os enfadáis?

—Jamás de esa manera, me he llegado a asustar realmente, pero viendo no solo cómo un hombre, sino cómo un príncipe agachaba la cabeza indefenso como un niño y sentirse avergonzado empiezo a plantearme si quizá debiera poner en práctica lo que he visto.

—Si te molesta realmente algo es una forma de sacarlo, al menos una se queda a gusto.

Ambas se rieron, y el ambiente empezó a distenderse.

—Raquel, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué te disgusta tanto estar en presencia de nuestro rey? Es un hombre justo y sabio.

—Antes has dicho que Bartar te lo ha explicado.

—Así es, pero que lo confundieras con un ángel no es motivo para avergonzarte y haberte puesto así.

—¿Eso es todo lo que te ha explicado?

—Sí, ¿hay más?

—Por supuesto que hay más. Verás, cuando me llevaban hacia el pueblo, yo estaba inconsciente a causa de la herida de bala. Vuestro rey me llevaba al parecer en brazos, hubo un momento en que recobré la conciencia, estaba muy aturrida, pero cuando fijé mi vista en él, le pregunté si estaba muerta o soñando. Él me contestó que lo segundo, yo le dije que nunca un hombre me había llevado en brazos, pero que lo hiciera un ángel era más de lo que podía pedir. Entonces, él me preguntó si creía que era un ángel, y yo le respondí que

ningún mortal podía ser tan guapo y tener una voz que te acariciaba. Entonces escuché otra voz que me preguntaba “¿quizá un elfo?”. Y yo conteste que ángel o elfo era lo más hermoso que había visto y vería en mi vida. Luego volví a desmayarme. ¿Entiendes ahora cómo me siento? Y Bartar lo sabía. Cuando lo he vuelto a ver, las piernas me temblaban y las fuerzas me han abandonado. Hasta ese punto me ha alterado su presencia. Todavía es más hermoso de lo que recordaba, mi corazón ha empezado a latir con tanta fuerza que creo que he saturado mi cerebro con una sobredosis de oxígeno.

Sheba soltó una sincera carcajada.

—Excepto Bartar, nadie me había hecho reír con tanta facilidad. Eres tan divertida como él. No tienes que preocuparte, cuando conozcas a Adanmel, te darás cuenta de que es excepcional.

—Lo estás arreglando, Sheba.

—¿A qué te refieres?

—No tiene importancia, cosas de humana.

Alguien llamó a la puerta, y un tropel de, cómo no, bellas elfas entraron para prepararla para la cena. Después de un relajante baño y un masaje en el que prepararon su piel con aceites de un perfume floral maravilloso, la vistieron y peinaron, introduciendo en su pelo unas preciosas y pequeñas flores. Cuando estuvo lista, le mostraron su imagen en el espejo y casi no se reconoció. Ella, acostumbrada a vestir de una forma informal, no había sido consciente hasta ese momento de la mujer que se escondía debajo de unos pantalones y jerséis.

—Es la hora —le anunció Sheba—, estás bellísima.

—Gracias, Sheba. Deséame suerte y no te alejes mucho por si vuelvo a desmayarme o me da por tirar a Bartar por un precipicio.

La dulce elfa se despidió de ella con una sonrisa.

—Vamos allá —les dijo a sus acompañantes.

Cuando llegó a su destino, un grupo poco numeroso de elfos estaban allí congregados. Bartar se acercó casi al instante.

—Raquel, permíteme que te diga que estás bellísima.

—Todavía no se me ha pasado el enfado, pero vas por buen camino. Gracias. —Eso le hizo sonreír.

Su sentido del humor parecido al suyo relajó considerablemente al príncipe, que se había pasado las dos últimas horas reprochándose su conducta.

—Permíteme que te presente al resto de nuestros invitados. Mi hermano Annael.

—Bienvenida a nuestro mundo. Desconocía, a excepción de la madre de mi hermano, que las mujeres humanas fueran tan hermosas.

—Y yo ignoraba que los elfos fueran tan galantes, teniendo en cuenta que ninguna mujer humana puede competir con la belleza de las de vuestra raza.

Annael sonrió complacido, pero añadió:

—No subestime la suya, le aseguro que no es fácil impresionarme.

Raquel se ruborizó, no solo por sus palabras. Annael era también tan bello que quitaba el aliento. Unos minutos más tarde, el rey hizo su aparición. Sus ojos se encontraron durante unos instantes, antes de que ella los apartara para evitar que él notara el efecto que le provocaba y la vergüenza que sentía. Todos se sentaron a la mesa una vez lo hizo Adanmel. La gran mesa de piedra blanca era rectangular, a cada lado de él se sentaron sus hijos y ella ocupó su lugar al lado de Bartar, el cual al notar su nerviosismo le comentó para relajarla:

—Los elfos no solemos comer tanta carne como los humanos, pero esta noche en tu honor, mi padre, conocedor de las costumbres humanas, ha mandado preparar algo especial para agasajarte.

—No tenía que haberse molestado, pero se lo agradezco.

—No ha sido molestia —le respondió el propio rey—, no solemos tener invitados de su naturaleza.

—Yo... siento mucho el trastorno que mi presencia les pueda causar, pero no fui yo quien decidió venir aquí y descubrir que los elfos existían. —Esto último lo dijo mirando a Bartar con cara de pocos amigos.

Adannel la miró entonces con una cara que denotaba, a partes iguales, sorpresa y diversión por la sinceridad de la chica y el directo reproche hacia su hijo, en el que por cierto coincidía con ella.

—Los humanos deben seguir ignorando nuestra existencia porque es fundamental para la supervivencia de nuestra raza. Esa es la razón por la que nos aseguramos que, aunque alguien la creyese, jamás supiera dónde buscar, así que no se preocupe más y disfrute de nuestra hospitalidad durante su estancia entre mi pueblo.

Raquel asintió con la cabeza porque la mágica tonalidad de su voz la tenía hipnotizada, al mismo tiempo que evitaba mirarlo para no quedarse embobada.

La velada fue encantadora. La deliciosa música estuvo presente en todo momento, la conversación fluía con una dulce cadencia, pese a que ella habló lo mínimo indispensable. Cuando todos se retiraron, rechazó la oferta de su inseparable amigo a acompañarla, alegando que le apetecía estar un rato a solas y disfrutar de las vistas de su pueblo a la luz de la luna.

Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió no una, sino tres hermosas y enormes lunas que rodeaban la ciudad, iluminándola con tal intensidad que la luz eléctrica allí no se hacía necesaria, dando un encanto especial y mágico a la noche. El aroma a flores invadía el ambiente, la ausencia de ruido era casi total. A lo lejos, en la punta de un saliente descubrió un mirador, y no resistiendo la tentación se encaminó hacia él. Las vistas desde allí eran majestuosas, a su espalda se encontraba la bella ciudad de los elfos iluminada por esa luz natural y el resplandor de las velas que salía del interior de los hogares. Al frente, un mar en calma que parecía nacer de las mismas entrañas del pueblo élfico se extendía a lo lejos después de que este pasara a través de los muros de entrada que marcaban su territorio, encima de los cuales se erguían a ambos lados desafiantes las dos estatuas más grandes que había visto en su vida, dos elfos, dos guerreros, uno con un arco y un carcaj lleno de flechas y el otro con un escudo y una espada, un aviso de lo más directo para quien no se acercara con buenas intenciones. Sentada en el único banco del mirador y metida en sus pensamientos, no oyó que alguien se había aproximado.

—¿Disfruta de las vistas?

El cuerpo de Raquel se tensó de inmediato. No le hizo falta volverse para adivinar de quién procedía esa voz, pero por deferencia a él hizo un esfuerzo para ponerse de pie en lugar de salir corriendo, que era en realidad lo que le hubiera gustado hacer.

—Rey Adanmel —lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Cada noche antes de retirarme vengo a este lugar. Es mi momento favorito del día.

—Le ruego me disculpe. Si lo hubiera sabido, no habría invadido su espacio, ya me voy.

—Por favor, no lo haga, no la estoy echando. Al contrario, me agrada encontrar a alguien con quien poder charlar un rato. ¿La cena ha sido de su agrado?

—Realmente deliciosa, muchas gracias.

Adanmel notaba su tensión y nerviosismo con toda claridad.

—Sé que aceptar nuestra existencia no debe resultarle fácil, pero no tiene por qué preocuparse, lo peor ya ha pasado.

—No estoy segura de si mi cerebro terminará algún día de procesar y creerse todo esto, quizá esté en coma y si logro salir de él, todo esto solo habrá sido un hermoso sueño o no recuerde nada.

—¿Y qué es lo que le dice su corazón?

—El corazón es un músculo. Debe de ser mi alma la que está estremecida ante tanta belleza, y si esto es un sueño, no quiero despertarme nunca.

—Algún día tendrá que guardar en lo más profundo de ambos sitios lo que ha vivido, y jamás debe salir de ahí.

—No hace falta que insistan tanto en repetírmelo, me ha quedado muy claro después de las cinco primeras veces.

Adanmel levantó las cejas sorprendido por su respuesta. Al darse cuenta de que la misma había sonado como el reproche que era, Raquel reaccionó enseguida.

—Discúlpeme, no quería sonar tan... desagradable.

—No tiene que disculparse, creo que lo tengo bien merecido. Es usted quien debe perdonarme a mí.

Hubo un momento de incómodo silencio, al menos para ella. Como no sabía qué decir, soltó lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Sus ojos...?

—¿Qué le ocurren a mis ojos?

—¿Es común entre los elfos tener ese color púrpura?

—Ah, eso. No, no lo es. De hecho somos muy pocos los que los tenemos de este color. ¿Existen humanos con esa peculiaridad?

—En nuestro caso es mucho menos que poco común, pero sí existen algunas personas en mi mundo que han heredado ese sorprendente gen. Yo solo lo he visto en fotos. Había una mujer, bellísima, por cierto, una actriz muy famosa que los tenía así. No el púrpura tan intenso que usted tiene, más bien eran violetas, pero sus ojos eran considerados una hermosa rareza, se llamaba Liz Taylor. Con el paso de los años y los avances tecnológicos, los científicos han dado algunas respuestas, aunque no hay suficientes evidencias científicas que corroboren sus descubrimientos en esa, llamémosla, “anomalía”.

—¿Y cuáles son sus conclusiones?

—Se lo cuento si me promete no llamarme más de usted. Es algo que detesto.

—De acuerdo, siempre y cuando tú también me tutees.

—Eso haría todo más cómodo, desde luego. Gracias.

—Bien, estoy deseando saber más.

—Los científicos lo denominan “Génesis o síndrome de Alejandría”. Es una mutación genética muy interesante, en la cual se nace con los ojos de color gris o azul (algo normal en muchos recién nacidos), pero alrededor de los siguientes seis meses los ojos comienzan a volverse color violeta o púrpura. Durante la pubertad se dice que el color se intensifica, adquiriendo un real púrpura o azul violeta y permanecen así en un tono oscuro, sin afectar la capacidad de la persona para ver. De hecho gozan de una excelente visión. Los que tienen esta mutación carecen de vello púbico, facial, pelo corporal o anal,

pero sí tienen pelo en la parte superior de su cabeza, las orejas, las cejas, las pestañas y la nariz. Algunos también dicen que las mujeres con esta condición son fértiles, pero no menstrúan.

>>Otras fuentes dicen que esta condición puede causar una variedad de síntomas que incluyen piel blanca reluciente, que es inmune al bronceado o quemaduras por el sol. La gente afirma que las personas con esta mutación pueden vivir de 130 a 150 años, ya que el proceso de envejecimiento se hace más lento a partir de los 21 años de edad, y prácticamente se detiene alrededor de los 50 años. Además, son inmunes a la mayoría de las enfermedades. Otra particularidad es que poseen buena figura corporal, ya que no ganan peso sin importar la cantidad de comida que ingieran. Esta mutación se dice que afecta a los caucásicos más a menudo, pero los niños interraciales pueden experimentar esta mutación por la mezcla genética. En cuanto al origen de la Génesis de Alejandría, la leyenda cuenta que esta mutación comenzó hace miles de años en Egipto cuando una misteriosa luz brilló en el cielo y todo el mundo salió afuera para verla, entonces empezaron a desarrollar la piel pálida y los ojos morados. Estas personas comenzaron a ser conocidos como personas espirituales que se mudaron al norte y finalmente desaparecieron. La historia también señala que el primer caso registrado de este trastorno aparece en Inglaterra en 1329. Una recién nacida conocida como Alexandria nació con los ojos morados, se dice que dio a luz más adelante a otras niñas con este rasgo y que vivió más de 100 años. La variante genérica real que causa este trastorno se dijo que se descubrió en la década de 1960.

>>Las afirmaciones que la gente que tiene el Génesis de Alejandría han existido desde hace mucho tiempo pueden ser posibles. Hay mutaciones que hacen que niños tengan vidas muy cortas, envejeciendo rápidamente, por lo que es posible que exista una condición que produzca lo contrario. También hay algunas razas que son conocidas por tener un sistema inmunológico con muy buen funcionamiento, por lo que es posible que algunos puedan tener una mutación que ayuda a limitar la frecuencia con la que se enferman. Tampoco es descabellado pensar en alguien que tiene un metabolismo alto que no aumenta de peso con facilidad o tiene la vista por encima de la media. Esas cosas por separado sí son posibles y demostrables.

>>Es probable que exista una variación de genes que pueden causar los

ojos morados, la piel más clara y permitir que las personas se mantengan sanas para que vivan más tiempo, pero no es necesariamente suficiente evidencia que esta condición específica con todas estas características juntas existan en la actualidad debido a muchos factores. Por ejemplo, los rasgos de la Génesis de Alejandría parecen ser demasiado generalizados para formar parte de un solo gen, lo que significa que tendrían que provenir de varios genes relacionados. Algunos de los rasgos asociados con este trastorno son fisiológicamente imposibles. Uno no podría dejar de producir residuos, ya que las toxinas se acumulan en el cuerpo, parte del proceso fisiológico de la oxidación que tarde o temprano nos causa la muerte. La piel clara que resiste el bronceado y las quemaduras también es imposible, porque la única manera de proteger la piel es por la presencia de melanina que hace que la piel sea más oscura. Una persona que se dice que tiene el Síndrome de Alejandría vive supuestamente hasta los 150 años, cosa que también es imposible porque la persona verificada que más tiempo ha vivido lo hizo solamente 122 años, y no tenía este síndrome. La realidad, como te he dicho al principio, es que no hay suficiente evidencia científica.

—Muy interesante —dijo Adanmel sonriendo—. ¿Qué significa que las mujeres no menstrúan?

—La menstruación o período es el sangrado vaginal normal que ocurre como parte del ciclo mensual de la mujer. Todos los meses su cuerpo se prepara para un posible embarazo. Más o menos en la mitad del ciclo menstrual las hormonas les indican a los ovarios que liberen un óvulo maduro. Este proceso se denomina “ovulación”. Una vez que el óvulo sale del ovario viaja a través de una de las trompas de Falopio hacia el útero. Si no se produce un embarazo, el cuerpo no necesita ese grueso revestimiento en el útero. Esta es la sangre menstrual, que sale del cuerpo a través de la vagina. Esta sangre es parte sangre y parte tejido del interior del útero. Los períodos suelen comenzar alrededor de los 12 años y continúan hasta la menopausia, cerca de los 51 años, donde la mujer deja de menstruar y con ello termina su ciclo fértil. La mayoría de las menstruaciones dura entre tres y cinco días, y además vienen acompañados de algunos síntomas desagradables como dolores o calambres abdominales o pélvicos, dolor de espalda baja, hinchazón y dolor en los senos, irritabilidad y cambios de humor, dolor de cabeza y cansancio...

—Ahora empiezo a entender algunas cosas.

—Espera un momento, ¿qué es lo que no entendías y por qué me has hecho contarte algo que obviamente tienes que saber?

—Porque no lo sabía. Pero ahora comprendo por qué Moira a veces estaba distante, fría y malhumorada.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Te refieres a tu esposa humana?

Ambos se quedaron mirando como si cada uno hablara un idioma diferente.

—Adanmel, ¿las mujeres elfas no menstrúan?

—Me temo que no.

—¡Dios mío! No me extraña que los científicos no puedan desentrañar su origen y estén tan desconcertados y perdidos. Sois vosotros los que nos transmitisteis esos genes.

Raquel se levantó excitada con el descubrimiento y se paseaba de un lado a otro del mirador.

—Mientras hablabas y me contabas lo que habían descubierto vuestros científicos, yo mismo he llegado a la misma conclusión.

—El problema es que los humanos no sabemos que existís, sino solo habría que sumar dos más dos. No hay más que miraros para saber dónde están todos los genes reunidos. Piel blanca y reluciente. No tenéis bello en el cuerpo, ¿verdad? Sois delgados y esbeltos, unos ojos con colores imposibles, vuestras mujeres no menstrúan, pero son fértiles, sois casi inmortales, tenéis mejor visión y a saber cuántas cosas más. Al parecer algunos elfos y humanos confraternizaron íntimamente en el pasado, y los genes se han ido debilitando debido a la unión posterior solo entre humanos, pero no ha desaparecido del todo, por eso nacen a veces personas con algo especial. ¡Esto es alucinante!

Adanmel la dejaba hablar mientras la contemplaba y disfrutaba de sus conclusiones en voz alta y su inteligencia. Los humanos tenían una forma muy intensa de expresar las cosas, algo que contrastaba de una forma curiosa con el carácter lineal de los elfos. Cualquiera otro se asustaría ante tanta vehemencia, pero al menos él había conocido a dos humanos íntimamente como para hacer algo más que no fuera sonreír.

De repente, Raquel se giró hacia él y le preguntó:

—¿Desde cuándo existís?

—Si lo que deseas saber es si somos más antiguos que la raza humana, la respuesta es sí.

—Los humanos tenemos nuestra historia sobre quién nos creó, ¿cuál es la vuestra?

Raquel tuvo que apartar la vista, estaba segura que Adanmel notaba cómo se mareaba y se quedaba sin aliento cada vez que lo miraba. A la luz de la luna resplandecía aún más. Su belleza le paralizaba el alma y hacía que su corazón latiera con tanta fuerza que ella misma era capaz de escucharlo.

Adanmel comenzó a hablar con su mágica voz.

—En el mismo momento en que Varda, la Señora de los Cielos, encendió de nuevo las brillantes estrellas sobre la Tierra Media, los Hijos de Eru despertaron junto a la laguna de Cuiviénen, “el agua del despertar”. Este pueblo era el de los Quendi, llamados también elfos, y cuando cobraron vida, lo primero que advirtieron fue la luz de las nuevas estrellas. Por eso, los elfos amamos por encima de todo a las estrellas y adoramos a Varda. Cuando en el momento del despertar la nueva luz penetró en los ojos de los elfos, permaneció en ellos y desde entonces brilló en los mismos. Llúvatar declaró que los elfos tendrían y harían más cosas hermosas que cualquier otra criatura terrenal y que disfrutarían de la máxima felicidad, pero que también padecerían los mayores sufrimientos. Serían inmortales y no envejecerían, de manera que vivirían mientras la Tierra viviera. Nunca conocerían la enfermedad o las pestes, pero sus cuerpos, de la misma sustancia que la Tierra, podrían ser destruidos. Podían hallar la muerte por el fuego o el acero en la guerra, ser asesinados o incluso morir de pena. Tendrían el mismo tamaño que los hombres, que todavía no habían sido creados, pero serían más fuertes física y espiritualmente y no se debilitarían con la edad, solo se harían más sabios y hermosos. Compartiríamos la naturaleza de los Valar. Nuestros cabellos serían como hilos de oro, de plata o de azabache pulido y la luz de las estrellas brillaría a nuestro alrededor, en el pelo, en los ojos, en nuestras vestimentas o en nuestras manos. Siempre hay luz en un rostro élfico y el sonido de nuestras voces es variado, hermoso y sutil como el del agua. Los

elfos fuimos los primeros que hablamos en la Tierra y nadie antes que nosotros cantó. Por eso nos llamábamos los Quendi, los “parlantes”, porque enseñamos a hablar a todas las razas de la Tierra. En la Primera Edad de las Estrellas, tras la caída de Utumno y la derrota de Melkor, el enemigo Oscuro, los Valar llamaron a los elfos para que fueran a las Tierras Imperecederas en el oeste. Esto ocurrió antes de que surgieran el Sol y la Luna, cuando la Tierra Media solo estaba iluminada por las estrellas y los Valar querían proteger a los elfos de las tinieblas y del mal acechante que Melkor había dejado tras de sí.

>>Y así, en las Tierras Imperecederas, que se encuentran más allá de los mares occidentales, los Valar prepararon un lugar llamado Eldamar, que significa “hogar de los elfos”, donde se había predicho que con el tiempo los elfos edificarían ciudades con cúpulas de plata, calles de oro y escaleras de cristal. De esta manera, los elfos se dividieron por primera vez. No todos los pueblos élficos querían abandonar la Tierra Media y entrar en la Luz Eterna de las Tierras Imperecederas. Atendiendo a las invitaciones de los Valar, un gran número de elfos marchó al oeste, fueron los Eldar, “el pueblo de las estrellas”. Otros se quedaron y se llamaron los AVARI, “los renuentes”. Los Eldar fueron llamados también el Pueblo del Gran Viaje porque viajaron hacia el oeste a través de las regiones sin caminos de la Tierra Media, hacia el Gran Mar, durante muchos años. De este pueblo élfico existían tres linajes gobernados por tres reyes. El primer linaje era el de los Vanyar, y su rey era Ingwë; el segundo era el de los Noldor, y Finwë era su señor y el tercero era el de los Teleri, quienes eran gobernados por Elwë Singollo. Los primeros y los segundos alcanzaron el Belegaer, el Mar del Oeste, mucho antes que los Teleri, y Ulmo, Señor de las Aguas, fue a su encuentro y los colocó sobre una isla que era como una inmensa nave. Llevó entonces a los dos linajes a través del mar a las Tierras Imperecederas, a Eldamar, el lugar que los Valar tenían dispuesto para ellos. El destino de los Teleri fue diferente que el de sus parientes y se separaron en varias razas debido a que eran los más numerosos.

—¿De qué linaje procedéis vosotros?

—De los Teleri.

—Es una historia muy bonita.

—Me alegra que hayas disfrutado con ella. Será un placer satisfacer tu

curiosidad siempre que así lo desees.

—Hay una cuestión que me tiene intrigada, pero no me atrevo a sacar el tema.

Adanmel supo de inmediato de qué se trataba, y decidió dar una respuesta que evitara tener que contarle algo de lo que no quería hablar.

—Entonces quizá sea mejor que la formule cuando estés preparada para hacerlo o yo lo esté para responderte.

—*Touché*, majestad.

—Se ha hecho tarde y tengo algunas cosas que hacer antes de acostarme. Me gustaría volver a conversar contigo, como decís los humanos. Eres un viento de aire fresco, y me he encontrado muy a gusto en tu compañía.

—Para mí ha sido también muy agradable.

—¿Te parece bien mañana en este mismo sitio después de cenar?

—Claro, aquí estaré.

—Si me lo permites, te acompañaré hasta tu habitación.

Raquel no tardó en quedarse dormida. Estaba agotada en todos los sentidos, pero la imagen y la voz de un hermoso elfo llamado Adanmel la acompañó en sus sueños durante toda la noche.

Adanmel no tuvo tanta suerte, el encuentro con la humana lo había dejado muy inquieto. Tras la muerte de Moira, su compañera humana, no se había sentido atraído por ninguna otra mujer. De hecho, había renunciado a volver a casarse, haber perdido dos mujeres había sido más que suficiente. Estaba malhumorado porque esa humana lo atraía y eso no podía permitirlo. Ella debía irse pronto, pero, sobre todo, sabía lo corta y efímera que era la vida de su raza y lo duro que fue ver envejecer y morir a su compañera. No quería volver a pasar por eso jamás. Sin quererlo, empezó a recordar cómo conoció a la madre de su hijo y su vida con ella. Una lágrima solitaria rodó por su bello rostro, pero también sabía que ella siempre estaría con él, solo tenía que mirar al hijo de ambos para verla reflejada en él.

CAPÍTULO VIII



1909

Cuando los abuelos de Moira, visiblemente contrariados, partieron de regreso a su hogar, Adanmel decidió seguir observando un rato más. Moira permanecía quieta como una estatua mirando el camino por el que sus abuelos, a los que había visto por primera y esperaba última vez, desaparecían de su vida. Adanmel, impotente por no saber qué pasaba por su cabeza, temía que cambiara de opinión y saliera corriendo gritando que regresaran y no la abandonaran a su suerte, pero no lo hizo, permaneció en esa posición un par de minutos más antes de tambalearse y caer de rodillas al suelo. El rey de los elfos se disponía a salir de su escondite para socorrerla cuando escuchó un grito desgarrador salir de su garganta, al que prosiguió un llanto incontrolable. Adanmel consideró que había llegado el momento de darse a conocer, pero esperó prudentemente a que ella se desahogara y calmara antes de hacerle saber que nunca estaría sola.

Moira se sentó finalmente en un banco que estaba debajo de un enorme pino próximo a la casa y en el cual sus progenitores estaban enterrados, al ser esa su última voluntad. Había llegado la hora y decidió acercarse despacio para que ella lo viera venir.

Cuando vio que alguien se acercaba, la muchacha se puso en pie nerviosa. Estaba a punto de echar a correr cuando Adanmel la frenó en seco.

—Hola, Moira, no te asustes, por favor. No voy a hacerte daño, solo quiero ayudarte.

Los ojos de Moira se abrieron como platos. ¿Quién era ese hombre que a la misma vez no parecía un hombre, sino una visión celestial y con una voz tan dulce que hacía que ante su presencia cualquier miedo o desconfianza desapareciera de inmediato?

—Me llamo Adanmel. No me conoces, pero llevo observándoos a tu madre

y a ti desde que vinisteis a este bosque. Te he visto crecer y convertirte en una mujer, y acabo de presenciar tu decisión de quedarte a vivir aquí. Te mentiría si te dijera que no me he alegrado. Me hubiera entristecido mucho verte partir, pero ahora no tienes a nadie que te proteja y ya no podía seguir ocultándome. Necesito que sepas que no estás sola y que mi pueblo y yo cuidaremos de ti a partir de ahora.

A medida que hablaba, Moira se fue relajando, sorprendiéndole con lo que le dijo a continuación.

—Mi madre y yo sabíamos de vuestra existencia. Muchas noches, cuando os acercabais pensando que estábamos dormidas, nosotras os observábamos desde detrás de las cortinas a una distancia prudencial para no ser vistas. Nunca le hablamos ni a mi padre ni a mi tío de vuestra presencia. Era nuestro secreto.

—¿Por qué decidisteis guardar el secreto? —preguntó Adanmel, perplejo y agradecido a la misma vez porque así hubiera sido.

—Mi madre os descubrió muchos años antes de contármelo. Cada vez que íbamos al bosque, regresábamos con algún animal que había caído en nuestras trampas o con comida que parecía salir de la nada. Yo creía que todo eso era normal. Cuando tenía diez años, mi padre tuvo que irse al extranjero por motivos de trabajo. Nos hizo llegar una carta explicándonos que durante tres meses no podría venir a vernos, pero que lo había dejado todo dispuesto para que ese invierno nos proveyeran de todo lo necesario. Cada quince días, una persona contratada por papá nos abastecía de alimentos, leche, leña y todo aquello que nos hacía falta. Pero ese invierno, las copiosas nevadas impidieron a nuestro proveedor venir tan a menudo. Llevaba casi un mes sin aparecer, mamá y yo tuvimos que internarnos en el bosque en busca de leña y alimentos. El primer día, solo conseguimos traer unas pocas ramas mojadas. Mamá estaba preocupada porque no nos quedaba demasiada comida y ya no teníamos apenas leña, pero ella me dijo intentando animarme: “Verás como mañana tenemos más suerte”. Al día siguiente, no tuvimos que andar ni cincuenta metros cuando nos topamos con un enorme ciervo muerto a nuestros pies. Alguien se había entretenido en despojarlo de su piel y cortarlo en trozos. Oí a mi madre dar las gracias en voz alta al bosque mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Hicimos tres viajes para llevarnos toda la carne a

casa, y en el último, nos dimos cuenta de que había desperdigados alrededor de la casa numerosos trozos de leña, y metidas entre la nieve, como si hubieran crecido de repente, verduras y hierbas. Pero las sorpresas no habían terminado todavía. Debajo de este pino encontramos dos cántaros de leche, un saco de harina, miel, queso y fruta. Yo por fin me di cuenta de que eso no podía haber aparecido de la nada y mientras que mi madre no paraba de llorar y de dar las gracias le pregunté.

—Mamá, ¿por qué el señor Owen nos ha dejado todas las cosas fuera de casa por todas partes para que las cogiéramos nosotras y no nos las ha metido en casa como siempre?

—Porque todo esto no lo ha traído el señor Owen, cariño.

—¿Y quién ha sido si no conocemos a nadie más, mamá? ¿Y por qué estás llorando, qué te pasa, mami?

—Vamos a llevar todo esto dentro de casa, y mientras nos tomamos un vaso de leche caliente te lo cuento.

—Nos sentamos junto a la chimenea, que por fin tenía leña suficiente para que estuviéramos calientes, y entonces empezó a contarme algo sorprendente.

—Verás, mi amor, lo que voy a contarte tiene que quedar entre nosotras. Jamás se lo debes contar a nadie, ni siquiera a tu padre, debe ser nuestro secreto. Cuando termine, entenderás por qué. Prométeme que no hablarás de esto con nadie nunca.

—Yo estaba emocionada porque iba a enterarme de un secreto que solo mi madre sabía y lo iba a compartir conmigo.

—Te lo prometo, mamá.

—Hace muchos años me di cuenta de que en este bosque nunca hemos estado solas. Al principio eran pequeñas cosas, pero poco a poco me di cuenta de que tanta suerte no podía deberse a la casualidad. Comencé a observar con más detenimiento hasta que no me quedaron dudas y encontraba cosas en lugares donde el día anterior no estaban. Entonces me asusté, no sabía quién merodeaba por nuestra casa, y pese a que todo parecía indicar que alguien nos estaba ayudando y protegiendo, pasábamos las dos mucho tiempo solas y no podía confiar en las intenciones de un

desconocido. Esa persona debía hacerlo mientras dormíamos, así que decidí que pasaría la noche en vela observando a través de las ventanas para descubrir al amable intruso. La primera noche terminé quedándome dormida en la silla. No me preocupó porque esa mañana no encontré nada en el bosque que no debiera estar allí, lo cual me confirmó que nuestro siniestro “amigo” no nos había hecho una visita. Tuvieron que pasar otras tres noches hasta que por fin pude ver unas sombras en la oscuridad. Me acerqué más a la ventana, con cuidado para no ser vista, y lo que vi me dejó estupefacta.

—Mi madre se calló durante un largo minuto con la vista perdida, y yo, que no podía aguantar más la curiosidad, la increpé con tal urgencia que la asusté, sacándola de sus ensoñaciones, pero tras una sonrisa cómplice y sabiendo de mi impaciencia, continuó:

—En el exterior, poco a poco las sombras se hicieron más visibles, eran varios hombres, pero cuando pude observar con más detenimiento, descubrí las diferencias. Eran altos y esbeltos. Sus cabellos eran largos, se movían con una agilidad y rapidez imposible para nuestra raza. Su cuerpo y sus ropas desprendían luz y eran tan hermosos que me hizo dudar si lo que estaba viendo era real o habíamos comido alguna seta alucinógena por error. Me pellizqué, cerré los ojos y los volví a abrir, pero allí seguían, dejando cosas alrededor de la casa para nosotras. Lo más curioso es que no sentí miedo. Desde el primer momento supe que jamás nos harían daño y que esos seres siempre nos protegerían. No tardaron en desaparecer, pero me fui a la cama con la seguridad de haber sido testigo de algo único y maravilloso, y en mi interior me prometí no hablar de ello con nadie jamás. El secreto de su existencia siempre estaría a salvo. ¿Entiendes ahora por qué no puedes hablar con nadie de ello y la importancia de guardar el secreto sobre lo que acabo de desvelarte? Si ellos mismos sospecharan que lo sabemos, me temo que desaparecerían para siempre y no volveríamos a verlos jamás. Entonces no podrían ayudarnos, y bien sabe Dios que sin su ayuda quizá habríamos muerto de hambre o frío en más de una ocasión. Son nuestros Ángeles de la Guarda.

—Yo estaba con la boca abierta, asimilando lo que acaba de oír, y solo pude mover la cabeza afirmativamente varias veces seguidas. Durante un rato

me quedé callada pensando hasta que por fin le pregunte a mamá:

—*¿Son duendes que viven en los bosques?*

—*No sabría decirte, pero tengo entendido que los duendes son pequeños, verdes, con las orejas grandes y muy feos. —Rio mi madre.*

—*Entonces, ¿qué pueden ser, mamá?*

—*Creo que son elfos, Moira, algo imposible de creer si no lo hubiera visto con mis propios ojos.*

—*¿Podría verlos yo también? Dime que sí, por favor.*

—*Por supuesto, cariño, ahora que conoces el secreto podrás hacerlo, pero tendrás que seguir mis instrucciones al pie de la letra.*

—Y así fue como llegó el día que os vi por primera vez. Jamás pensé que llegaría este momento, a mi madre le habría encantado conoceros y daros las gracias personalmente por lo que habéis hecho por nosotras. Gracias en su nombre y el mío por habernos cuidado siempre.

Adannel estaba impresionado con la historia que Moira acaba de confesarle. No tenía ni idea de cuál sería la reacción de la muchacha cuando le desvelara quién era, pero jamás habría sospechado que él fuera el sorprendido.

—Soy yo quien debe agradeceros a las dos vuestro silencio y respeto hacia nuestra raza. Hace miles de años ambas razas convivimos juntas, pero la crueldad humana hacia todo y todos hizo que tomáramos una decisión. Desde entonces y con el paso de los siglos, nos convertimos en una leyenda no demostrable, y gracias a ello no nos extinguimos.

—¿Por qué has decidido mostrarte ante mí, no temes que algún día pudiera traicionaros?

—Mi querida Moira, tienes dieciocho años, y solo has conocido a seis humanos en tu vida. No sabrías qué hacer en su mundo. Tu raza es muy diferente a lo que has conocido, solo te causarían dolor. Tu alma es pura y no está corrompida, y nosotros deseamos que siga siendo así si tú nos lo permites. No estás sola, y a partir de ahora tendrás una nueva familia si así lo deseas. Tómate tu tiempo para pensarlo. Volveré para escuchar tu respuesta.

—¿Qué significaría formar parte de vuestra familia, me tendría que ir a vivir con vosotros para siempre?

—Sí, Moira, esa es la condición.

—Necesito pensarlo. ¿Cuándo volverás?

—Dentro de dos días.

—Para entonces tendrás una respuesta.

—Hasta entonces.

Moira se quedó mirándolo mientras se iba hasta que desapareció de su vista. Solo entonces, corrió hacia el interior de la casa y atrancó la puerta antes de sentarse para conseguir que las piernas siguieran sosteniéndola. Tenía los nervios a flor de piel, su encuentro y la conversación con el elfo la habían trastornado de una manera inimaginable. Pero el recuerdo de su voz y su belleza todavía le tenían el corazón acelerado. Tenía mucho que asimilar y pensar, y debía hacerlo con calma y juiciosamente.

Adanmel, tal como le había asegurado, se presentó dos días después de su primer encuentro, sobresaltándola cuando llamó a la puerta.

—Adanmel, ¿eres tú?

—Sí, Moira, soy yo.

Moira abrió la puerta con cautela, y cuando comprobó que era él, frunciendo el ceño le dijo:

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento mucho.

—No tiene importancia, supongo que me lo habría llevado de cualquier forma. Entra, por favor.

—Gracias.

—¿Puedo ofrecerte algo que coman los elfos?

—¿Tienes carne de rata? —bromeó Adanmel sin poder evitarlo, al mismo tiempo que se preguntaba de dónde había salido semejante ocurrencia.

Moira pegó un respingo y lo miró como si le hubieran salido cuernos. La expresión de su cara le debió resultar tan divertida que Adanmel no pudo evitar echarse a reír.

—Discúlpame, Moira, solo estaba bromeando. No sé por qué he dicho eso. Los elfos no comemos demasiada carne, pero la que comemos son de animales menos repulsivos, te lo aseguro. Una infusión de hierbas estaría bien, gracias.

Moira, cuya expresión se había relajado considerablemente al comprobar que solo le estaba tomando el pelo, seguía paralizada, pero no por la broma que le había gastado, sino por el impacto que le había causado verlo reír. Si había pensado que no podía ser más hermoso, se había equivocado, y mucho. Cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando ensimismada, reaccionó nerviosamente.

—Eh... sí... una infusión, claro.

Ambos, sentados ya a la mesa, estuvieron un par de minutos sin decir nada. Adanmel fue el primero en hablar.

—¿Tienes ya una respuesta?

—Sí y no.

—Adelante, te escucho.

—Verás, si no accedí a irme con mi familia fue porque esto es lo único que conozco y tengo. Aquí está toda mi vida, mis recuerdos. Si abandono esta casa, ¿quién cuidaría de ella? Además, mi tío viene a verme de vez en cuando, ¿qué pasaría si no me encuentra aquí? Él me dijo que pronto tendría que ir a la ciudad unos días porque era necesario que conociese mi patrimonio para poder gestionarlo y aprendiera a cómo sacar dinero del banco cuando lo necesitara porque él no estaría siempre para poder ayudarme. Tengo miedo de ir allí, pero también sé que él tiene razón y debo hacerlo. Por otra parte, también me da miedo irme con vosotros, no sé lo que me espera ni lo que me voy a encontrar. Tu condición de no poder volver a mi mundo me asusta muchísimo. No quiero tener que decidir algo así. No quiero que nadie me obligue a tener que tomar una decisión.

—Entonces, por lo que dices, tienes bastante claro lo que quieres hacer.

—Lo que sé es que no quiero irme de aquí, pero tampoco quiero que desaparezcáis de mi vida. Solo os tengo a mi tío, esta casa y a vosotros. No puedo elegir, ¿lo entiendes? No quiero prescindir de las únicas tres cosas que tengo. Debe de haber alguna forma de solucionarlo. Si siempre habéis venido a ayudarnos, ¿qué te impide que sigáis haciendo lo mismo?

—Porque antes ignorábamos que supierais de nuestra existencia, ahora no podemos arriesgarnos a ser descubiertos.

—¿Significa eso que no te fías de mí?

—Significa que nuestra existencia se basa en no haber confiado durante milenios en ningún humano. Espero que no te ofendas.

—No me ofendes, solo me entristece profundamente.

—Lo siento. Entiendo tus dudas e indecisión, pero también espero que comprendas nuestros motivos. Me apena mucho que esto tenga que terminar así, pero es lo mejor para todos.

—¿No volveré a veros jamás?

Adanmel sintió una extraña opresión en su interior cuando observó el dolor que reflejaban sus hermosos ojos al formular esa pregunta y las lágrimas comenzaron a salir, pero sobre sus hombros descargaba la enorme responsabilidad de proteger a su pueblo, y eso estaba por encima de cualquier cosa por mucho que deseara que no tuviera que ser así.

—No, Moira.

El rey de los elfos se levantó con la intención de no alargar más el momento, pero lo que hizo ella a continuación lo pilló por sorpresa. Jamás hubiera pensado que Moira reaccionaría como lo hizo. Con las lágrimas rodando por sus mejillas, se abalanzó hacia él y lo abrazó. Adanmel, no acostumbrado a esa espontánea demostración de afecto, no muy común en su raza, y menos hacia su persona, se quedó quieto como un palo. Cuando se dio cuenta de que seguramente ella esperaba que él la correspondiera de la misma forma, la abrazó a su vez, y eso fue su perdición. Jamás había tocado un cuerpo humano, y al sentirlo, todo un mundo de nuevas y extrañas sensaciones estalló en su interior. Tuvo que forzarse a soltarla, y tras mirarla por última vez, salió de la casa confundido... y algo más. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué

su contacto lo quemaba por dentro? ¿Por qué le dolía tener que dejarla?

Durante los siguientes tres días, Adanmel fue incapaz de conciliar el sueño, el apacible y afable rey de los elfos estaba irritado para desconcierto de su pueblo, y se le veía triste y preocupado. A nadie se le escapaba que la humana había rehusado el ofrecimiento de su rey de vivir con ellos. Todos sabían que él había estado cuidando de las dos humanas desde hacía años, y a nadie le sorprendió cuando informó al consejo de sus intenciones y del porqué de las mismas. Pero su reacción los tenía intrigados.

Al cuarto día, había tomado una decisión, él le había dicho que jamás volvería a verlos, pero no encontraba ninguna razón para que él no pudiera seguir observándola. Al atardecer, cogió su caballo y cruzó al otro lado.

Dos horas después, empezó a preocuparse al no detectar ni el más leve movimiento en la casa ni en sus alrededores. Pronto anochecería, y que no saliera humo de la chimenea era un motivo más para alarmarse. ¿Habría venido su tío y se la habría llevado a la ciudad? Pero sus sentidos élficos llevaban ya mucho tiempo avisándolo de que algo no iba bien. No se lo pensó más, se acercó a la casa y abrió la puerta. La llamó, pero no recibió respuesta, entró y no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que no se había ido a la ciudad. Entre otras cosas, sobre un gancho de la chimenea apagada se hallaba una olla suspendida, fría y con un guiso en su interior. Sintió como se le aceleraba el corazón, algo le había ocurrido. Tenía que encontrarla, y rápido. Diez minutos después, gracias a la rapidez con la que podían moverse los elfos, localizó un bulto de gran tamaño en el suelo. La había encontrado, pero para su espanto, Moira se hallaba inconsciente y con un pie maltrecho atrapado en el interior de un cepo para cazar animales. En cuanto consiguió liberar su pie, desplegó su magia élfica sobre el mismo, la cargó en sus brazos hasta su caballo, y sin perder un momento, antes de que los últimos rayos del sol desaparecieran por el horizonte, partió con ella hacia su reino.

Cuando llegó a él, visiblemente alterado ordenando que alguien localizara a Sheba con urgencia, el pueblo élfico comprobó que su rey portaba a la humana, herida, en sus brazos. Algunos se apresuraron a ayudarlo para liberarlo de la pesada carga mientras buscaban un lugar donde acomodarla y la miraban con curiosidad.

Sheba apareció de inmediato y cuando vio lo que ocurría, tras sobreponerse al impacto de ver a un ser humano por primera vez, se disculpó para ir a buscar algunas cosas. Una hora después, su magia y conocimientos consiguieron que el pie de Moira solo necesitara tiempo para cicatrizar sin problemas. La trasladaron a una confortable habitación y Adanmel permaneció a su lado hasta que despertó.

Cuando Moira abrió los ojos e intentó moverse, un dolor agudo la hizo dar un grito.

—Intenta no moverte con brusquedad, estás herida.

—¿Adanmel?

—No tienes por qué preocuparte, ahora estás a salvo.

Moira rompió a llorar al comprobar que estaba viva y entre sollozos logró decir:

—He pasado tanto miedo. Cuando caí en el cepo, creí que moriría allí o sería devorada por los lobos. Grité durante horas pidiendo auxilio a sabiendas de que era bastante improbable que alguien pudiera escucharme, y antes de perder el conocimiento rogué a Dios por última vez que aparecieras. No vuelvas a dejarme, por favor.

Adanmel estaba confuso por los sentimientos que le despertaba esa muchacha y la confianza que ella depositaba en él. Era tan inocente y frágil, tan hermosa, no sabía qué le ocurría cuando la tenía cerca, pero sentía la necesidad de protegerla de todo y de todos.

—No lo haré.

—¿Dónde estoy?

—Con mi pueblo.

—¿Cómo me encontraste, no habías dicho que no volvería a verte jamás?

—Así es, pero nunca dije que yo no pudiera seguir observándote a ti. Cuando me pareció extraño no verte por ningún lado, me preocupé y comencé a buscarte. Sheba te ha curado y ahora solo necesitas reposo y cuidados.

—¿Quién es Sheba?

—Nuestra curandera. En breve la conocerás.

—¿Qué va a pasar cuando me cure?

—Eso ahora no es importante, tendremos tiempo de hablar de ello cuando estés más recuperada. Ahora debes descansar. Sheba vendrá enseguida para darte algo que calme el dolor.

No hizo falta esperar. Como si supiera que la llamaban, la elfa entró en ese momento. Moira no pudo evitar abrir los ojos todo lo que daban de sí, al mismo tiempo que se quedaba con la boca abierta. Era de una belleza extraordinaria.

—Mi rey. —Se dirigió a Adanmel con una leve inclinación de cabeza.

—Hola, Sheba, estaba a punto de mandarte llamar.

—¿Mi rey? —repitió Moira mirándolo sin comprender.

—Eso parece —contestó Adanmel con un atisbo de picardía en sus bellísimos ojos.

—Pero... pero, ¿por qué no me lo habías dicho?

—¿Acaso cambia algo?

—No lo sé, pero es algo importante. ¿No te parece?

Esta vez, Adanmel sonrió abiertamente, y Sheba fue ahora la sorprendida. Presentó formalmente a ambas antes de despedirse y comunicar a Moira que pasaría más tarde a ver cómo se encontraba.

—Gracias.

—No tienes que dármelas.

—Siento mucho tener que contradecirte, rey Adanmel, pero te debo mi vida y mi bienestar, es lo menos que puedo hacer. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Él le hizo una inclinación de cabeza en señal de respeto y salió de la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —interrogó Sheba.

—El pie me duele mucho.

—Cuando te trajeron, tenías el pie muy maltrecho. Es normal que te duela, pero he conseguido salvarlo.

—¿Salvarlo?

—Si Adanmel no te hubiera encontrado, podrías haberlo perdido.

—Dios mío.

—No te preocupes por eso ahora, lo importante es que te pondrás bien.

—Muchas gracias, Sheba, al parecer le debo mucho al pueblo élfico.

—Ha sido un placer.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Sheba asintió con la cabeza levemente.

—¿Todos los elfos sois tan hermosos?

—¿Crees que somos hermosos?

—¿Estás de broma? Sois bellísimos.

—Si nos comparas con los orcos, tengo que darte la razón, pero la verdad es que aparte de ellos, no tengo a nadie más con quien compararnos.

—Ahora sí, yo soy humana.

—A mí me pareces muy guapa.

—Eres muy amable, pero a tu lado soy el patito feo.

—No te entiendo.

—No te preocupes, es el personaje de un cuento humano.

—Si me permites, quisiera ver cómo está tu pie.

—Por supuesto, Sheba, estoy en tus manos.

Las dos mujeres estuvieron hablando un buen rato más antes de que la hermosa elfa se disculpara por tener que ausentarse para atender otros asuntos.

Adanmel apareció de nuevo una hora después con una bandeja repleta de

comida.

—He traído un poco de todo porque no sé lo que te gustaría.

—Vaya, no veo ningún lagarto, con lo que me gustan. —Le sonrió pícaramente—. Todo tiene un aspecto estupendo, y con el hambre que tengo creo que me comería hasta la bandeja.

Adanmel se rio de nuevo, le había devuelto la broma y las cosas que decía Moira le resultaban muy divertidas. Ambos dieron buena cuenta de los alimentos mientras hablaban y se iban conociendo.

Cuando por fin Moira estuvo lo bastante recuperada para poder sostenerse en pie con ayuda de unas muletas, pudo contemplar por primera vez el lugar donde vivían los elfos, una visión que la dejó extasiada. Adanmel fue su guía, todo lo que veía y aprendía de ellos y su forma de vida la fascinaba. Con el paso de los días se dio cuenta de que el pueblo ya no la miraba como si fuera un bicho raro y aceptaban su presencia. Se sentía querida y mimada, por una parte no deseaba irse de allí nunca, pero por otra, tenía ganas de volver a su casa, no sabía si su tío habría ido a buscarla para llevarla a la ciudad, y eso era algo que sabía tenía que hacer por mucho que la disgustara.

—Adanmel, creo que ha llegado el momento de regresar a mi casa.

—¿Acaso no eres feliz aquí?

—No se trata de eso, por supuesto que soy feliz y habéis sido todos realmente amables y buenos conmigo, pero sabes de sobra que mi tío vendrá a buscarme, si no lo ha hecho ya, y que tengo algo importante que hacer.

—No puedo retenerte si ese es tu deseo.

—Te agradezco que lo entiendas. No puedo demorarlo más.

—¿Cuándo?

—Mañana si es posible.

Adanmel sintió que se le encogían las entrañas. Sabía que ella se lo pediría tarde o temprano, pero ahora que había llegado el momento no se sentía preparado para dejarla partir, aún así, se cuidó muy mucho de decirle nada o de expresar lo que sin duda ya sabía que sentía por ella. Tan solo se limitó a decir:

—Mañana entonces.

Ninguno de los dos pegó ojo en toda la noche. Moira no se atrevió a preguntarle si podría volver al pueblo o si, por el contrario, no volvería a verlo por miedo a su respuesta. Se había enamorado de Adanmel. Cómo podía haber sido tan tonta y no haber previsto que él jamás podría sentir lo mismo por ella. Cómo iba el rey de los elfos a enamorarse de una simple y vulgar humana. Aún así, no podía controlar sus emociones, y el hecho de saber que lo perdería la estaba destrozando. No recordaba en qué momento comenzó a llorar, pero en cuanto lo hizo, ya no pudo parar.

A la mañana siguiente, cuando vinieron a buscarla, ya llevaba horas preparada.

Sheba le dio un frasco de barro con un unguento para que siguiera poniéndoselo en el pie. No hubo casi palabras de despedida, pero en la mirada de cada una estaba lo que callaban.

Adanmel la estaba esperando montado ya en su caballo. Cuando llegó a su altura, le tendió la mano para ayudarla a subir.

—No parece que tengas muy buen aspecto, ¿te encuentras bien?

—Lo estaré.

Adanmel se puso en marcha y salieron de la fortaleza élfica al tiempo que Moira contemplaba, quizá por última vez, la belleza del pueblo mágico mientras unas lágrimas corrían por sus delicadas mejillas.

En el trayecto los acompañaba otro elfo que portaba unas bolsas grandes en su caballo. Ya llevaban una hora aproximada de camino cuando Adanmel paró su montura y le informó que debía vendarle los ojos.

—¿Y eso por qué?

—Porque dentro de unos minutos cruzaremos el portal que separa ambos mundos. Nadie que no sea un elfo puede conocer su ubicación.

—Entiendo. Adelante.

La venda permaneció en sus ojos mucho tiempo después de haber traspasado el portal. De hecho, cuando Adanmel se la quitó, ya se encontraba

a escasos metros de su hogar.

—Hemos llegado.

Cuando Moira bajó del caballo, a él no se le escapó la alegría y alivio de ella al contemplar su hogar de nuevo.

—¿Queréis pasar a descansar un rato mientras preparo una taza de té?

—Será mejor que nos vayamos. Égolas, deja las provisiones dentro de la casa, por favor.

El silencio se hizo tenso, ninguno de los dos se atrevía a hablar, ninguno de los dos quería hacer preguntas. Égolas salió de la casa volviendo a montar sobre su caballo de un salto. Durante un largo minuto, la mirada del uno quedó clavada en la del otro. La de Moira era de desesperación, la de Adanmel era imposible de descifrar. Inesperadamente, giró su caballo y, poniéndolo al galope, se fue alejando de allí, seguido del otro elfo, tan rápido que cuando Moira quiso reaccionar ya había desaparecido de su campo de visión, dejándola con una angustia y tristeza solo comparable con la que sintió cuando perdió a su madre. Cuando entró en la casa, se derrumbó.

Adanmel solo quería llegar a su reino cuanto antes y recluirse en sus habitaciones. El ritmo que impuso a las monturas fue infernal, hasta tal punto que Égolas temió por la vida de los caballos, pero se cuidó mucho de no decir nada, adivinando el motivo de su irresponsable conducta.

Dos semanas después, no pudiendo soportarlo más, Adanmel se presentó en la casa de Moira, lo único que encontró fue una nota clavada en la puerta en la que decía: “NO SÉ CUÁNDO, PERO VOLVERÉ”.

CAPÍTULO IX



Una semana después de su regreso, su tío Ian se presentó en la casa para llevarla a la ciudad y resolver todo el papeleo que conllevaba su herencia.

Moira temblaba como un flan a medida que se alejaba de lo único que había conocido y descubriría cosas que la asombraban y asustaban al mismo tiempo. Su tío tuvo que hacer acopio de una gran dosis de paciencia mientras le explicaba los entresijos del mundo al que pertenecía y la instruía en todo tipo de cosas que ella ignoraba por completo. Una semana después de su llegada a la ciudad, encontró por fin las fuerzas necesarias para acompañar a su tío al banco y aprender cómo funcionaban las cosas, y así disponer de su dinero cuando quisiera. Afortunadamente, el hecho de que su tío fuera abogado facilitó y agilizó considerablemente el tedioso papeleo que la proclamaba como única heredera de la fortuna y título de su padre.

Fue presentada en sociedad y asistió a numerosos bailes y actos sociales. Al principio, una vez que dejó de estar constantemente asustada y comenzó a adaptarse a ese nuevo mundo que le había sido vetado, pero al que pertenecía, logró relajarse y disfrutar de tantas y tantas cosas nuevas, pero a medida que pasaba el tiempo, su manera de ver las cosas y sentir iba cambiando. Descubrió la maldad, el egoísmo, la fuerza del poder, las mentiras, las intrigas, la pobreza de muchos seres humanos y la indiferencia de los más afortunados hacia ellos, incluso como hombres y mujeres se cortejaban falsamente y se comprometían con el único objetivo de conseguir una mayor fortuna, poder o situación en la sociedad. Ella misma había sido cortejada en poco tiempo por tres hombres. Su tío la había alertado sobre dos de ellos, asegurándole que solo buscaban su fortuna. El tercero, pese a tener título y no estar arruinado, que se supiera, era bastante mayor que ella. Un día paseando por un parque cercano a la casa de su tío mientras descansaba en un banco medio escondido entre unos setos, escuchó una conversación. Enseguida reconoció a uno de los interlocutores como a su pretendiente de más edad.

—Entonces, ¿estás seguro de querer pedir su mano?

—Por supuesto, querido amigo. ¿Qué más podría pedir? Una bella, cándida, joven y rica heredera a la que sin duda podré manejar a mi antojo. Sin duda, me ha tocado la lotería. Estoy deseando meterla en mi cama y mostrarle lo que es un hombre. Cuando me aburra de ella, me haré con una nueva y fogosa amante que me dé lo que ella nunca podrá, un par de insoportables críos la mantendrán ocupada y mientras yo podré disfrutar de la vida y de su fortuna. Oh, sí, amigo, la vida me sonrío.

—Quizá Moira sea tan inocente como parece, pero te has olvidado de que su tío tiene gran influencia y es el mejor abogado del Estado.

—Te olvidas de que soy un profesional del engaño.

—¿Cuándo piensas hacerlo?

—Esta misma tarde.

—Pues te deseo suerte.

—La suerte es para los mediocres. Tengo todo lo que necesito para lograr lo que me propongo.

Moira estaba anonadada con lo que había escuchado. Ni mucho menos enfadada, al contrario, agradecía haber descubierto por ella misma lo que su tío se había esmerado en que entendiera sobre los hombres y los cazafortunas. Cuando por fin se fueron, ya había tomado una decisión. Se sentía desdichada en ese mundo, añoraba su casa tanto que dolía, y de repente se descubrió sonriendo mientras pensaba lo ignorantes que eran los hombres al creerla a ella inocente. No tenían ni idea de que no había hombre humano en este planeta que pudiera hacerla sacar siquiera un suspiro. Su corazón pertenecía a un ser extraordinario y único, uno tan bello que ante su visión los varones mortales morirían al instante de envidia. Ella no tendría su amor, pero jamás podría amar a nadie más, de eso estaba segura. Era hora de regresar a su hogar.

Una vez en casa esperó la llegada de su tío. Le contó la conversación que había escuchado y tuvo que utilizar toda su fuerza de persuasión para impedir que saliera corriendo y matara a ese sinvergüenza, tal fue su explosión de furia. Al final logró convencerlo con un plan que tenía entre manos.

—Tío Ian, su intención es venir esta tarde a pedir mi mano. Dejémoslo que lo haga. No olvidará la humillación que recibirá en lo que le queda de vida.

Después de unos segundos de meditarlo, su tío se echó a reír a carcajadas.

—No me perdería ese momento por nada del mundo. Te parece mucho a tu madre, si tan solo sacas la mitad del ingenio que ella tenía, no me cabe la menor duda de que saldrá corriendo a esconderse lo más lejos que pueda durante una buena temporada, porque, mi querida sobrina, yo mismo me aseguraré de que toda la sociedad conozca la respuesta a su petición con pelos y señales.

—Quería comentarte otra cosa.

—Te escucho, querida.

—Quiero volver a mi casa.

—¿Te refieres a la casa del bosque?

—Sí, tío, a la única que considero mi hogar.

—Creía que empezabas a sentirte cómoda en tu nueva vida.

—No puedo negar que estos tres meses me han enseñado muchas cosas y me han abierto los ojos a otras muchas más, pero he vivido toda mi vida ignorando todo lo que me has mostrado. Ya es tarde para mí, tío, no puedo ni quiero adaptarme a vuestras costumbres. En mi ignorancia he sido feliz y quiero que siga así.

Las carcajadas de Ian se tornaron en un gesto de disgusto y frustración.

—Moira, cariño, no puedes vivir allí tú sola, ¿no lo entiendes?

—Lo que sí sé es que si no vuelvo, y ya, me volveré loca. Ya me has enseñado lo suficiente para defenderme en lo importante, y la gente ya no me da miedo. Iré al pueblo a menudo y haré amigos. Ahora podré ir a comprar yo lo que necesite y sacar dinero del banco. Además, me llevo decenas de recetas de cocina que vuestra cocinera ha compartido conmigo y que he escrito para no olvidarlas. Cuando vengas a visitarme, estarás orgulloso de mí.

Ian sonrió indulgente.

—Otra característica que compartes con tu madre, la terquedad. Está bien,

no puedo retenerte a la fuerza, pero me entristece mucho tu decisión.

—Estaré bien, tío, no tienes por qué preocuparte.

—¿Cuándo quieres que te lleve?

—Pasado mañana. Mañana quiero hacer unas compras y preparar mi equipaje.

—¿Tan pronto?

—Anda, vamos a comer, tengo que preparar una humillación.

Ambos se dirigieron al comedor riéndose.

A las cinco en punto llamaron a la puerta de la mansión. La visita fue acompañada hasta la biblioteca, donde Ian se encontraba trabajando.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, ¿a qué debo el honor de su visita, barón?

—Como sabrá, su sobrina y yo hemos coincidido en numerosos actos sociales, y mi afecto por ella ha ido creciendo a medida que la conocía, pero estoy convencido de que mis sentimientos por ella son firmes y del todo respetables y no quiero demorar por más tiempo lo que ansía mi corazón. Esa es la razón por la que, siendo su tutor legal, vengo a solicitarle la mano de su sobrina.

—Vaya, ciertamente esto es toda una sorpresa, pero me temo que ella tiene algo que decir en este asunto.

—Discúlpeme, pero no entiendo.

Con un toque de campanilla, el mayordomo apareció en la entrada unos segundos después.

—Charles, por favor, ¿podría avisar a mi sobrina para que baje?

—Enseguida, señor.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber, barón?

—Un brandy estaría bien, gracias.

Moira no se hizo esperar. Cuando entró en la biblioteca, disimuló

haciéndose la sorprendida.

—Barón, qué sorpresa, no esperaba encontrarlo aquí. Si están ustedes ocupados, no los molesto.

—No, Moira, no te vayas, esto te concierne a ti. El barón ha venido a hacerte una proposición de lo más interesante.

—¿A mí? No entiendo.

—Querida marquesa, como bien dice su tío, he venido para proponerle algo que cambiará nuestras vidas para siempre.

—¿No me diga? Adelante, barón, lo escucho.

—Desde que la vi por primera vez supe que había encontrado a la mujer perfecta con la que compartir mi vida. Los sucesivos encuentros me confirmaron que no me había equivocado, y mis sentimientos por usted han crecido y se han confirmado hasta el punto de que sería un honor para mí que aceptara ser mi esposa y hacerme el hombre más feliz del mundo. He venido a pedir su mano formalmente a su tío.

—Barón, me deja usted helada.

—Sé que puede resultarle un tanto apresurado, y comprendo que necesite un tiempo para darme una respuesta, pero quiero que sepa que mi amor por usted es incondicional y que me tiene y siempre me tendrá a sus pies.

—Vaya, qué bonitas palabras.

—Me alegra que sean de su agrado, ¿significa eso que mi alma atormentada alberga alguna esperanza?

—Bueno, me temo que esa pregunta debería hacérsela a mi marido, seguramente él tendrá algo que decir al respecto.

—¿Su... su marido?

—Barón, hemos coincidido media docena de veces, y entre todas habremos hablado una docena de frases, me molesta muchísimo que me haya tomado usted por tonta, y piense que me he creído una sola de sus vanas palabras. Además, si hubiera prestado realmente atención habría observado que en mi mano luzco un magnífico anillo de casada, regalo de mi marido, el duque de

Ronda, con el que estoy felizmente casada y al que en breve le daré la maravillosa noticia de que estamos esperando un hijo.

—Marquesa, yo...

—Duquesa, barón, ahora soy duquesa.

—Excelencia, le ruego que me disculpe, si tan solo hubiera sospechado...

—No hay nada que perdonar, bastante tiene ya con que en lugar de sonreírle la vida y pensar que se casaría con una inocente y rica heredera a la que manipular a su antojo, la vida y la heredera le hayan defecado encima. Y ahora, si me disculpa, tengo muchas cosas que hacer antes de emprender el viaje de regreso a mi hogar. Que tenga usted una buena tarde.

Moira se giró con el porte de una reina y abandonó la sala con una sonrisa de oreja a oreja mientras el barón se quedaba petrificado al entender que de alguna manera ella había escuchado la conversación que había tenido lugar por la mañana con su amigo en el parque. De una forma brillante acababa de humillarlo y darle una lección que no olvidaría jamás, independientemente de si era cierto que estaba o no casada. Rojo a más no poder, y deseando que se lo tragara la tierra, saludó con una inclinación de cabeza a Ian y salió de la casa como alma que lleva el diablo.

Solo cuando escuchó cerrarse la puerta, Ian se permitió soltar las carcajadas que tanto le había costado retener, y así se lo encontró su sobrina, riendo sin parar. Cuando por fin se calmó y pudo articular las palabras, le comentó a Moira:

—¿Casada, duquesa, esperando un hijo? Dios mío, has estado tan convincente que casi me lo creo hasta yo. Pero lo mejor ha sido sin duda esa frase que decía “que la vida y la heredera le habían defecado encima”, ha sido sublime. ¿De dónde has sacado esa expresión, jovencita?

—No lo sé, tío, te prometo que no lo tenía planeado, me salió sin más.

—Esto tengo que contárselo a tu tía. Estoy convencido de que se va a reír todavía más que yo. Gracias, Moira.

—¿Por qué me das las gracias?

—Porque no recuerdo la última vez que me reí tanto, y francamente, me ha

sentado muy bien, pero que muy bien.

—¿Entonces crees que se ha llevado su merecido?

—Puedes estar segura de ello. Cuando has salido de la sala estaba en shock, deberías haberte quedado y contemplar su cara. Lo único que ha hecho es saludarme antes de salir casi corriendo de la casa. ¿De dónde has sacado ese anillo?

—Es el anillo que papá le regaló a mamá.

—No recuerdo haberlo visto.

—Mamá no se lo ponía por miedo a perderlo en el bosque. Quién me iba a decir que me sacaría de un aprieto.

Ambos salieron riéndose de la biblioteca, donde la mujer de Ian, sorprendida por las carcajadas que oía, se acercó llena de curiosidad al ver al dúo en ese estado.

—Sin duda debe ser algo muy divertido lo que hace que estéis montando este escándalo.

—Hola, querida, en efecto lo es. Acabo de decirle a Moira que te lo teníamos que contar porque te iba a encantar. Vamos a la salita y te lo relataremos.

Diez minutos después, las carcajadas de los tres se oían por toda la casa, sorprendiendo a los sirvientes, que se miraban entre ellos con extrañeza.

Dos días después, emprendieron el viaje. A medida que se acercaban a su hogar, a Moira se la notaba cada vez más emocionada y nerviosa.

—Moira, cariño, cualquiera pensaría que temes no encontrar la casa allí.

—Perdona, tío, llevo mucho tiempo fuera y es la primera vez que dejaba mi hogar, es como si me sintiera incompleta, y algo dentro de mí me apremiara a volver al sitio al que pertenezco para que mi alma pueda sentirse en paz.

—Qué profundo —le dijo su tío con sorna.

—No te burles de mí. Lo digo completamente en serio.

—Discúlpame, Moira, solo pretendía que te tranquilizaras un poco. Estás

muy alterada, pero créeme que te entiendo mejor de lo que puedas suponer.

—¡Mira, ahí está! Oh, ¿no es la casa más bonita del mundo? ¡Cómo la he añorado!

Ian sonreía mientras contemplaba a su sobrina comportarse como una niña, corriendo de un lado a otro para comprobar que todo seguía en su sitio. Moira cogió la llave de su escondite y al dirigirse a la puerta vio la nota que ella misma había dejado a Adanmel, pero con algo más escrito. Por temor a que su tío pudiera verla y pedirle explicaciones, la arrancó de la puerta y se la metió en el bolsillo de la falda a toda prisa sin haber tenido tiempo de leerla. Su corazón se desbocó al pensar que él había vuelto y le había dejado una respuesta. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por serenarse y ayudar a su tío a meter en la casa todo su equipaje y las cosas que había comprado en la ciudad. Una vez estuvo todo dispuesto, partieron al pueblo cercano para recoger el par de caballos que habían dejado al cuidado de un ganadero, compraron una carreta y fueron a visitar al hombre que siempre las había abastecido de provisiones para comunicarle que a partir de ese momento sería ella la que iría personalmente a buscar lo que necesitara. Por la hora que era, decidieron cenar algo rápido en una taberna antes de regresar y así poder descansar del duro día. Su tío se quedó a dormir esa noche, y a la mañana siguiente temprano, tío y sobrina se despidieron emocionados.

En cuanto lo perdió de vista, salió corriendo hacia el interior de la casa y cogió el papel que había guardado en su falda el día anterior. Con los nervios a flor de piel, lo abrió con manos temblorosas y leyó: “VUELVE, AUNQUE NO SEPAS CUÁNDO”.

Una gran sonrisa se dibujó en los labios de Moira, y su corazón comenzó a latir de nuevo con fuerza. Él no había mentido, no la dejaría sola nunca, lo vería a menudo y eso es lo único que importaba.

Cinco días habían pasado desde su regreso y Adanmel seguía sin aparecer. Si tan solo existiera alguna forma de hacérselo saber... Lo echaba tanto de menos, era consciente de que los elfos no se aventuraban a dejarse ver en el mundo de los humanos, y tampoco tenía sentido que algún elfo hiciera guardia esperando que ella apareciera para informar a su rey, solo podía esperar y continuar con su vida, manteniéndose ocupada para no estar todo el día

mirando a lo lejos por si lo veía aparecer, menos mal que contaba con la compañía de Prince, un adorable perrito que su tío le había comprado en el pueblo en el último momento para que le hiciera compañía y no se sintiera tan sola.

En una cosa se equivocaba, el rey de los elfos mandaba cada semana a un miembro de su guardia para comprobar si había regresado. Jamás el tiempo había adquirido tanta importancia hasta que ella se fue. Los días se le hacían interminables, si bien seguía con sus cometidos con la serenidad de siempre, a nadie se le escapaba que su rey se había enamorado.

Égolas entró en el gran salón como cada semana.

—Mi rey, la humana ha regresado.

Adanmel se levantó de un salto, y se arrepintió al momento tras comprobar la sonrisita que Égolas intentaba disimular sin éxito.

—Preparad mi caballo.

—Como ordenéis.

—Ah, y, Égolas, borra esa sonrisa de tu cara antes de que te la borre yo.

—Sí, mi rey.

Cuando el soldado se giró para irse, su sonrisa se ensanchó.

Hacia un día magnífico, Moira estaba sentada en el porche disfrutando del sol y jugando con su nuevo amigo cuando oyó los cascos de un caballo acercarse. Su mirada se clavó en la figura que iba montada en él y su corazón se estremeció de alegría. Se puso en pie sintiendo cómo le temblaba cada parte de su ser. Adanmel bajó de su montura a escasos metros de ella, y ambos se miraron a los ojos durante un breve momento hasta que Moira cedió a sus impulsos y se abalanzó en sus brazos llorando de felicidad.

Esta vez, el magnífico rey de los elfos la abrazó con la misma intensidad.

—Te he echado tanto de menos —le confesó.

Adanmel aflojó su abrazo para mirarle el rostro.

—Yo también, mi dulce humana, y tengo intención de demostrártelo.

Entonces la besó, la cargó en sus brazos y la llevó al interior de la casa. Ya no había marcha atrás, su amor se fue consolidando con el paso de los días, y el nacimiento de su único hijo, Bartar, los colmó de felicidad, una felicidad tan solo empañada por la muerte de Moira a una avanzada edad, que sumió a Adannel en un profundo y largo estado de tristeza permanente.

CAPÍTULO X



Bartar llamó a la puerta antes de entrar sin esperar respuesta.

—¡Vamos, perezosa! ¿Piensas quedarte todo el día en la cama?

—¿Qué hora es? —le respondió medio dormida.

—Más de las seis.

—¿De la tarde? —dijo despertándose del todo.

—No, de las otras.

—¿Son las seis de la mañana y me has despertado? ¿Por qué, ha ocurrido algo?

—Nada en absoluto, te hemos dejado dormir porque sabemos que los humanos necesitáis más horas de sueño.

—¿Me habéis dejado dormir dices? ¿A qué hora os levantáis vosotros entonces?

—A las cuatro.

—Puff. ¿Me estás diciendo que con cuatro horas tenéis suficiente?

—Con tres, menos yo, que necesito cinco.

—Bien, pues mi cien por cien de humanidad necesita ocho. Así que si eres tan amable, y teniendo en cuenta que ya no tengo que madrugar para trabajar, no me despiertes antes de las ocho.

—¿Acaso no las has dormido?

—Anoche me quedé hablando con tu padre hasta pasada la medianoche. Me metí en la cama a la una. Haz la cuenta.

—Vaya, vaya, qué interesante.

—Lo fue, y ahora si no te importa, me gustaría dormir un rato más.

—¿Para qué, si ya estás despierta?

—¡Por Dios, eres exasperante! —le soltó mientras se levantaba de la cama apartando las sábanas con fuerza.

—¡Raquel, por todas las estrellas, estás medio desnuda! —le dijo al tiempo que se giraba para no verla.

Raquel se miró y contestó.

—¿Cómo que estoy medio desnuda, llevo una camiseta que me cubre hasta mitad del muslo. El camisón tan recatado que me dejaron sobre la cama se me enredaba entre las piernas y me lo tuve que quitar. Además, tu reacción me parece ridícula, las humanas enseñamos las piernas en cualquier época del año, ni que fueran las primeras que ves en tu vida.

Bartar se lo estaba pasando en grande, le gustaba chincharla porque ella entraba al trapo inmediatamente.

—Tienes razón, no son las primeras que veo, pero aquí las mujeres son increíblemente recatadas. Si alguien te viera así sería un escándalo.

—Menos mal que no tengo intención de pasearme de esta guisa por el pueblo élfico.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—¿Sí? —contestó Raquel.

La puerta se abrió y Adannel entró haciendo malabares con una bandeja con comida.

—Buenos días, Ra...

La bandeja y su contenido cayeron al suelo con un gran estruendo al tiempo que el rey se quedaba con la boca abierta y una parte de su anatomía reaccionaba sin que nadie se lo hubiera pedido. El silencio casi cortaba, pero todavía no se habían terminado las sorpresas. Sheba también apareció, seguida de otras dos elfas, la cuales le traían ropa, agua y toallas para su aseo personal.

—¡Oh! —exclamaron las tres al mismo tiempo.

Raquel miró a Bartar molesta y le dijo:

—Bueno, supongo que si todo el pueblo élfico va a invadir mi habitación y ve mis piernas no es precisamente culpa mía, ¿no es cierto?

Las carcajadas de Bartar no se hicieron esperar, al tiempo que Adanmel parecía no poder apartar los ojos de sus piernas y a las elfas se las notaba más incómodas por momentos. Raquel decidió poner punto final a esa incómoda situación.

—Rey Adanmel, ha sido muy amable por su parte traerme lo que iba a ser mi desayuno.

Bartar ya no es que se muriera de risa es que se le empezaron a saltar las lágrimas.

—Y a ustedes, señoritas, también les agradezco sus atenciones. Si son tan amables de dejarme las cosas donde puedan, me gustaría, si es posible, que todos me dejaran un poco de intimidad, y en lo sucesivo, nadie entrara en mi habitación sin haber recibido permiso para hacerlo. De este modo, no habrá sorpresas para nadie y no se crearán situaciones tan incómodas y comprometidas para todas las partes.

Sheba fue la primera en reaccionar al entender por fin que si alguien se encontraba en una situación verdaderamente embarazosa era Raquel y no los demás, que a causa de su intromisión la habían pillado desprevenida. Al pasar por su lado, le pidió disculpas y discretamente se llevó a las otras dos elfas fuera de la habitación.

Adanmel admiró la habilidad con la que había llevado la situación y les había reprochado su falta de tacto. Era una mujer excepcional en todos los sentidos.

—Raquel, cuando estés lista estaré esperándote fuera —le comentó Bartar cuando se disponía a salir.

—Y yo te ruego aceptes mis más sinceras disculpas. Cuando hayas terminado, me gustaría que Bartar y tú os reunierais conmigo para desayunar.

Raquel hizo un leve asentimiento con la cabeza. Justo en el mismo umbral de la puerta, Adanmel se volvió y no pudo evitar decir con diversión:

—Por cierto, unas piernas espléndidas. Gracias por el espectáculo.

Raquel abrió los ojos como platos, para acto seguido enarcar las cejas antes de poder contestar, pero Bartar se le adelantó.

—Padre, es un buen momento para salir corriendo si quieres que tu pueblo conserve a su rey y a uno de sus príncipes.

En ese momento, alguien se asomaba al umbral con un evidente buen humor.

—Esto no me está pasando —consiguió articular Raquel con pesadumbre.

—Buenos días, padre, hermanito. ¿Cómo se encuentra nuestra bella invita...? Por la Diosa Danu, ¿qué está ocurriendo aquí?

Adannel y Bartar, como si estuvieran cronometrados, agarraron a Annael cada uno por un brazo, y cerrando la puerta lo más deprisa que pudieron se lo llevaron arrastrando de allí.

—Padre, confirmame que he oído lo que creo que he oído —preguntó Bartar a su padre.

—Todo se pega, hijo, todo se pega.

—¿Alguien va a contarme algo? —preguntó Annael mirando a uno y a otro.

Media hora después, Bartar acompañaba a Raquel a la mesa de su padre. Al ver todavía la diversión en su rostro le dijo:

—No quiero oír ni una sola palabra más sobre el asunto.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Raquel puso los ojos en blanco. Cuando llegaron, Annael también se encontraba presente. Padre e hijo se levantaron de sus asientos al verla llegar.

—Buenos días, Annael.

—Buenos días, Raquel, espero que tu descanso haya sido solo perturbado por hermosos sueños y un feliz despertar —le dijo con sorna.

Adannel, que acababa de meterse en el momento de su llegada una jugosa uva en la boca, casi se atraganta con ella.

—¡Por todos los Dioses, Annael, es el intento más cursi y patético para tomar el pelo a alguien que he visto en mi vida! —le reprochó su medio hermano comenzando a reírse de nuevo.

Annael, desconcertado en un primer momento, se disculpó diciendo:

—Me temo que no he elegido bien las palabras.

Su cara de niño pillado en una travesura fue lo último que necesitó Raquel para empezar a reírse con todas sus ganas. Cuando se calmó, le dijo:

—No le hagas caso a tu hermano, a mí me ha parecido de lo más original y divertido.

—Gracias por intentar suavizarlo, pero ahora que lo pienso, Bartar tiene razón. Ha sido deplorable.

Mientras desayunaban, Bartar decidió que no había terminado con su hermano.

—¿Sabes, Annael, por qué no te ha salido bien tu intento de burlarte de nuestra invitada?

—Supongo que tiene algo que ver con la ausencia en mi persona de tu perverso lado humano —le contestó intentando picarle.

—Te equivocas. Lo que necesitas es más práctica, pero como eres un picha corta, lo tienes complicado.

Raquel, divertida, miró de reojo a ambos hermanos, al tiempo que Adanmel se limitaba a decir:

—Oh, oh.

Annael miró a su padre porque no intuyó nada bueno, pero aún así cometió el error de preguntar a su hermano.

—¿Qué significa “picha”?

—Es solo una de las expresiones humanas para llamar a tu real miembro.

Annael se quedó por unos segundos mirando a su hermano, y este aprovechó la oportunidad para seguir provocándolo.

—Lo siento, hermanito, el ser medio humano tiene sus ventajas. No todos podemos ser tan afortunados.

—¿Estás insinuando que la tengo pequeña?!

—Lo has pillado.

En ese momento, Annael, rojo de ira, hizo el amago de levantarse al tiempo que decía:

—Te juro que esta vez me las vas a pagar.

Pero Bartar ya había saltado como un resorte sacándole unos metros a su hermano, que se puso a perseguirlo como si le fuera la vida en ello.

Raquel se lo estaba pasando en grande, pero Adanmel parecía sentirse avergonzado.

—Se comportan como niños. Siempre ha sido así, a veces pienso que mi pueblo no ve con buenos ojos el comportamiento de mis hijos, y el ejemplo que dan debido a su status, y eso me preocupa. Annael algún día se convertirá en el nuevo rey de los elfos si su pueblo lo respeta y lo considera digno...

Raquel, que mientras le escuchaba no se estaba perdiendo ni un segundo de la alocada carrera de los príncipes, le llamó la atención sobre algo.

—Observa la reacción de tu pueblo, Adanmel, más bien diría que disfrutan con lo que están viendo. Es fácil darse cuenta del gran cariño y complicidad que existe entre ambos. Creo que te preocupas sin motivos. Divertirse es algo maravilloso que nada tiene que ver con la capacidad de alguien para desempeñar un trabajo y tomar decisiones importantes. De hecho, es la mejor cura para liberar tensiones.

—Para nosotros divertirnos es algo primordial, tenemos muchas festividades a lo largo del año, pero el concepto de diversión de Bartar es algo que nos cuesta entender.

—¿Sabes lo que creo? Que tú al igual que tu pueblo lo entendéis y además os encanta, pero no quieres demostrarlo porque eres el rey y piensas que tu comportamiento y el de tus hijos debe ser intachable. Quizá deberías replantearte el significado de la palabra intachable, otorgarle menos importancia e intentar poner un poco de diversión humana en tu vida.

—¿En qué momento los humanos os habéis vuelto tan sabios? —contestó con una sincera sonrisa al tiempo que tocaba la mano de Raquel en un gesto de simpatía que hizo que a ella se le erizaran todos los pelos del cuerpo.

En ese momento, unas voces captaron su atención. Annael había atrapado a su hermano y lo traía agarrado del cuello impidiendo que pudiera hacer otra cosa que no fuera reírse.

—Creo que tienes algo que decir. ¿No es cierto?

—Está bien, pero suéltame o pensarán que me estás coaccionando.

—No pienso hacer tal cosa. Cuanto antes hables, antes te soltaré.

—De acuerdo. Raquel, mi hermano no la tiene pequeña. Si ya estás satisfecho, ¿podrías dejar de apretarme el cuello?

Annael soltó a su presa mientras le reprochaba su delicadeza para decir las cosas.

—Si ya os habéis divertido bastante, deberíamos atender otros asuntos. Tengo que reunirme con el consejo. Annael, tú vienes conmigo. Bartar, quizá a nuestra invitada le gustaría ver lo que hay fuera de nuestros muros.

—Será un placer. Padre, cuando tengas un momento, me gustaría hablar contigo a solas.

—Antes de comer reúnete conmigo en mi sala privada.

—Gracias, padre.

Padre e hijo hicieron una pequeña reverencia con la cabeza a modo de despedida antes de seguir su camino.

—Ha llegado el momento de tu primera lección ecuestre.

—Estás de broma, ¿verdad?

—En absoluto. Por aquí es el único medio de transporte del que disponemos, pero si quieres desperdiciar la oportunidad de comprobar lo que es la naturaleza en estado puro, con árboles centenarios, cascadas de agua cristalina, especies de animales que nunca has visto y...

—De acuerdo, no hace falta que sigas, ya me has convencido. Sabes cómo tocarme la fibra.

Bartar le mostró una sonrisa triunfal que la hizo reír.

Dos horas después, Raquel era capaz de sostenerse en el caballo y saber

manejar las riendas lo suficiente para intentar, eso sí, al paso, aventurarse fuera de la fortaleza élfica.

Jamás se arrepentiría. La belleza de cuanto contempló la dejó sin palabras. Bartar, consciente del momento único que estaba viviendo, respetó su silencio, solo interrumpido para mostrarle otra maravilla de esa naturaleza virgen y genuina jamás tocada por la mano humana.

—Baja del caballo, vamos a comer algo en mi lugar favorito antes de regresar.

Solo anduvieron unos doscientos metros, dejaron atados los caballos, y Bartar la condujo a través de unos inmensos árboles hasta una entrada casi oculta desde la que pudo oír con claridad cómo el agua caía con fuerza.

—¡Oh, Dios mío!

No pudo evitarlo, sus emociones encontraron la salida y las lágrimas corrían por sus mejillas al mismo tiempo que sonreía y miraba a Bartar.

—Sabía que te gustaría.

—Es tan hermoso. Ahora más que nunca me alegro de que los humanos jamás vayamos a poner un pie en vuestra dimensión. Terminaríamos contaminando y destruyendo tanta belleza, al igual que hemos hecho en nuestro mundo.

—No te entristezcas por eso, al menos hay personas como tú que entienden lo que significa y luchan por conservarla. Pero te he traído aquí por algo más. Cuando regresemos, iré a hablar con mi padre. Mañana es la fiesta de la primavera, las parejas de elfos que deciden unir sus vidas esperan a este día para pronunciar sus votos o anunciar su compromiso. Tengo intención de traer esta tarde a Sheba a este pequeño paraíso y expresarle por fin lo que siento por ella. ¿Crees que el lugar es lo suficientemente romántico?

—¡Oh, Bartar, es el lugar más increíble que he visto! Me alegro tanto por los dos, es una noticia maravillosa. ¿Por eso tienes que hablar con tu padre? Vas a comunicarle tus intenciones.

—Así es. Estoy seguro de que la noticia lo entusiasmará, le tiene un gran cariño a Sheba y sospecho que hace mucho tiempo que sabe lo que siento por

ella, pero tengo miedo de que ella me rechace. Las elfas saben esconder muy bien lo que sienten hasta no estar seguras de que el elegido de su corazón les corresponde, y me temo que yo no he hecho mucho por facilitarle las cosas.

—No lo hará.

—Tu fe me conmueve, pero no me convence.

—Es que sé que no lo hará.

—¿Acaso me estás ocultando algo que yo ignoro?

—Llámalo intuición femenina.

—Tendré que esperar unas horas más para comprobar el poder de tu intuición.

Tras una fugaz comida, cogieron los caballos y regresaron.

Durante la tarde, no vio a Adanmel ni a ninguno de sus hijos. Todos estaban ocupados en sus cosas, y le asignaron una acompañante para mostrarle los talleres y la vida cotidiana del pueblo elfo. Los artesanos la dejaron anonadada con su maestría y los magníficos objetos que realizaban con materiales que jamás había visto y de los que jamás había oído hablar. Uno de ellos incluso le regaló un pequeño colgante con una pequeña piedra que parecía tener luz propia. El pueblo elfo bullía en actividad y nadie parecía estar cansado o malhumorado, sin embargo, sí pudo notar cierta reticencia a su presencia entre ellos. El interior de las viviendas también la sorprendió. Eran modestas, pero elegantes. Estaban limpias y ordenadas, el aroma de las flores y naturaleza que crecía a su alrededor inundaban las estancias, dándoles ese innegable toque mágico y relajante que destilaba todo el poblado. En cada rincón del mismo se podía apreciar la profunda conciencia ecológica que poseían.

Ya era la hora de la cena, la cual esperaba con impaciencia. Volvería a ver a su ángel y después lo tendría para ella sola. El recuerdo de su mano sobre la suya por la mañana aún le quemaba y le producía escalofríos. A pesar de haber conseguido poder hablar con él con naturalidad, se preguntaba si alguna vez conseguiría que su estómago dejara de brincar cada vez que la miraba y escuchaba, y en nada ayudaba ir conociéndolo, porque su personalidad, su sabiduría, su sonrisa, las pocas veces que sonreía, todo en él era devastador, y

ella se sentía cada vez más atraída por su magnetismo.

Un golpe en la puerta de su alcoba la sacó de sus pensamientos.

—Adelante.

—¿Estás vestida?

—La mayor parte del tiempo, so bobo.

—Lástima. ¿Lista para la cena?

—No.

—¿Ha ocurrido algo? —le preguntó preocupado.

—Nada.

—¿Entonces?

—No pienso salir de la habitación hasta que no me cuentes cuál ha sido la respuesta de Sheba.

Bartar se echó a reír.

—Se me olvidaba la incontrolada curiosidad humana del sexo femenino. Tu intuición ha ganado.

Raquel fue hacia él y lo abrazó.

—Enhorabuena, Bartar. Hacéis una pareja maravillosa.

—Gracias, Raquel.

La cena era un momento mágico. Tan solo iluminados por la luz de las tres lunas y algunas lámparas estratégicamente colocadas, la música de arpa de fondo, la suave conversación y el intenso aroma que la naturaleza parecía regalarles no invitaban precisamente a quererse levantar de ahí. Cuando en su mundo decidía desaparecer durante algunas horas, si podía siempre a un bosque, notaba cómo su alma entraba en un estado de paz que la relajaba de un modo difícil de explicar. Lo que sentía ahora es que su alma estaba exactamente donde quería estar.

—¿Te gustaría acompañarme al mirador? —le preguntó Adanmel cuando todos empezaban a retirarse.

—Me encantaría.

—¿Ha sido de tu agrado el día de hoy?

—Ha estado lleno de agradables sorpresas. El paseo de esta mañana con Bartar no podré olvidarlo mientras viva. Siempre me he sentido en comunión con la naturaleza, pero por primera vez lo que me rodeaba me ha hecho sentir que formo parte de algo único. Todo y todos formamos parte de una cadena, un ciclo eterno de energía vital. Y de repente, no podía controlar las lágrimas. Qué irónica es la vida, al menos la humana.

—¿Por qué dices eso?

—Porque se requiere tristeza para entender la felicidad, ruido para apreciar el silencio o ausencia para valorar la presencia de alguien o algo. Pero los humanos preferimos disfrazar la tristeza de felicidad, nos negamos a escuchar el silencio porque el ruido evita que oigamos nuestra conciencia y una ausencia se suple con otra.

Adannel la escuchaba fascinado.

—Tienes un alma que ha vivido muchas vidas, un alma antigua, evolucionada, un alma muy pura que hace que seas alguien muy especial.

—De acuerdo, se lo diré. —Raquel parecía estar hablando con alguien que no era él.

—¿Con quién hablas? —preguntó Adannel un tanto desconcertado.

—Con mi alma. Quiere que te dé las gracias por dedicarle unas palabras tan hermosas.

Ambos rieron discretamente. Raquel haría cualquier cosa con tal de hacerle sonreír a todas horas. Cada vez que lo hacía, notaba cómo le regalaba un trocito de su corazón.

—Esta mañana, Bartar me comunicó su intención de declararle su amor a Sheba. Antes de la cena, me informó que ella también le correspondía. Es una gran noticia.

—Sin duda lo es, llevaba mucho tiempo esperando que ese indomable hijo mío por fin se decidiera a dar el paso. Mañana la fiesta del equinoccio de primavera será muy especial.

—¿Cómo celebráis esa fiesta?

—El equinoccio de primavera representa un tiempo de fertilidad entre los elfos, que transcurren esta estación dedicados a la persecución del romance y la canción.

Raquel, sonriendo, lo interrumpió para decirle:

—Aunque no lo creas, hay más cosas de las que te imaginas que los elfos y humanos tenemos en común. La primavera hace exactamente lo mismo a los miembros de mi especie. De hecho, tenemos un dicho al respecto. “La primavera, la sangre altera”.

—Creo que voy a tomar prestado ese dicho para incorporarlo a mi vocabulario, resume a la perfección lo que ocurre, sin duda.

—Cuéntame más.

—Los elfos danzamos al son de la música con adornos florales y alrededor de una gran hoguera encendida por el fuego del templo de Corellon Larethian. Cuando termina el ritual de bienvenida de la primavera, se celebran los matrimonios de aquellos que se habían comprometido el año anterior y se anuncian los compromisos de las nuevas parejas. Hacía veinte años que no se celebraba ninguna de las dos cosas. Nosotros vivimos en pequeñas comunidades de unos cien o doscientos miembros. La nuestra tiene doscientos veinte. Si tienes en cuenta nuestra longevidad, que no nos unimos en matrimonio antes de los ciento diez años, y que por norma general no tenemos más de un hijo, estas ceremonias son muy poco frecuentes, y cuando ocurren, nos colman de felicidad. Por eso mañana será aún más especial, se anunciará el compromiso de uno de los príncipes. Una vez que terminan todas las ceremonias, la fiesta continúa hasta que el viento apaga la hoguera sagrada. Mañana lo verás por ti misma.

—No sabía si podría asistir.

—Tenemos muy pocas reglas o normas, eres nuestra invitada y mientras así sea, eres uno más de los nuestros.

—Gracias. Me apena mucho saber que no podré asistir a la boda, me habría encantado, pero ese día estaré con vosotros celebrándolo en cuerpo y alma.

Adannel la miró intensamente, y Raquel, aparte de derretirse, no supo descifrar qué pasaría por su cabeza en ese instante. No dijo nada, tan solo se limitó a continuar en donde lo habían dejado.

—El matrimonio es una ocasión de gran importancia entre nosotros porque la unión simboliza la continuación de la raza élfica. Es un suceso que dura hasta que uno de los dos muere. Los elfos raramente tomamos otra pareja tras la muerte de la anterior. Nuestros votos unen mucho más que el honor, unen el espíritu y el corazón de ambos.

—Tú has tenido dos esposas.

—Nunca me uní de ese modo a la madre de Bartar.

—No entiendo.

—Es complicado. Ya se ha hecho tarde y mañana es un día importante, deberíamos irnos a dormir.

Una vez más, Adannel había evitado hablar de Moira.

Cuando la dejó en la puerta de su alcoba y le dio las buenas noches, Raquel lo besó en la mejilla antes de desearle lo mismo y cerrar la puerta.

Adannel no se movió, subió su mano hasta la mejilla y la tocó allí donde ella lo había besado. Casi había olvidado la cálida sensación de sentir unos labios femeninos, y en ese momento deseó poder sentir esos labios sobre los suyos. Pero solo fue eso, un deseo que envió a lo más profundo de su ser. Adannel siempre supo que algún día tendría que enfrentarse a otra pérdida, la más cruel. Su amado hijo Bartar tenía ciento veinte años, y no sabía cuántos más le quedarían de vida, casi no había cambios significativos, pero cuando te fijabas detenidamente, ahí estaban unas casi imperceptibles líneas de expresión que habían aparecido en el último año en su rostro y que indicaban que el proceso de envejecimiento ya era un hecho. No soportaría perderlo a él también. Había pensado mucho en ello y finalmente tomado una decisión. Cuando el momento llegara, ambos navegarían juntos a su último destino.

CAPÍTULO XI



La mañana amaneció con un claro toque festivo. El pueblo se levantó más alegre de lo habitual y todos participaban en múltiples quehaceres para que al atardecer todo estuviera dispuesto para la celebración de la fiesta de la primavera. El ambiente era contagioso, y Raquel deseaba ayudar en lo que pudiera, así que se fue en busca de Sheba. Todavía no la había visto y quería felicitarla por su inminente compromiso.

—Buenos días, Sheba. ¿Puedo pasar?

—Buenos días, Raquel. Pasa, por favor. —La hermosa sonrisa de la bella elfa era radiante.

—No hay más que mirarte para adivinar que estás feliz. Déjame felicitarte por tu compromiso. Estoy tan contenta por vosotros. Te lo dije, ¿recuerdas? — Raquel se aproximó y abrazó con cariño a Sheba, que le correspondió encantada.

—Gracias, Raquel. Todavía creo que estoy soñando, además nuestro rey ha dado su consentimiento. Al parecer, deseaba este compromiso.

—Lo sé, ayer estuve hablando con él. Sus palabras textuales fueron, “llevaba mucho tiempo esperando que ese indomable hijo mío por fin se decidiera a dar el paso”. No entiendo por qué te infravaloras, Adanmel te tiene en gran estima.

—Bartar pertenece a la nobleza, los reyes y los príncipes se desposan con los de su misma sangre. Esto no es algo que ocurra.

—Annael es el heredero, y Bartar es medio humano, quizá eso ha jugado en tu favor.

—Sí, yo he llegado a la misma conclusión.

—Lo importante, Sheba, es que vas a comprometerte con el hombre al que amas, y que él está loco por ti.

Sheba se ruborizó un poco, pero sonrió.

—No solo he venido a darte la enhorabuena, me gustaría poder colaborar en la preparación de la fiesta, ¿hay algo que pueda hacer?

—Me disponía a preparar diademas de flores para las mujeres, quizá te gustaría ayudarme con eso.

—Será un placer, pero tendrás que enseñarme.

—Es muy fácil, enseguida aprenderás.

Una hora después, ya era una experta entrelazando diferentes tipos de flores entre sí.

—Sheba, ahora que ya sé cómo se hacen, me gustaría confeccionarte la tuya. Se me han ocurrido unas ideas para hacerla más bonita, ¿la aceptarías como mi regalo de compromiso?

—Será un honor llevarla.

Ambas disfrutaron charlando un buen rato más.

—Quisiera preguntarte algo, sé que es un tema delicado, pero Adanmel evita hablar de ello, y supongo que para Bartar también será doloroso. No tengo a nadie más que pueda satisfacer mi curiosidad.

—¿Qué deseas saber?

—Ayer, hablando con tu rey, compartió conmigo parte de vuestra forma de vida. Me dijo que los elfos solo os casáis una vez por norma general. Cuando le hice la observación de que él lo había hecho dos veces, me contestó que nunca se desposó con la madre de Bartar de la misma forma. Yo quise saber más, pero él decidió dar por terminada la conversación. ¿Qué es lo que no quiere contarme?

—Tienes razón, es un tema delicado. Cuando Moira murió, nuestro rey no parecía el mismo. No lo vimos durante días, y cuando por fin se dejó ver, una inmensa tristeza se reflejaba en su rostro. Casi no hablaba con nadie, se pasaba horas sentado en el mirador en el que soléis hablar. Llegamos a pensar que ya no quería seguir en el mundo de los vivos y que emprendería el gran viaje.

—¿Qué gran viaje?

—Los elfos, a pesar de nuestra longevidad, podemos dejar de existir por propia voluntad. Entonces tomamos el barco sagrado y emprendemos el viaje. El barco al cabo de un tiempo regresa vacío al sitio desde el cual partió. Bartar, el hijo de ambos, logró sacarlo poco a poco de ese estado. Creemos que decidió seguir viviendo por él. Adanmel no hace distinciones entre sus dos hijos, pero todos sabemos el gran amor que le profesa.

—¿Por qué no se casó con Moira si la amaba tanto?

Bartar llevaba un rato escuchando a ambas mujeres, había ido a ver a Sheba, pero al oírlas hablar prefirió quedarse al margen. La pregunta que le acaba de hacer a Sheba era comprometida, y viendo el apuro en el que se encontraba, decidió entrar.

—Yo contestaré a su pregunta.

—Bartar, yo... —balbuceó Sheba.

—No te preocupes, Sheba, es normal que sienta curiosidad. No veo motivo para ocultárselo.

Entonces, miró a Raquel y comenzó.

—Cuando un elfo se enamora de un miembro de otra raza y decide conservar su amor por medio del matrimonio es despojado de su eternidad. Entonces enferma hasta que deja de portar la pureza que los caracteriza y se vuelve mortal.

—Entiendo.

Bartar, con el humor que le caracterizaba, le sonrió.

—No me engañas, sé que te haces más preguntas, pero esas respuestas no soy yo quien debe dártelas. Solo mi padre tiene derecho a hacerlo.

—Lo siento, ya me he entrometido más de lo que debía donde no me llaman. Os dejo a solas, tendréis cosas de las que hablar. Si no te importa, Sheba, me llevaré unas cuantas flores, las necesito para hacer tu diadema.

—Coge lo que necesites.

—Nos vemos luego.

A primera hora de la tarde le llevaron un hermoso vestido para la festividad y una diadema de flores. Cuando estuvo vestida, salió de la habitación para llevarle a Sheba la suya. Le había quedado preciosa y cuando se la entregó, Sheba supo apreciarla.

A media tarde, los elfos se congregaron y en un silencio reverencial comenzaron una especie de procesión a cuya cabeza, hermoso como un Dios, iba su rey portando una antorcha con el fuego sagrado, flanqueado por sus dos hijos. Salieron de la fortaleza y se dirigieron al bosque, hasta que llegaron a una explanada con una piedra central a modo de altar. Adanmel se acercó a un enorme montón de leña. Tras entonar un hermoso cántico, prendió la hoguera y todos se unieron al mismo. Parecían los mismos ángeles del cielo entonando una música celestial. Después continuaron con el rito en su bella lengua, seguido de lo que le parecieron ofrendas. Cuando parecía que ya habían terminado, Adanmel, delante del altar, pronunció unas palabras, tras las cuales Bartar y Sheba se acercaron, poniéndose a su lado. El silencio que hasta ese momento no había sido roto, excepto por los cánticos, desapareció de repente. Se empezaron a oír murmullos, caras de sorpresa y expectación. Adanmel cogió las manos de ambos y con una sonrisa, anunció el compromiso. Entonces, la alegría estalló en el pueblo élfico, una alegría sincera y emotiva, seguida de las felicitaciones de todo un pueblo que dio comienzo a la fiesta, donde la música, la comida y el baile fueron la tónica general. Cuando anocheció, el espectáculo era todo lo mágico que se podía esperar, la luz de la luna se reflejaba en todos ellos haciendo que resplandecieran con luz propia. Eran luciérnagas con forma humana. Raquel se entregó en cuerpo y alma al festejo, bailando y riendo hasta que no pudo más. Entonces se retiró a sentarse a descansar en un tronco que encontró a unos veinticinco metros mientras observaba como de vez en cuando, una pareja desaparecía entre los árboles. Adanmel apenas le había dirigido unas palabras, su pueblo no había parado de felicitarlo por el compromiso de la pareja y se había unido al baile y al festejo como uno más. Era maravilloso verlo tan feliz. Lo que Raquel no sabía es que él no había podido apartar la vista de ella en toda la tarde-noche. Vestida como los de su especie estaba preciosa, cuanto más intentaba apartarla de su mente, con más fuerza regresaba a ella.

Una voz que conocía la sobresaltó.

—¿Cansada?

—¿Tú no lo estás?

—Quizá un poco.

—Pues yo creo que después de esto necesitaré dormir durante tres días para recuperarme, Nya Aran (mi rey).

Adanmel, entre sorprendido y divertido, le preguntó:

—¿Cuándo has empezado a tomar clases de élfico?

—Tan solo sé algunas palabras cuyo significado es evidente por lógica. Ni en mil años podría aprender vuestra lengua. Suena preciosa, pero también complicadísima.

Hubo un momento de silencio.

—Te noto inquieta —observó Adanmel.

—Bueno, mi mente es un torbellino. Cuanto más descubro de vosotros más quiero saber. Tengo tantas preguntas que no sabría por dónde empezar, pero por otra parte pienso que cuanto menos pregunte, mejor. Dentro de poco tendré que irme, ni te imaginas lo que me va a costar asimilar que no volveré a veros, que tendré que guardar en el fondo de mi alma el recuerdo de esta experiencia única y otras cosas. Mi vida nunca será igual.

Raquel había dicho todas esas cosas sin mirarlo a la cara. Adanmel no quiso preguntarle, percibía una lucha en su interior que la hería, así que decidió desplegar sus sentidos élficos para meterse en su mente y averiguar qué le hacía tanto daño.

Lo que descubrió hizo que su corazón se acelerara. ¡Ella lo amaba! ¡Por todos los orcos, lo amaba! Algo se rompió en su interior.

—Raquel, mírame —le dijo con dulzura.

Raquel dudó entre hacerlo o el impulso de salir corriendo. No quería mirarlo porque cada vez que lo hacía se quedaba sin aliento, perdida en esos ojos imposibles, en la sensualidad de su boca, en la perfección de sus facciones, en la caricia de su voz, en esa sabiduría antigua. ¡Dios mío! Estaba loca por él desde el momento que lo vio por primera vez en lo que ella creyó

un sueño. Reconocérselo a sí misma la conmocionó. Las lágrimas comenzaron a aflorar.

—Por favor, mírame. —Le volvió a repetir al tiempo que le cogía delicadamente la barbilla y la giraba hacia él.

Durante unos segundos interminables se miraron a los ojos, hasta que sin saber cómo los labios de Adanmel se posaron sobre los suyos. Fue un beso dulce, delicado, pero Raquel se sintió flotar.

—Tu corazón late deprisa.

Raquel, todavía en una nube, consiguió decir con dificultad:

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo oírlo.

Entonces cogió su mano y la puso sobre su corazón.

—¿Qué sientes?

—Que late con fuerza.

—Así es. —Y volvió a besarla, esta vez con más intensidad.

—No pares ahora, no podría soportarlo.

—Ven, acompáñame.

Raquel se dejó llevar. Lo habría seguido al fin del mundo, todavía estaba mareada por los efectos de esos dos besos, no sabía qué pasaría a continuación, pero tenía claro que si era lo que ella deseaba con toda su alma se dejaría llevar hasta las últimas consecuencias. Mejor amarlo y perderlo que arrepentirse de no haberlo hecho, aunque después se le partiera el corazón. Pero ahora, era ahora, no importaba nada más. Él quería hacerla suya, a ella, y nada ni nadie se lo impedirían.

Adanmel la condujo hasta sus habitaciones privadas, no la había soltado de la mano en ningún momento durante el camino de regreso.

Su habitación era magnífica, con un refinamiento y lujo que la dejó boquiabierta. A unos metros a los pies de la inmensa cama había una pequeña piscina con pétalos de flores que emanaba calor.

—¿Es de tu agrado?

—Es maravilloso.

Adanmel se acercó a ella, le quitó la diadema de flores y sin dejar de mirarla a los ojos la fue desnudando sin prisas. Estaba tan absorta pensando en si estaba soñando que se olvidó de sentir ningún pudor cuando finalmente ninguna prenda cubría su cuerpo. Adanmel se separó de ella para mirarla. Sus pupilas se agrandaron y su cara reflejaba admiración y deseo por igual.

—Eres preciosa.

Raquel se ruborizó e intentó cubrir con sus manos su desnudez, pero Adanmel se lo impidió.

—No, por favor, no te avergüences de tu belleza. ¿Acaso ignoras que eres exquisita?

El sencillo y devastador cumplido fue suficiente para acabar de golpe con su timidez.

Adanmel se quitó la ropa en un abrir y cerrar de ojos y como si fuera lo más natural del mundo, dejó que ella también lo observara. Un intenso calor la invadió por dentro. El rey de los elfos era tan perfecto como cabía esperar. Delgado como todos ellos, pero musculado, con una piel blanca y fina como el alabastro, sin pelo, sin manchas ni imperfecciones y...

—¡Vaya!

Eso sí que no se lo esperaba, su masculinidad, sin estar todavía en su máxima extensión, tenía un tamaño nada despreciable.

Con una sonrisa traviesa, miró hacia la piscina y le dijo:

—¿Me acompañas?

Nunca había experimentado nada tan sensual y erótico en su vida. Adanmel lavó su cuerpo con suma delicadeza mientras susurraba de vez en cuando palabras en élfico en su oído y depositaba pequeños y tiernos besos en su cuello y hombros. Cuando la giró con cuidado para quedar enfrentados, su mirada recorrió cada centímetro de la parte de su cuerpo que se encontraba por encima del agua, como si quisiera memorizar cada detalle. Cuando sus manos acariciaron sus senos, Raquel cerró los ojos echando la cabeza hacia

atrás y un gemido salió de su boca. Ante la invitación, Adanmel acarició con su lengua uno de sus excitados y prominentes pezones, al tiempo que con una mano le dedicaba el mismo tormento al otro. La excitación de ambos comenzó a ser más que evidente. Si no hubiera parado en ese mismo momento para atrapar su boca con la suya estaba segura de que habría tenido un orgasmo ahí mismo. Sus lenguas se buscaron, la pasión los abrasaba.

—Llévame a la cama, por favor —consiguió decir Raquel con la respiración entrecortada.

Adanmel no necesitó escuchar más, no recordaba haber estado tan excitado en su vida. La cogió en sus brazos y la depositó como si fuera un objeto sagrado sobre ella.

—Vamos a mojar la ropa de cama. —Rio suavemente Raquel.

—No vamos a darle tiempo.

Adanmel empezó a torturarla deliberadamente, parecía saber cuáles eran exactamente sus zonas más sensibles. Ella quería corresponderle de la misma forma, pero él se lo impedía.

—Si te empeñas en tocarme de esa forma, no duraré mucho más —siseó Adanmel.

Raquel, envolviendo sus largas piernas sobre sus caderas, le susurró:

—Si no entras dentro de mí ahora mismo, yo tampoco aguantaré.

Raquel estaba tan húmeda que Adanmel, pese a lo grande que era allí abajo, entró de una sola embestida en su cuerpo. Ambos se quedaron casi sin respiración durante unos breves segundos, antes de que el movimiento de ambos comenzara a intensificarse. Cuando el orgasmo llegó para ambos al mismo tiempo fue arrollador. Un grito de inmenso placer salió de la garganta de los dos mientras las convulsiones del placer estremecían sus cuerpos.

Adanmel, satisfecho, exhausto y atónito, se dejó caer a un lado de la cama, respirando todavía con dificultad.

—Por todos los Dioses, ¿qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué? —preguntó Raquel sin comprender.

—Esa increíble explosión de placer al mismo tiempo. Jamás había visto ni sentido algo así.

—Ya somos dos.

—¿Entonces tú también piensas que lo que ha ocurrido...?

—¿No es normal? —Terminó la frase por él—. Sí, Adanmel, es normal cuando te dejas llevar por los sentimientos y la pasión y te entregas a ella libremente cuando sientes que estás con esa persona que te completa. Aún así, llegar a ese grado de compenetración no es fácil, y cuando se alcanza, como en nuestro caso, se convierte en algo sublime.

—Haces que todo parezca tan natural.

—Lo es.

Agotados como estaban, se quedaron medio traspuestos durante un rato. Adanmel abrió los ojos y contempló extasiado a la mujer que yacía entre sus brazos. Sus mejillas todavía estaban sonrojadas por la pasión, su olor le inundaba los sentidos, el ardiente calor que desprendía lo reconfortaba. De repente, se encontró acariciando su cuerpo de nuevo con la suavidad de una pluma, Raquel lo notó y saliendo de su estado de somnolencia le preguntó:

—Sabes que no sería normal.

—No, pero seguro que me lo vas a decir.

—Que no me hicieras de nuevo el amor.

—¿Cómo, otra vez, eso es normal también?

—Pero en qué mundo vives. ¿Acaso lo hacéis solo una vez cada vez?

—Sí —le contestó desconcertado.

—Entonces tienes mucho que aprender, rey de los elfos, y después de esta noche sabrás lo que te has perdido.

En esa ocasión fue ella quien tomó las riendas y Adanmel experimentó cosas que no creía posibles. Al amanecer, agotado como no se había sentido en su vida, pero feliz, miró a su hermosa humana dormida profundamente y sonrió. Realmente, le había mostrado todas y cada una de las cosas que se había perdido. Entonces cerró los ojos y al momento se quedó dormido.

Se despertaron a medio día, tomaron otro baño juntos y como se habían perdido el desayuno y ya era la hora de la comida, se dirigieron charlando y riendo hacia el comedor.

Bartar y Annael ya estaban sentados esperando cuando los vieron aproximarse de lo más felices. Ambos se miraron al mismo tiempo divertidos.

—Ahora entiendo por qué no hemos visto a ninguno de los dos en el desayuno —reflexionó Annael.

—Debo reconocer que estoy tan sorprendido como tú.

—Al parecer, nuestro padre siente una especial debilidad por las mujeres humanas.

—¿Te extraña? No tienes más que mirarme para entender lo bien que le salió el experimento. ¿No te apetece otro hermanito medio elfo? —bromeó Bartar.

Annael puso los ojos en blanco, pero no le dio tiempo a contestar.

—Buenos días —dijeron los recién llegados.

—Buenas tardes —contestaron los dos príncipes.

—¿No habéis dormido bien? —preguntó Bartar.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó a su vez Adannel en respuesta.

—Parecéis cansados. ¿Tú qué opinas, Annael?

—Sí, definitivamente parece que no tienen muy buen aspecto.

—Quizá deberíais volver los dos a la cama. En ese estado no deberíais haber salido de ella hasta estar recuperados.

Ambos hermanos hacían verdaderos esfuerzos por aguantarse la risa, pero no engañaron a nadie. Cuando Adannel y Raquel los miraron con el ceño fruncido, haciéndoles entender que eran conscientes de la burla a las que los estaban sometiendo, estallaron en carcajadas.

—Lo siento, padre, no hemos podido evitarlo.

—Si ya os habéis reído lo suficiente, quizá podríamos empezar a comer, me muero de hambre.

Esta vez hasta Raquel se rio.

—¿He dicho algo gracioso?

—Luego te lo explico —le contestó Raquel entre risas.

Cuando las risas se calmaron, Bartar informó a Raquel que tenía intención de ir en cuanto terminaran de comer al lado humano para traer sus cosas e informarse si ya habían detenido a los agresores de la joven.

—Bartar, necesito que me hagas un favor si no te importa.

—Si está en mis manos, cuenta con ello.

—Voy a escribir una carta a mis padres, y necesito que me la lleves a correos. Hace tiempo que no saben nada de mí y estarán muy preocupados. Tengo que contarles algo creíble, que me cubra también durante un tiempo. Te escribiré la dirección en un papel.

—Muy bien, ¿necesitas algo más?

—Eso es todo, gracias, Bartar.

Cuando terminaron de comer, Raquel se disculpó para ir a escribir la carta a sus padres. Una hora después, se la entregó a Bartar, que ya estaba preparado para irse.

—Nos vemos en unas horas.

Adanmel se acercó a Raquel.

—¿Hay algo que te apetezca hacer?

—En realidad lo que necesito es dormir unas horas más.

—Lo entiendo, incluso yo lo necesito. ¿Te gustaría cenar conmigo a solas en el mirador esta noche?

—Me parece una idea excelente.

—Nos vemos allí después. Descansa.

Raquel durmió otras seis horas seguidas. Cuando salió de la habitación, se fue en busca de Bartar. Lo encontró hablando con su prometida.

—Hola, disculpad por la intromisión. Me iré enseguida. Bartar, ¿has

averiguado algo?

—Todavía no los han localizado, pero tienen algunas pistas que están siguiendo. Les he dicho que los volvería a llamar en una semana. Por cierto, tengo tus pertenencias, dame un segundo, voy a buscarlas.

—Gracias.

Cuando Bartar se metió en casa de Sheba, donde había dejado sus cosas, esta la miraba con una curiosa expresión. Raquel puso los ojos en blanco al tiempo que le preguntaba:

—Te lo ha dicho, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Quizá los elfos no sabéis disimular tan bien como creéis.

—Aquí tienes tus cosas —dijo Bartar extendiéndole una gran bolsa de viaje.

—Gracias. ¿Alguna vez te han dicho que tienes la lengua muy larga, alteza?

Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y se fue.

No quedaba mucho tiempo para la cena. Se dio un baño, eligió un sexy vestido a juego con unos zapatos de tacón, se maquilló un poco los ojos, poniéndose también un poco de color en los labios, y en el último momento decidió echarse un poco de perfume. Quería estar lo más guapa posible para él.

Cuando se dirigía al mirador, se tropezó con Bartar y Annael, los cuales se dirigían también a cenar. Al verla, ambos se pararon en seco sorprendidos.

—¡Por Dana, Raquel, estás espectacular! —Bartar fue quien habló.

—Gracias, eres muy amable.

—¿Dónde vas vestida así, acaso quieres que nos dé a todos un infarto?

—Eso no va a ocurrir, ¿no es cierto?

Mientras tanto, Annael, con la boca abierta, la seguía contemplando de arriba a abajo sin ningún disimulo. Cuando Bartar se dio cuenta, lo miró divertido y le dijo:

—No es de buena educación mirar a una mujer de ese modo. Deberías cerrar la boca y volverla a abrir para decir algo agradable.

—Discúlpame, Raquel, yo... verás... nunca... esto es... Estás increíble — consiguió por fin decir.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —bromeó Bartar con su hermano, dándole una palmada en la espalda—. ¿Nos vamos?

—Yo no os acompaño.

—¿Tienes una cita? —preguntó Bartar.

—Así es.

Ambos hermanos se miraron y sonrieron, pero antes de que se les ocurriera decir algo, Raquel se adelantó.

—Y vosotros no estáis invitados. —Antes de continuar su camino, sonriendo, les dio un beso a cada uno en la mejilla y les dio las buenas noches.

Adanmel ya se encontraba allí. Al verla se quedó sin respiración.

—Estás bellísima, Raquel.

—Gracias, majestad —le respondió encantada al comprobar que había conseguido suscitar el efecto que deseaba.

Raquel estaba ebria de felicidad, no podía pedir más, estaba cenando en un lugar mágico bajo la luz de tres increíbles lunas junto al hombre al que amaba, la conversación era fluida y la complicidad entre ambos iba en aumento.

Los ojos de Adanmel reflejaban el intenso deseo, durante demasiado tiempo dormido, que ella le provocaba. Jamás pensó que podría volver a sentirse así. Perder a Moira había sido lo más duro a lo que se había enfrentado en su larga existencia. No quería volver a tener que pasar por ello nunca más. Había cerrado su corazón durante casi un siglo y su intención era continuar así hasta que ella apareció en su vida, trastocando su paz interior y su férrea decisión. Era consciente del grave error que había cometido. Nunca debió besarla y llevársela a sus aposentos, pero después de la noche anterior quería más de ella, lo quería todo y se sentía incapaz de hacer lo que tenía que hacer, aunque ese día llegaría, y pronto; y ese día ella lo odiaría.

CAPÍTULO XII



Durante las cuatro semanas siguientes, Adanmel la instruyó en profundidad sobre todas las costumbres de su pueblo. Daban largos paseos durante el día fuera del poblado, a veces a pie, a veces a caballo, a los que finalmente se había aficionado. A veces almorzaban fuera y regresaban tarde, participaban alegremente en las agradables veladas con su pueblo, y por las noches se amaban con pasión, e incluso había tenido la oportunidad de asistir a otro hecho y festejo poco común entre su raza. El nacimiento de un nuevo miembro.

—Hoy es un gran día, Raquel —le había dicho Adanmel más contento de lo habitual.

—¿Qué ha ocurrido?

—Durante los próximos días celebraremos el nacimiento de uno de los nuestros.

—¿Durante unos días?

—Ven, siéntate, te lo explicaré. Tras un embarazo de dos años...

—¿Qué?! Dios mío, ¿dos años? Más que un elefante, no me extraña que solo tengáis un hijo. —Adanmel se rio.

—Es cierto que el embarazo de las humanas es más breve, por eso, llegado el momento, las mujeres elfas se alegran de desprenderse de su peso y se unen felices a las festividades en honor a su recién nacido. Estas ceremonias duran días y terminan en el bautizo del niño.

—¿En qué consiste el bautizo?

—A los niños se les adjudica un nombre privado, que le otorgan sus padres, y luego un nombre público. El nombre secreto es conocido solo por el recién nacido, sus padres y el sacerdote que preside la ceremonia. Cuando un elfo revela a alguien su auténtico nombre, es un signo de amor y respeto.

—Vaya, qué bonito.

—Y ahora, si me disculpas, tengo que ir a visitar al recién nacido y a los felices padres y organizar el festejo. Puedes ir mientras tanto a ver a Sheba. Le han traído un cervatillo herido, y podrás ver la magia elfa y sus habilidades por primera vez. Dile que yo te he autorizado.

Le dio un beso en la cabeza y se fue entusiasmado a conocer al nuevo bebé.

¿Ver la magia élfica? Cuando Raquel se dio cuenta de lo que eso significaba, salió corriendo en dirección a la casa de su amiga, una vez más iba a ser testigo de algo único.

Cuando llegó, respiraba con dificultad.

—Hola, Sheba.

—¿Qué ocurre, por qué vienes corriendo?

—Adanmel me ha dicho que te han traído un animal malherido y que ibas a curarlo, que tenías su permiso para dejármelo ver. ¿Puedo hacerlo, por favor?

—Por supuesto. —Le sonrió Sheba.

—Te prometo que no te molestaré, no abriré la boca.

Sheba soltó una carcajada antes de decir:

—Eso tengo que verlo.

—Se te está pegando el sentido del humor humano, y sé quién tiene la culpa —le contestó con un mohín Raquel antes de sonreírle.

—Acompáñame a la otra sala, iba a empezar ya.

Tendido sobre una mesa se encontraba un joven cervatillo con una pata rota y una fea herida en el costado.

—¿Por qué no se mueve?

—He tenido que dormirlo para colocarle el hueso de la pata. Ahora ya puedo hacerlo y curarle el costado. Necesito que estés en silencio hasta que termine.

Sheba palpó la pata y con un hábil movimiento colocó el hueso en su sitio, tras lo cual lo entablilló. Tras lavarse las manos, cogió un montón de hierbas

entre ellas y empezó a hablar en élfico. Colocó las hierbas sobre la herida del cervatillo, y a medida que hablaba, ante los ojos desorbitados de Raquel, la elfa se iluminó con una intensa luz blanca. Su voz se convirtió en algo hipnótico, como un eco que parecía llegar de un sitio lejano, el tiempo pareció ralentizarse.

—¡Oh, Dios mío!

Es todo lo que salió de su boca, aunque lo hubiera intentado, no habría podido articular ni una sola palabra más. Cuando terminó de hablar, la luz que la envolvía desapareció de la misma forma que había aparecido. Raquel estaba en shock, pero no podía apartar la mirada de ella. La elfa cogió con una delicadeza extraordinaria al cervatillo y lo depositó en una jaula para que al despertar, asustado, no intentara escapar y se hiciera más daño.

—En un par de días estará bien y podremos dejarlo de nuevo en el bosque. Estás muy pálida, ¿te encuentras bien?

—Yo.... todavía estoy en proceso de aceptar lo que acabo de presenciar. ¿Podrías darme un poco de agua, por favor? Iría yo misma, pero me tiembla todo el cuerpo.

Sheba respetó su silencio y le dio tiempo para que se recuperara. Ya más tranquila, se levantó y se acercó a ella.

—Sheba.

—¿Ya estás mejor?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por el privilegio que me has otorgado. —Raquel la abrazó con cariño—. Ahora entiendo ciertas cosas.

—¿A qué te refieres?

—Cuando me dispararon, ¿Bartar utilizó la magia élfica conmigo?

—Sí.

—Tengo que ir a hablar con él, ¿sabes dónde puedo encontrarlo?

—Está entrenando con el arco al sur del poblado.

—Gracias de nuevo, Sheba. Sois una civilización extraordinaria y con un gran corazón.

Le costó un rato encontrar el campo de entrenamiento, ninguno de los elfos con los que se encontró hablaba su idioma, pero al final con gestos, logró hacerse entender y una amable elfa la acompañó hasta el lugar.

Bartar la vio acercarse.

—¿Me echabas de menos?

Raquel, sin contestarle, se aproximó a él y se echó en sus brazos, abrazándolo con fuerza y temblando como un flan.

—¿Qué ocurre, princesa?

—Tú me salvaste la vida.

—¿A qué viene eso ahora?

—Acabo de ver cómo Sheba curaba un cervatillo. He visto un milagro. Cuando me dispararon, utilizaste conmigo esa magia, ¿verdad?

—No exactamente, yo no tengo tanto poder como ellos.

—Aún así, si no lo hubieras hecho, si no hubieras aparecido, ¿habría sobrevivido al disparo?

—No. Habrías muerto desangrada en cuestión de pocos minutos, mi magia te mantuvo viva el tiempo suficiente para que te pudieran atender en el hospital.

—Después de la operación, ¿también la usaste?

—No quería que sintieras dolor.

—Por eso mi herida cicatrizó tan rápido ante el asombro del doctor.

Raquel no paraba de llorar.

—No es que me salvaras la vida porque estaba herida y me llevaras a un hospital a tiempo, fue mucho más que eso, estaba muriéndome y tú me devolviste a la vida. No tengo palabras para agradecerte lo que hiciste por mí.

Todo lo que has hecho en realidad.

—Nosotros creemos que todo ocurre por alguna razón, y esperamos pacientemente a que esa razón sea revelada. Quizá sea yo el que tenga que darte las gracias al final.

—Hablas como un elfo.

—¿Por qué será? —Rio Bartar—. Vamos, llorona, te invito a una limonada.

—No soy una llorona, o al menos no lo era hasta que llegué aquí.

Esa noche, mientras tomaban su baño, Raquel le relató a Adanmel hasta qué punto le había impresionado ver la magia que poseían y lo que había descubierto.

—Tengo que preguntarte algo. Sé que no quieres hablar del tema, pero hay algo que no llego a comprender y me intriga. Bartar me contó que cuando un elfo se enamora de una persona de otra raza, si decide vincularse a ella por el matrimonio, enferma hasta que su sangre deja de portar la pureza que os caracteriza y se vuelve mortal. —Raquel lo notó tensarse a su espalda.

—¿Qué es exactamente lo que deseas saber? —le preguntó con precaución, aunque sabía de antemano cual sería la pregunta.

—Si tanto la amabas, ¿por qué no renunciaste a tu sangre?

Adanmel tardó unos segundos en contestar.

—Moira no me lo permitió.

Raquel no se esperaba esa respuesta, quería saber el porqué, pero no quiso presionarlo más. Tenía que ser él quien decidiera contarle el resto. Cuando comenzó de nuevo a hablar, se sintió aliviada.

—Cuando Bartar era aún pequeño, le comuniqué mi decisión de desposarla y lo que ello conllevaba. Para mi sorpresa, se negó tajantemente. Cuando le pregunté el motivo, me contestó que uno de los dos debía seguir viviendo para cuidar y proteger a nuestro hijo. Al poseer la sangre de ambas razas, temía que tras nuestra muerte no fuera bien recibido en nuestro pueblo. Su longevidad sería algo que en el mundo de los humanos sería imposible explicar, nunca podría tener un lugar estable al que poder llamar hogar, y probablemente tampoco podría llegar a formar una familia. Estaría solo en el mundo. Quería

que Bartar conviviera con ambas razas, que aprendiera a ocultar su condición a los humanos, pero que también tuviera un lugar al que volver siempre. Siendo yo el rey, jamás tendría que preocuparse por esas cosas y con el tiempo lo aceptarían como a uno más. Ambas cosas llevarían su tiempo. Ella no lo tenía, pero yo sí. Cuando llegara el momento, se iría feliz y en paz, sabiendo que nos tendríamos el uno al otro.

—¿Dónde está enterrada?

—Con sus padres, debajo del gran pino que está cerca de la casa del bosque, ese fue su deseo. Antes de morir me entregó un papel con algo escrito. Cuando le pregunté de qué se trataba me contestó que era su epitafio, y que quería que ambos jamás olvidáramos esas palabras porque ella estaría con nosotros siempre.

—¿Qué escribió?

—“No te acerques a mi tumba sollozando, no estoy ahí. Estoy en el viento que te acaricia, en las plantas que riegas cada día, en las estrellas que brillan de noche sobre tu hogar, en la sonrisa de tu hijo, en los pajarillos que cantan en tu ventana. No estoy ahí. Cuando quieras encontrarme, búscame en tu recuerdo y en tu corazón”.

—Es precioso. Debió de ser una mujer excepcional.

—Desde su nacimiento fue alguien muy especial.

—Gracias por contármelo. ¿Te encuentras bien?

—Siento que me he quitado un gran peso de encima con el que llevo cargando demasiado tiempo. Jamás había hablado de esto con nadie. Solo Bartar conoce toda la historia.

—Es el momento de cambiar de tema. Tengo otra pregunta importante.

—¿Nunca te cansas de preguntar? —Sonrió.

—Ponte en mi lugar, ¿tú no lo harías?

—Seguramente sí. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Si decidís renunciar a la pureza de vuestra sangre para contraer matrimonio con una mujer de otra raza, enfermáis sin más y ya está, así de

fácil?

—No es tan fácil, primero hay que salvar el mayor de los obstáculos, solo ella tiene el poder de volverte mortal.

—¿Ella?

—Aoibheal.

—¿Quién es esa mujer? ¿Una especie de bruja con superpoderes?

Adanmel se rio a carcajadas.

—No quiero ni imaginarme qué habría hecho contigo si te hubiera escuchado llamarla así. ¿No has tenido suficientes sobresaltos por hoy? Deberíamos dejar esta conversación para otro día. No quiero que te estalle el cerebro. Esto va a ser más difícil de asimilar que la existencia de los elfos.

Raquel le dio un pequeño codazo.

—Mi cerebro está perfectamente, pero la curiosidad podría devorarme, así que no, no quiero aplazar la conversación.

Adanmel, que seguía riéndose, la abrazó con fuerza, al tiempo que le besaba la mejilla.

—Salgamos del agua, creo que ya nos hemos arrugado bastante por hoy. Te lo contaré mientras cenamos, luego no digas que no te lo advertí.

—Me arriesgaré a morir de un infarto cerebral.

Ambos salieron del agua riendo. Raquel se cubrió con una toalla y fue directamente a sentarse en la mesa.

—¿No vas a vestirme? —le preguntó divertido Adanmel.

—¿No te gusta mi traje? Quizá prefieres que me lo quite —dijo ella haciendo el amago de desprenderse de la toalla.

—Si lo haces, te prometo que Aoibheal tendrá que esperar para otro día.

—Entonces, la toalla tendrá que esperar su turno.

—Comamos algo primero.

Raquel había comido a gran velocidad ante la divertida mirada de él. Su

impaciencia le resultaba muy graciosa.

—Está bien, si sigues comiendo a esa velocidad, te sentarán mal los alimentos.

Raquel, como un resorte, dejó de comer y lo miró expectante.

—Aoibheal es la reina de los Tuatha dé Danaan, una raza avanzadísima de seres inmortales que se establecieron en Irlanda miles de años antes del nacimiento de Cristo.

Adanmel dejó de hablar para que Raquel procesara lo que acaba de escuchar antes de continuar.

—¿¿Qué?! ¿Existe una raza más avanzada que vosotros que no mueren?

—Mucho más avanzada en realidad. Son llamados por muchos nombres, hijos de la Diosa Danu, la verdadera raza, los Daoineshidhe, pero habitualmente se les conoce como hadas o el pueblo mágico. La reina es con mucho la más poderosa de todas ellas, y la única con el poder de otorgar la inmortalidad o arrebátartela. No es fácil convencerla para que lo haga. Consideran a los humanos seres insignificantes, pero al mismo tiempo los envidian porque poseen algo que ellos no podrán tener jamás, alma.

Cuando ellos mueren, se convierten en polvo y dejan de existir. No hay un lugar al que vayan después, y eso los aterra.

—¿No acabas de decir que son inmortales?

—Así es. Solo la reina tiene el poder de quitar la vida. Posee una espada de luz, un arma consagrada capaz de matar a un inmortal, pero se dice que de vez en cuando alguno desaparece y no se le vuelve a ver jamás.

—¿Se encuentran como vosotros en otra dimensión?

—Sí. Viven en la isla de Morar, protegida por unos muros invisibles, que separan los mundos. Cuando los Tuatha llegaron a vuestro mundo para que fuera su nuevo hogar, pensaron que habían escogido bien. Pero fue un error, la humanidad y los Tuatha resultaron ser incompatibles porque eran incapaces de compartir aquel mundo tan fértil lleno de similitudes con aquel del que provenían los Tuatha; así que decidieron crear su hogar en otra dimensión paralela. Con el fin de evitar confrontaciones, se redactó un pacto sagrado

entre humanos y faes. Para negociar y sellar el mismo, fue elegido un poderoso clan de druidas escoceses, los Mackeltar, que se encargarían de defender y hacer respetar la parte correspondiente a la Humanidad, y así sigue siendo en la actualidad.

—¿Y cómo lo hacen?

Las expresiones de incredulidad y asombro iban turnándose en el rostro de Raquel, que a pesar de todo no perdía detalle de cada palabra, de cada nuevo e increíble descubrimiento, y Adanmel adoraba todas y cada una de ellas.

—Todos los años, los Keltar celebran un ritual en la época de *Lughnassadh* para que los muros sigan en pie. Si dejaran de hacerlo, los muros invisibles caerían y los reinos del pueblo mágico surgirían de la nada entre los de los humanos. Entonces tendríais una guerra en las manos, y créeme, unos cuantos días les bastarían para hacer estragos en vuestro planeta. Hace tan solo unos años, de hecho, el príncipe de la casa real de los D`jai convenció a los Keltar para que no celebraran sus ritos. La reina había despojado a su príncipe favorito de sus poderes y lo había castigado con el *féth fiada*, un encantamiento que utilizan los Tuatha para moverse entre los humanos, el cual los hace invisibles e indetectables, y lo había mandado al mundo humano, al que era tan aficionado, como castigo. Adam, que así se llamaba, descubrió una conspiración para derrocar a la reina, y despojado de sus poderes tuvo que hacer algo drástico para llamar su atención y conseguir que ella se pusiera en contacto con él. Todo salió bien afortunadamente. La conspiración fue cortada de raíz y los culpables severamente castigados.

—¿Esos seres mágicos, esa civilización tan avanzada que pueden ser invisibles se mueven entre nosotros?!

—Desde hace miles de años.

—Dios bendito. ¿Vosotros podéis verlos?

—Nadie puede verlos con el *féth fiada*, pero sí los presentimos, por eso no se pasean por los poblados elfos y prefieren los humanos.

—¿Y si alguna vez se extinguiera el apellido Keltar?

—No lo creo —aseguró Adanmel con una sonrisa—. Son tremendamente prolíficos. Además, los druidas tienen la capacidad de viajar en el tiempo, de

hecho, Drustan y Dageus provienen del siglo XVI, y en la actualidad viven en un magnífico castillo en las Highlands con sus esposas e hijos felizmente.

—Elfos, Tuathas, druidas, viajes en el tiempo, ya sé que me lo has advertido, pero tenías razón. El cerebro me va a estallar. Y pensar que los seres humanos nos creemos que somos las criaturas más inteligentes del planeta y que estamos en lo más alto de la escala evolutiva. Todo esto me parece surrealista. Llevamos tiempo intentando desarrollar una tecnología que nos permita averiguar si existen otros mundos, si existe vida en otros planetas, aunque aún estemos muy lejos de conseguirlo, y resulta que lo tenemos todo aquí mismo, oculto entre dimensiones y muros invisibles. No sé ni cómo se os pasó por la cabeza la idea que pudiera hablar al mundo de vuestra existencia o de lo que me has confiado, jamás saldría del psiquiátrico.

Adanmel se preguntó si no habría sido mejor dejarla en la ignorancia y haberle contado algo mucho más simple. Los ojos de Raquel se movían en todas direcciones, señal de que tanta información le había realmente afectado.

—Vamos a dar un paseo, creo que un poco de aire te vendrá bien.

—Me parece bien.

Raquel se levantó y se dirigió hacia la puerta como un autómata. Antes que abriera la puerta, Adanmel, muerto de risa la llamó.

—Creo que deberías ponerte algo más que una toalla para salir.

—¡Uy!

El paseo ciertamente le sentó bien. Adanmel, con habilidad, distrajo su febril mente con temas que ella conocía, y cuando la notó relajada, se encaminaron de nuevo hacia el dormitorio.

—¿Quieres tomarte alguna infusión para descansar?

—¿Quién ha dicho que quiero descansar? —Le sonrió de una manera sensual.

Adanmel cerró los ojos y resopló.

—Creo que has inventado una nueva forma de matar a un elfo. Ven aquí, mujer descarada.

Cuando terminaron de hacer el amor, Raquel, satisfecha y medio adormilada entre los brazos de él, le dijo:

—Te amo, Adanmel.

Adanmel la abrazó un poco más fuerte al tiempo que pensaba que había llegado demasiado lejos permitiendo que ella se sintiera tan enamorada. Tenía que encontrar la forma de que entendiera que lo suyo no sería para siempre, y tenía que hacerlo ya antes de que fuera más doloroso.

La ocasión se presentó al atardecer del día siguiente cuando Bartar les informó que acaba de llegar de Dublín y tenía noticias.

—Raquel, traigo buenas noticias. Han detenido a los tres encargados y se encuentran en prisión. Tu vida ya no corre peligro. Dentro de quince días se celebrará el juicio, permaneceremos en mi casa hasta que se celebre.

Raquel se quedó muda mirándolo como si le hubieran dado la peor noticia del mundo.

—¿Qué ocurre? Creía que te alegrarías.

—¿Cuándo nos vamos?

—Dentro de cuatro días.

Las miradas de Raquel y Adanmel se cruzaron durante unos breves segundos. La de ella, implorante; en la de él no había rastro de preocupación, sorpresa o tristeza. No estaba segura de cómo interpretarlo, pero su reacción, o mejor dicho, su falta de ella, le dolió. No recordaba el momento en el cual sus pies comenzaron a moverse. Cuando quiso darse cuenta, se hallaba en su alcoba, de pie, con la mirada perdida, el corazón latiéndole con fuerza y los ojos anegados de lágrimas.

No salió a cenar, se le había quitado el apetito. Tampoco nadie vino a buscarla.

Durante horas su cerebro se convirtió en un volcán en erupción. Antes de quedarse dormida ya de madrugada, le vinieron a la mente unas palabras que había leído en algún sitio:

“Hay que inyectarse cada día de fantasía para no morir de realidad”.

Que irónicas le parecían ahora esas palabras que en su día formaban parte de su filosofía de vida. Ahora tendría que inyectarse de realidad para no morir de fantasía, y no estaba convencida de si alguna vez lo lograría.

Adannel pasó la noche en vela. No podía olvidar la mirada de Raquel cuando él no reaccionó ante su silenciosa angustia, pero a veces el silencio era la mejor de las respuestas. Tenía que dejarla partir y no sería fácil. Mejor perderla estando viva y con su juventud intacta que verla envejecer y morir. No volvería a pasar por ello. Aún así, no podía evitar sentir un malestar que iba en aumento a cada hora que pasaba, sobre todo, después de tomar la decisión de mantenerse frío y distante con ella en las ocasiones que coincidieran hasta el momento de su partida. Los humanos podían pasar del amor al odio en un abrir y cerrar de ojos. Si conseguía que lo odiara, quizá sufriría menos.

Raquel se habría quedado atrincherada en la habitación durante los cuatro días siguientes de no haber sido porque no había cenado y también se había perdido el desayuno. Por desgracia, su estómago no pensaba lo mismo y le recordaba constantemente que necesitaba alimentos. Se vistió con lo primero que cogió sin importarle su aspecto y salió al exterior. Ya estarían todos comiendo y, aunque le hubiese gustado comer sin compañía, no podía mostrarse tan descortés con quienes le habían salvado la vida y acogido con tanto cariño.

Adannel, sus hijos y Sheba, que también había sido invitada, ya habían empezado a comer.

—Hola.

—Buenas tardes —contestó Adannel—. Ya no contábamos con tu compañía, quizá nos hemos precipitado y deberíamos haber esperado un poco más para comprobar si nuestra invitada humana había decidido honrarnos con su presencia.

Raquel se quedó cortada ante el inesperado y seco reproche, al mismo tiempo que los otros comensales se miraban extrañados por su inapropiada reacción.

—Lo siento, no me encontraba bien.

—En ese caso, habría sido más sensato permanecer en tu alcoba hasta que te recuperaras y no interrumpir la comida.

Raquel no daba crédito ni entendía el desagradable comportamiento de Adanmel, ni el humillante reproche delante de sus hijos y Sheba. Sintió como si le atravesaran el corazón con un puñal invisible, pero su orgullo le impidió salir corriendo de allí e irse a esconder donde no la encontrarán. Una de las muchas cosas que había aprendido de los elfos era la calma que tenían para decir cualquier cosa. Tenía intención de no quedarse, por supuesto, pero antes ella también tenía algo que decir, y quería que el rey de los elfos se sintiera al menos la mitad de avergonzado de lo que la había hecho sentir a ella.

—Puedo entender que su majestad se encuentre de tan mal humor, pero eso no es excusa para ser cruel. El mal humor se pasa, pero las palabras crueles hieren el alma para siempre. Si me disculpáis, siento mucho haber interrumpido vuestra intimidad.

Raquel se marchó con toda la dignidad de la que fue capaz justo antes de que un torrente silencioso de lágrimas comenzara a brotar incontenible.

Adanmel sintió cómo se le revolvía el estómago por dentro. Sheba tenía la cabeza agachada y sus hijos lo miraban como si no lo reconocieran esperando a que les diera una explicación de su grosero comportamiento. Era consciente del daño que había causado a Raquel y la desaprobación en la cara de sus hijos lo hacía sentirse más miserable, pero no les iba a dar explicaciones, no por ahora. Su preciosa humana había estado a la altura con tan inteligente réplica, pero eso, si cabe, lo hizo sentir aún peor.

—Padre —comenzó Bartar.

—¡Ni se te ocurra cuestionarme! —le cortó. Adanmel se levantó furioso de la silla y se fue dejando a todos perplejos una vez más.

—¿Qué le ocurre? Jamás lo había visto así —preguntó Annael.

—Supongo que tiene que ver con la inminente marcha de Raquel.

—Si no quiere que se vaya, ¿por qué no se lo dice? Sigo sin entender a qué ha venido el bochornoso espectáculo.

Bartar sí creía saber el motivo, pero tampoco tenía ganas de dar

explicaciones.

—Sheba, ¿me acompañas?

Alguien llamó a la puerta de la habitación. Raquel no se sentía con ánimos de ver a nadie, así que no se molestó en contestar, pero de nada le sirvió. Bartar y Sheba entraron de igual forma.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy.

—Siento mucho lo que ha ocurrido, nunca lo he visto comportarse de esa forma, estamos consternados. Te hemos traído algo de comer.

—Sois muy amables, no quisiera ser grosera, pero en este momento me gustaría estar a solas, por favor.

—Claro, ya nos vamos —contestó Sheba a la vez que tiraba de Bartar hacia la salida.

Raquel decidió asistir a la cena porque esperaba tener la oportunidad de hablar con él después de la misma en privado. Su sorpresa fue mayúscula cuando encontró sentada a su lado a una hermosa elfa con la que no dejó de coquetear y a la que pidió que lo acompañara cuando la cena finalizó. Por el camino que tomaron, no cabía duda de a dónde se dirigían.

A Raquel le costaba respirar, perdió el color. Una náusea le subió a la garganta y sin poder evitarlo vomitó allí mismo. Esta vez sí salió corriendo. Después de llorar durante horas, llegó a la conclusión de que para el rey de los elfos solo había sido un pasatiempo. Siempre supo que tendría que irse, pero cuando una vocecita interior le avisó de que podría haber consecuencias, prefirió ignorarla. Qué ilusa había sido al pensar que podría conquistar su corazón, el cuento de hadas acababa de terminar, y no habría final feliz.

CAPÍTULO XIII



Era su último día en el poblado, a la mañana siguiente lo abandonaría para no volver jamás. Se negó a permanecer encerrada ahogada en su pena. Su corazón se había roto en mil pedazos, pero deseaba contemplar por última vez el paraíso de los elfos, recordar cada detalle de su belleza, cada olor, cada amable rostro y el inmenso privilegio de haber sido invitada a contemplar un mundo secreto para el resto de la especie humana.

Por la noche se celebró una cena en su honor, el poblado al completo se unió a la celebración para despedirla. Adanmel no la miró ni una sola vez. Con tanta gente le resultó fácil ignorarla por completo. Bartar y Sheba no la dejaron sola ni un instante, los amables elfos se despidieron deseándole lo mejor.

Raquel quiso agradecersele y para ello pidió a Bartar que tradujera sus palabras a su lengua.

Adanmel ya se estaba retirando cuando escuchó la voz de su hijo decir que Raquel quería dirigirles unas palabras. Oculto detrás de un árbol, se quedó a escuchar.

—En mi mundo decimos que cuando te ríes de alguien que tiene las facultades mentales disminuidas, él se reirá contigo porque su inocencia sobrepasa tu ignorancia. Las circunstancias o el destino me trajeron aquí, si bien mis facultades mentales no están disminuidas, en comparación con vuestra raza, soy una niña inocente, pero jamás ninguno de vosotros os habéis reído de mí. Me habéis acogido y me habéis enseñado a ver, lo cual demuestra la grandeza de vuestra especie, vuestra bondad y la pureza de vuestras almas. A partir de ahora miraré al mundo con otros ojos. Gracias por lo que me habéis enseñado. Siempre os llevaré en mi corazón y en mis pensamientos.

Nunca había permitido que nadie lo viera llorar, como rey no debía demostrar debilidad porque eso lo haría vulnerable, tan solo Bartar había sido testigo de sus lágrimas una vez, cuando Moira los dejó para siempre.

Ahora, después de escuchar a la mujer que se había adueñado de su corazón, y sin nadie a su alrededor, se sintió despreciable. En vez de ofrecerle una explicación, la había herido en lo más profundo por su cobardía. Las lágrimas son las prisioneras del alma, y en ese momento todos acababan de abandonar sus celdas en busca de una ansiada libertad.

De nuevo en su habitación, Raquel hizo su equipaje y preparó un regalo para Sheba. No tenía sueño. Aunque lo hubiera intentado, no habría podido dormir. Era tarde, pero salió fuera y se dirigió al mirador donde había pasado tantas horas felices. Adanmel se encontraba allí.

Ninguno de los dos esperaba encontrarse con el otro. Cuando la vio, se levantó.

—Raquel, es muy tarde, ¿qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. No podía dormir, necesitaba un poco de aire y ver por última vez las vistas desde aquí, pero ya me voy.

—Espera, por favor, te debo una explicación y una disculpa.

—Ya es tarde para eso, el daño está hecho y el tiempo ha tocado a su fin. Gracias, rey de los elfos, por haber compartido conmigo tantos conocimientos y haberme abierto las puertas de tu casa.

Raquel se fue por donde había venido, ni siquiera pudo llorar, ya no le quedaban lágrimas.

Había llegado el momento, alguien llamó a su puerta. Uras y Sheba entraron. El primero cogió su equipaje y salió con él. Sheba, visiblemente triste, le dijo:

—Te he traído un regalo. —Extendió su mano y le entregó un pequeño objeto.

—Oh, Sheba, es precioso.

El objeto era un anillo con un hermoso y delicado diseño. Mientras lo miraba, observó que en el interior había algo grabado en élfico.

—¿Qué significa?

—Siempre te llevaré en mi corazón.

Las lágrimas regresaron de nuevo a los ojos de Raquel, que, tras ponerse el anillo, abrazó a Sheba.

—Voy a echarte mucho de menos, mi dulce y querida amiga. Siempre lo llevaré puesto. Gracias. Yo también tengo un regalo para ti. Póntelo en tu noche de bodas. Bartar sabrá apreciarlo. Tengo que irme ya, deben de estar esperándome.

—Te acompaño.

Bartar había ido a despedirse de su padre, con el cual apenas había cruzado cuatro palabras desde el desagradable incidente de la cena.

—Padre, ya nos vamos.

—Cuida de ella.

—¿No vas a despedirla?

—Es mejor así, sé que no apruebas mi comportamiento y que estás molesto conmigo, pero tengo mis razones.

—No te juzgo, al principio la sorpresa me impidió verlo, pero después lo entendí. Solo yo puedo entender tus razones, ¿no es cierto?

—¿Cuándo tienes pensado regresar?

—Cuando haya una sentencia en firme. Supongo que querrá volver a su casa en España, la acompañaré hasta allí para asegurarme de que llega sana y salva, y después regresaré. Como mucho, estaré un mes fuera.

—Ten mucho cuidado, hijo.

—Hasta pronto, padre. —Ambos se abrazaron.

Tras las últimas despedidas, cuando Bartar le preguntó si estaba lista, Raquel, con una emoción que la desgarraba, giró su caballo para mirar una vez más aquel paraíso, y lo vio arriba, de pie, magnífico, sobre uno de los imponentes cenadores labrados tan exquisitamente, mirando en su dirección. Bartar vio el dolor en su mirada y la siguió, comprendiendo al momento la causa que lo provocaba. Unos segundos después, dijo:

—Estoy lista. —Y ya no volvió a mirar atrás.

Poco antes de llegar al portal que separaba las dimensiones, Bartar le explicó la necesidad de vendarle los ojos. Ella asintió dócilmente sin decir palabra. De hecho, no había pronunciado ninguna desde que partieron. Uras se despidió de ellos, y a partir de ahí continuaron los dos solos. Cuando Bartar le autorizó a quitarse la venda, estaban de nuevo en la casa del bosque. Al ver que se paraba, Bartar le dijo:

—Tenemos que continuar. Dentro de poco estaremos en mi casa de Dublín y podrás descansar. Nos quedan por delante unos días muy duros.

Cuando se instalaron, Bartar le dijo que tenía que salir para informarse si había alguna novedad. Ella se quedó tumbada en la cama, de la que no salió en toda la tarde. Tras la cena, sentados los dos en el porche, Bartar decidió que era hora de tener una conversación delicada, pero necesaria.

—Llevas todo el día sin decir ni una palabra. ¿Por qué no me lo cuentas? Verte así y no poder hacer nada es de lo más frustrante.

—No puedes hacer nada, no te preocupes, se me pasará.

—Yo creo que sí.

—¿Ah sí? Sorpréndeme, a fin de cuentas no sería la primera vez.

—¿Qué sientes por mi padre?

Efectivamente, se sorprendió.

—Derecho al grano, para qué perder tiempo en dar un rodeo, ¿verdad?

—¿Eso significa que he dado en el clavo?

—Qué más da.

—No da lo mismo, porque si amas a mi padre, y creo que sí, hay cosas que debes saber.

—Ya se encargó él mismo de mostrarme todo lo que tenía que saber.

—Lo que hizo fue más bien ocultar lo que no quería que supieras.

—¿Algo así como que solo he sido un juguete en sus manos o quizá que es de los que les gusta cambiar de compañera de cama a menudo? Déjalo, Bartar, no estoy de humor.

—Intenta, solo intenta imaginar lo que significa amar a alguien y verlo envejecer y morir mientras el tiempo no pasa por ti y permaneces siempre joven. Imagina el dolor de la otra persona viendo cómo envejece y cómo el amor de su vida sigue exactamente igual que el día que lo conoció.

Raquel empezó a mostrar un repentino interés.

—¿Qué estás tratando de decirme? Ahora sí necesito que vayas al grano.

—Solo una persona ha visto llorar a mi padre, y ese he sido yo, el día que mi madre murió en sus brazos. Jamás podré olvidar ese momento. Durante mucho tiempo, mi padre no fue el mismo. Pero hay algo más, algo de lo que jamás ha hablado, pero ahora lo sé.

—¿A qué te refieres?

—Cuando saliste del hospital y te llevé a mi casa, mientras me peinaba después de haber tomado una ducha, observé algo que llamó mi atención. Al fijarme con más detenimiento comprobé que unas casi imperceptibles arrugas habían aparecido en mis ojos. Entonces comprendí que mi proceso de envejecimiento había comenzado, y que a partir de ese momento envejecería a la misma velocidad que los humanos. Sé que mi padre también se ha dado cuenta. Ahora saca tus propias conclusiones y no lo juzgues tan severamente. Una cosa más, desde la muerte de mi madre no había vuelto a estar con ninguna mujer, ni siquiera en su cama. Lo que viste solo fue lo que él quiso hacerte creer. Y ahora, si me disculpas, me voy a descansar. Buenas noches.

—Bartar. Gracias.

Mucho tiempo después, Raquel seguía dándole vueltas a todo lo que le había desvelado Bartar. Todo empezaba a cobrar sentido, pero eso no la hizo sentirse mejor cuando recordó algo que le había contado el propio Adanmel.

Durante los siguientes días no tuvo mucho más tiempo para pensar. Necesitó centrarse en el inminente juicio, revivir y relatar nuevamente todo ante la policía, incluso la prensa empezó a acosarla. Qué diferente era su mundo al de los elfos, ahora, al mirar a los de su especie, veía con mucha más claridad todas y cada una de las diferencias. Su mundo olía diferente, las personas eran como autómatas, el ruido con el que antes convivía sin problemas ahora le parecía ensordecedor.

—Mañana te toca declarar, y por fin podrás recuperar tu vida.

—Tengo ganas de que todo esto termine.

Los acusados fueron encontrados culpables del asesinato del agente gubernativo y del intento de homicidio de Raquel. El juez decretó su ingreso inmediato en prisión, donde cumplirían su larga condena.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Regresar a casa. Lo necesito.

—Te acompañaré hasta allí. Así sabré dónde vives cuando vuelva a visitarte.

—¿Lo harás? —A Raquel se le iluminó la cara con una sonrisa que no veía desde hacía días.

—Te lo prometo.

Dos días después aterrizaban en su país. Bartar se quedó a pasar la noche, su vuelo salía al día siguiente temprano. El momento de la despedida fue muy duro para Raquel, le debía tanto a su príncipe elfo...

—Si no me sueltas ya, perderé el avión —le dijo él riéndose.

—Quizá eso es lo que pretendo. Voy a extrañarte muchísimo.

—¿Seguro que estarás bien?

—Aquí tengo el cariño de mi familia y amigos. Eso ayudará, supongo.

—¿Y tu corazón cómo está?

—Ese tardará mucho en sanar si es que algún día lo hace. Pensé mucho en lo que me dijiste. Dile que no le guardo rencor. Me puse en su lugar y entendí su sufrimiento y su decisión, al igual que el gran amor que sintió por tu madre para haber estado dispuesto a perder su eternidad por ella.

Bartar se quedó blanco de repente.

—¿De qué me estás hablando?

—¿No lo sabías? —Raquel se quedó sorprendida.

—No.

—Creo que debería ser tu padre entonces quien te lo contara. De haber imaginado que no tenías ni idea, nunca lo hubiera mencionado.

—Todo ocurre por algo, recuerda. Y ahora cuéntamelo, por favor.

—Tu padre decidió perder su eternidad para poder casarse con tu madre y así envejecer juntos, ambos como mortales, pero ella no se lo permitió.

—¿Por qué?

—Por ti, Bartar. Temía que al no tenerlos a ellos, no fueras aceptado en ninguno de los dos mundos. Él era tu padre y además el rey de los elfos, tu única familia. Tu vida sería mucho más larga que la de un humano, y él tenía que conseguir que te aceptaran como uno más y tuvieras un lugar al que pudieras llamar hogar.

Bartar estaba emocionado.

—Tampoco sabía que la eternidad de un elfo pudiera ser reversible, ¿cómo...?

—Aoibheal.

—¿También te habló mi padre del pueblo mágico? —Los ojos de Bartar se abrieron como platos.

—Me contó muchas cosas.

—Mi querida Raquel, creo que no eres consciente de lo que eso significa. —La seductora sonrisa de Bartar se dibujó en su cara como si acabara de descubrir algo maravilloso.

—¿Qué ocurre, de qué no soy consciente?

—Acabo de decírtelo, todo ocurre por algo, acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo y, si tienes un poco de fe, tú también obtendrás lo que quieres. —A continuación, Bartar la besó en los labios y se metió a toda prisa en el taxi que lo esperaba para llevarlo al aeropuerto, dejando a Raquel con la boca abierta.

—Bartar, ¿pero de qué demonios estás hablando? —Bartar ya no podía contestarle.

Ya había anochecido cuando Bartar llegó al poblado. Sin perder tiempo se

fue en busca de Sheba. Debía hablar con ella primero antes de tener una larga y decisiva conversación con su padre.

Durante toda la noche, Sheba escuchó pacientemente todo lo que su prometido le contó hasta que llegó la hora de la verdad y con ella la proposición que tanto deseaba hacerle. Era algo muy delicado y no podía prever la reacción de ella, pero ansiaba con toda su alma que su respuesta fuera la que deseaba su corazón.

—Sheba, ¿tú sabías que vuestra eternidad es reversible?

—Todos sabemos que la reina Aoibheal tiene ese poder, pero jamás he tenido conocimiento de un elfo que haya renunciado a ser lo que es.

—Ahora ya sabes que mi padre estuvo a punto de hacerlo por amor.

—Sé que hay algo más que quieres decirme, pero te está costando.

—Tienes razón, pero no es fácil. De acuerdo, ahí va. La razón por la que mi padre ha dejado marchar a Raquel y se comportó con ella como lo hizo se debe a que se ha enamorado de ella.

Sheba se mostró visiblemente confusa ante esa confesión.

—No lo entiendo. Si la ama, ¿por qué quiso ocultárselo y hacerle daño?

—Porque es humana y, como tal, mortal. Ya pasó por ello una vez, y todos sabéis cómo le afectó.

—Entiendo.

—Hay algo más. Sheba, mi proceso de envejecimiento ha comenzado. A partir de ahora, mi mitad humana es la que determinará los años que me quedan de vida, y como mucho, y siendo optimista, podrían ser setenta.

Sheba se levantó de golpe, pero Bartar tuvo que sujetarla para que no se cayera cuando comprobó que las piernas no la sostenían.

Durante un buen rato, Bartar la abrazó susurrándole palabras cariñosas mientras esperaba que ella se vaciara. Cuando consiguió calmarse, Bartar la miró a los ojos y le dijo:

—Escúchame, cariño, existe una solución para todos, pero va a requerir por tu parte de un gran sacrificio, y no sé si estarás dispuesta.

—Si lo que me quieres proponer es lo que yo me imagino, la respuesta es sí, amor mío. ¿Qué sentido tendría mi vida si tú no estás en ella?

—Gracias, mi amor, ningún ser en este u otros mundos puede ser más feliz de lo que yo lo soy en este momento. Bartar besó con pasión a su futura esposa, y después le contó su plan.

A la mañana siguiente se reunió con su padre para desayunar.

—Bartar, hijo, qué alegría verte de nuevo. No te esperaba tan pronto. ¿Cuándo has llegado?

—Llegué anoche, pero era tarde y no quise molestarte.

—Mis hijos nunca podrían molestarme.

Adanmel, pese a la alegría que mostró al ver de nuevo a su hijo, no tenía buen aspecto. Los dos hermanos también se saludaron con cariño.

—Cuéntanos todo con detalle.

—No hay mucho que contar. A los tres encargados de la fábrica los declararon culpables y cumplirán una larga condena. Lo confesaron todo, y mi testimonio fue decisivo.

—¿Cómo se encuentra Raquel?

—Sufrió mucha tensión durante los días anteriores al juicio. La prensa la acosaba por todas partes y tuvo que revivir en numerosas ocasiones lo que ocurrió desde que tuvo conocimiento de la explosión de la fábrica hasta el momento en que le dispararon. Cuando todo terminó, cogimos un avión y la dejé sana y salva, como prometí, en su casa.

Adanmel se quedó callado y siguió comiendo sin demasiado entusiasmo, más bien lo que hizo fue remover la comida. Los hermanos se miraron significativamente.

—Padre, tenemos que hablar sobre un asunto importante.

—Os dejo a solas —dijo Annael al tiempo que se ponía en pie.

—No, Annael, no te vayas, por favor. Esto te concierne a ti también. Padre, tengo que hacerte una pregunta y necesito que seas muy sincero, es de vital importancia.

—Adelante, pregunta.

—¿Estás enamorado de Raquel?

Adanmel se quedó mirando fijamente a su hijo durante lo que pareció una eternidad. Por descontado, no esperaba una pregunta así.

—¿Qué vital importancia puede tener eso?

—Padre, por favor, solo di sí o no.

—¡Por Danu, lo que tiene uno que aguantar! Sí, lo estoy. ¿Contento?

—Mucho —le respondió él con una gran sonrisa.

—Y ahora suéltalo.

—¿Por qué nunca me has contado que vuestra eternidad es reversible?

—¿Qué más te ha contado? —le preguntó preocupado.

—Todo, padre, todo.

Annael miraba a uno y a otro sin comprender.

—¿Qué es todo? —preguntó este.

—¿Se lo cuentas tú o lo hago yo?

Como Adanmel no contestó, entendió que debía hacerlo él.

—Durante el tiempo que padre pasó con mi madre, tomó la decisión de renunciar a su eternidad para casarse con ella y vivir juntos una vida mortal, pero ella no se lo permitió.

Annael, con los ojos como platos, preguntó a su padre.

—¿Es eso cierto?

—Lo es.

Durante un rato nadie habló, cada uno de ellos se sumió en sus pensamientos. Bartar rompió el silencio.

—Sé por qué mi madre no aceptó tu proposición y también sé por qué te niegas la felicidad ahora que ha vuelto a tu vida, y en ambas ocasiones la respuesta es la misma. Ambos sabemos que mi proceso de envejecimiento ha

comenzado.

—¿Qué?! —explotó su hermano.

Adannel seguía callado, pero esta vez su mirada reflejaba un gran sufrimiento.

—Así es, Annael, al no ser un elfo puro, mi vida sería larga, pero ahí se terminan mis privilegios. A partir de ahora envejeceré como cualquier mortal hasta que llegue el momento. Por eso mi madre no lo consintió, por eso ha renunciado a ser feliz de nuevo. Para estar conmigo hasta el final, aunque eso lo destroce.

Adannel no podía rebatirle nada porque cada una de las palabras que había pronunciado eran ciertas. Tenía agarrados con fuerza los cubiertos en un intento de no derrumbarse, pero después de tantos años guardando su secreto al fin se liberaba de la pesada carga, y lo hizo de la única forma que pudo. Annael vio llorar por primera vez a su padre. Cuando intentó acercarse a él para consolarlo, Bartar se lo impidió.

—Dale unos minutos, lo necesita.

Cuando se calmó, miró a su hijo enfadado y le preguntó:

—Si ya lo sabías todo, ¿qué necesidad había de esto?

—Porque tengo la solución.

—¿Solución, qué solución?

—Anoche cuando llegué hablé con Sheba, le conté todo. Y cuando le pregunté si renunciaría a su eternidad por mí, su respuesta me hizo el hombre más feliz del mundo. ¿Entiendes lo que pretendo, padre?

Annael cada vez se mostraba más nervioso porque no conseguía entender nada.

—¿Podrías ser un poco más preciso?

A Adannel, que tardó unos segundos en comprender lo que pretendía su hijo, le empezaron a brillar los ojos, y con una sonrisa de complicidad, mientras lo miraba con cariño y admiración, contestó al otro.

—Mañana solicitaré audiencia con la reina Aoibheal.

—¿Vas a pedirle que haga a Sheba mortal?

—Voy a pedirle que nos haga mortales a los dos.

Annael intentó decir algo, pero solo consiguió mover la boca como si fuera un pez de la impresión que se llevó. Bartar soltó una carcajada.

—Hermanito, mentalízate, dentro de poco serás el nuevo rey.

EPÍLOGO



Solo los reyes elfos conocían el ritual para contactar con la reina de los Tuatha dé Danaan. Aoibheal le había concedido la audiencia y permitido que traspasara los muros invisibles que separaban su mundo de los demás.

Sheba y él permanecían sentados en una sala, esperando ser recibidos.

—¿Crees que la reina no se opondrá a nuestra petición?

—Aoibheal es difícil, pero justa.

—¿Cómo es?

No tuvo tiempo de contestarle, un fae se acercó y les pidió que lo acompañaran. Al llegar a su destino, un intenso olor a jazmín y sándalo flotaba en el ambiente. La reina, sentada en su trono, les dio la bienvenida. Sheba, a la que le costaba mirarla, ya que estaba envuelta en un resplandor que la cegaba, se quedó estupefacta. Oleadas de puro poder palpitaban en el aire. Estaba ante la presencia de una entidad inmensa y antigua. Era realmente formidable, no había otra palabra para describirla, sobrecogedora, imponente, extraña, increíblemente poderosa.

—Majestad.

Adanmel se inclinó respetuosamente ante ella y Sheba lo imitó.

—Algo muy importante ha debido traerte ante mi presencia, rey de los elfos. ¿Quién es ella?

—Sheba, la futura esposa de mi hijo Bartar.

—Tu hijo medio humano, medio elfo. Déjame adivinar, vienes a reclamar tu regalo de boda después de tanto tiempo.

—No se te escapa nada, mi reina.

—Nunca olvido una promesa y siempre las cumplo. Así pues, ¿qué es lo que deseas, Adanmel?

—Que nos despojes a ambos de nuestra eternidad.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo? Si lo hago, no habrá marcha atrás. Ese es el único poder que no poseo.

—Somos conscientes y estamos completamente seguros de ello, mi reina.

—Puedo entender los motivos de Sheba, ¿cuáles son los tuyos?

—Los mismos, majestad.

—No quieres sobrevivir a tu hijo porque eso te causaría un gran dolor, pero hay algo más.

—También estoy enamorado de una mujer humana.

—¿Otra vez? Esto se está empezando a convertir en una plaga. Primero Adam, después un miembro de mi consejo al que castigué a vivir una vida humana por planificar derrocarme, y que está en la actualidad felizmente casado con una de ellas, y ahora vosotros. Comienzo a sospechar que esas criaturas insignificantes tienen más poder del que pensamos. Quizá las hemos subestimado. Está bien, os lo pregunto por última vez, ¿estáis realmente seguros?

—Sí, majestad —contestaron ambos al mismo tiempo.

—Entonces, que así sea.

Aoibheal se levantó y se aproximó a ellos, al mismo tiempo que un torrente de sonidos, que parecían miles de voces, fluía de los labios de la reina en la lengua de los Tuatha. Empezó a girar en rápidos círculos alrededor de ellos cada vez más deprisa hasta que lo único que quedó de ella fue un radiante torbellino que daba vueltas sobre el suelo de la cámara.

En unos segundos, todo terminó. Tras una luz que se volvió cegadoramente intensa, la reina reapareció.

—Ya sabéis que hasta que vuestra alma no pierda su pureza no seréis totalmente mortales. En el proceso enfermaréis y vuestros poderes desaparecerán. Dile al futuro rey de los elfos que venga a presentarme sus respetos cuando le cedas la corona. La audiencia ha terminado.

—Gracias, majestad. —Adanmel y Sheba volvieron a inclinarse una vez

más antes de regresar a su mundo.

Bartar los esperaba con impaciencia. El tiempo en el reino de los Tuatha transcurría de una forma diferente. Adannel y Sheba habían permanecido solo unas horas en su reino, pero en el de los elfos hacía ya quince días que habían partido a través del velo que separaba ambas dimensiones.

—Mi príncipe, ya han regresado.

Bartar se apresuró a ir a su encuentro. Cuando los tuvo delante, se limitó a mirarlos con nerviosismo esperando que ellos mismos le informaran.

—Está hecho —le comunicó su padre.

Padre e hijo se abrazaron durante un minuto largo. Después se acercó a su prometida y, cogiéndole la cara con ternura con ambas manos, le dio las gracias profundamente emocionado por la gran demostración de su amor por él. Después, la besó.

Tal y como predijo la reina Aoibheal, estuvieron enfermos durante más de un mes hasta que finalmente la pureza de su alma se disipó por completo y su malestar remitió.

Adannel congregó a todo su pueblo para explicarles los motivos de su decisión, solo como un padre y no un rey haría con sus hijos, de una forma sencilla, directa y honesta. Tras un emotivo pequeño discurso de despedida, anunció oficialmente su abdicación a favor de su hijo Annael, el nuevo rey de los elfos.

Al día siguiente, antes de partir, Adannel y sus dos hijos se reunieron en privado.

—Annael, hijo mío, mi primogénito, mi alma está desgarrada de dolor y henchida de orgullo por igual. Ojalá hubiera existido otra forma... —La tristeza de Adannel por tener que dejar a su hijo era evidente.

Para sorpresa y alegría de los dos, Annael con cara de asombro dijo:

—Lo dices como si no nos fuéramos a volver a ver jamás.

—Y así debe ser.

—Padre, con todos mis respetos y haciendo uso de una de las cientos de

expresiones humanas que mi querido hermano me ha enseñado... No digas tonterías. Vosotros no sois unos humanos cualquiera. Mi hermano sigue siendo medio elfo, y tú, humano o no, eres y siempre serás mi padre. El poblado siempre estará abierto para vosotros y vuestras esposas, y espero que me visitéis a menudo. De hecho, que yo sepa seguís hablando nuestra lengua y no os he pedido que devolváis el colgante que sirve para abrir las puertas a este mundo. Es más, cuando os hayáis casado, quiero celebrar una gran fiesta en vuestro honor. Ahora yo soy el rey y quien dicta las normas. Así que esto, padre y hermanito, no es una despedida, sino un hasta la vista. ¿Se dice así, Bartar?

Bartar soltó una carcajada a la misma vez que abrazaba a su hermano con fuerza, cariño y agradecimiento.

Adannel, emocionado, se abrazó igualmente a su hijo mayor con lágrimas en los ojos.

—Ahora sí me voy feliz, tu generosidad y amor por los tuyos solo me confirman una vez más el magnífico rey que siempre he sabido que serías, y por descontado que vendremos a visitaros tan a menudo como nos sea posible. Te quiero, hijo.

—Y yo a ti, padre. Te deseo toda la felicidad en tu vida mortal.

Justo antes de partir, Adannel se volvió y le dijo a su hijo:

—No hagas esperar a Aoibheal.

—Mañana iré a presentarle mis respetos.

—Hasta la vista entonces.

Se quedaron una semana en Dublín, en la cual Bartar les instruyó a conciencia sobre el modo de vida humano, sus costumbres, sus virtudes, sus defectos... Les mostró su tecnología, las diferentes profesiones y sus funciones. Adannel y Sheba eran como colegiales, absorbiendo y asombrándose de todo y por todo.

—Padre, ¿listo para ir en busca de Raquel?

—Para ir a buscarla por supuesto, tener que montar en una de esas máquinas que vuelan no me hace ninguna gracia.

—Ni a mí —le secundó Sheba.

—Os acostumbraréis.

Cuando la reina del pueblo mágico dio por terminada la audiencia, Adanmel se acordó de algo de vital importancia y antes de irse le pidió un último favor. Necesitaban documentos que acreditaran su identidad, a los fae les resultó fácil, con el encantamiento que los hacía invisibles. Unos días antes de salir del pueblo elfo, un fae enviado por la reina se los había entregado.

La experiencia de volar les resultó tan terrorífica como asombrosa, pero se alegraron de dejar atrás el avión.

Ante la puerta de entrada de la casa donde vivía Raquel con sus padres, antes de alejarse unos metros con Sheba, Bartar le preguntó:

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto tú solo?

—Absolutamente.

—De acuerdo, estaremos aquí mismo.

Adanmel llamó a la puerta.

—Ya abro yo —dijo Raquel desde el interior.

Cuando lo hizo y vio quién estaba en el umbral de la puerta, casi se le paró el corazón. Durante unos segundos se le quedó mirando como si estuviera viendo un fantasma, con los ojos desorbitados y sin decir ni una sola palabra, hasta que reaccionó.

—Mamá... ¡¡¡mamá!!!

Adanmel se quedó sorprendido al escucharla, al tiempo que la madre de Raquel se acercaba medio corriendo asustada por sus gritos.

—¿Qué pasa, hija, a qué vienen esos gritos?

—Describeme lo que ves porque si no es lo que yo creo que estoy viendo, llévame urgentemente a un psiquiátrico. Lo digo muy en serio.

La madre en ese momento volvió la vista hacia la persona a la que su hija estaba mirando desencajada.

—Oh, Dios mío.

—¿Dios mío como queriendo decir que estás viendo lo que podría parecer un ángel con los ojos color púrpura?

—No podría haberlo descrito mejor. —Su madre continuaba mirándolo atónita.

—Hola, Raquel.

Y entonces, Raquel volvió a desvanecerse por tercera vez en su vida.

—¡Raquel, hija! ¿Quién es usted?

—Si su hija me acepta, su futuro yerno.

Si no hubiera sido porque se encontraba arrodillada junto a su hija, la noticia habría hecho que las piernas se le convirtieran en gelatina.

Adanmel cogió en sus brazos a Raquel y preguntó a su madre dónde estaba su habitación. Cuando la depositó sobre la cama, ya empezaba a despertarse, por lo que le pidió a la misma que, por favor, los dejara a solas para poder hablar. La madre asintió y cerró la puerta.

Cuando Raquel recobró el sentido de la realidad y volvió a centrar su mirada en él, se incorporó de nuevo asustada arrastrándose hacia atrás y pegándose al cabecero de la cama con las rodillas encogidas.

—No te asustes, cariño, soy yo.

—¿De verdad eres tú? —preguntó rompiendo a llorar—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo es posible? Te noto diferente.

Esa era su chica, veinte preguntas a la vez que exigían respuestas inmediatas.

—Tengo una larga historia que contarte.

Y así lo hizo durante las siguientes dos horas.

—¿Has renunciado a tu eternidad por mí? —Raquel no se podía creer lo que estaba oyendo.

—Sí, amor mío, y lo haría mil veces para conseguir la dicha de envejecer junto a ti. Te amo, Raquel, no te imaginas cuántas veces he deseado poder decírtelo.

Justo después de decir esas palabras, aconsejado por Bartar sobre la manera de proceder humana, sacó una cajita de un bolsillo, se puso de rodillas y abriéndola le preguntó si le haría el honor de casarse con él.

Raquel, con la cara arrasada en lágrimas y profundamente emocionada, le contestó que sí.

—Yo también te amo, Adanmel, con toda mi alma.

Ambos se fundieron en un apasionado beso. La alegría y el amor inundaron sus corazones.

—¿Dónde están Bartar y Sheba? —preguntó de repente impaciente.

—Afuera esperando.

—¡Oh, Dios mío, pobres! Vamos a por ellos, estoy deseando verlos.

El encuentro fue realmente emotivo. Raquel comunicó la buena nueva a sus padres, que no dejaban de mirar asombrados a los tres desconocidos por su increíble belleza.

Un mes después, las dos parejas se casaban en el juzgado de paz en una ceremonia íntima.

Después de una frenética y agotadora noche de bodas, los cuatro se encontraban comiendo en un prestigioso restaurante de Madrid.

—Aoibheal me proporcionó un título universitario como profesor. Tengo que ponerme a buscar trabajo cuanto antes, mientras tanto, Raquel, tú podrías encargarte de buscar un buen lugar para vivir —dijo Adanmel.

—Te proporcionó algo más que eso, padre. Basta con leer tu currículum para que cualquier universidad se peleara por ti —le contestó su hijo riendo.

—Cariño, tengo una sorpresa para ti.

Bartar y Sheba, que estaban al tanto, se miraron sonriendo con complicidad.

—Hace quince días, uno de los ingenieros que trabajaba conmigo en la fábrica me informó que la misma se había reabierto y se encontraba de nuevo en funcionamiento. Bartar y yo movimos algunos hilos y he vuelto a ser contratada por la nueva directiva en mi antiguo puesto y con un aumento de sueldo incluido.

Adanmel, con el corazón desbocado, quiso asegurarse que había escuchado bien.

—¿Nos vamos a vivir a Dublín con Bartar y Sheba?

—No, mi amor, Bartar y Sheba vivirán en Dublín. Nosotros viviremos en la casa del bosque que Bartar nos ha regalado. Así estaremos cerca de ellos y de tu pueblo y podrás ir a visitarlos...

No pudo terminar, Adanmel no pudo ni quiso evitarlo, era tal la felicidad que sentía que se levantó como un resorte y al segundo siguiente había cogido a su mujer en brazos y la besaba como si le fuera la vida en ello. Todo el restaurante aplaudió encantado ante la escena entre las risas de Bartar y su bellísima mujer.

Lo primero que hicieron nada más llegar a Irlanda fue dirigirse al pueblo elfo. Esta vez Raquel observó atónita cómo se abrían las dimensiones.

La alegría de todo el pueblo fue inmensa al verlos aparecer. Annael, pasándose por alto la serenidad y contención que debía mostrar un rey, salió corriendo a todo lo que le daban las piernas cuando lo avisaron, fundiéndose en un emocionante abrazo con su padre y hermano, para después hacer lo mismo con sus esposas.

No les permitieron irse en una semana. Como les prometió Annael, las celebraciones por sus respectivos matrimonios duraron tres días. Raquel volvió a sentirse inmensamente feliz, no solo por estar en el lugar al que pensó que nunca más regresaría. Ver a su maravilloso marido resplandecer de alegría era todo lo que necesitaba para no arrepentirse jamás de la decisión que había tomado al irse a vivir allí.

Annael se mostró encantado y feliz al conocer esa decisión.

Mientras Raquel abrazaba al nuevo rey de los elfos, antes de partir para alojarse en su casa del bosque, le dijo:

—Annael, jamás dejes que el niño que llevas dentro se avergüence del hombre en el que te has convertido. Gracias por todo, gracias por permitir que tu padre siempre sea feliz.

Llevaban tres días instalándose cuando Bartar y Sheba les hicieron una

visita. Adannel se había comprado un teléfono móvil y estaba entusiasmado con él. Padre e hijo hablaban entre dos y tres veces al día. Estaba a punto de descubrir el porqué de tan exagerado comportamiento.

Los cuatro se sentaron a la mesa y Adannel les dio la noticia. Viajarían a Escocia en los próximos días para celebrar de nuevo su boda, pero esta vez por los ritos celtas, tan similares a los suyos. Ambos deseaban con todas sus fuerzas unir sus corazones y sus espíritus a los de sus esposas para toda la eternidad.

Ambas aceptaron encantadas la proposición. Cuando los despidieron, Raquel, intrigada, le preguntó:

—¿Dónde vamos a celebrar la boda celta?

—En el castillo Mackeltar. Bartar habló con ellos y nos esperan impacientes.

—Espera un momento, ¿te refieres a los mismos Mackeltar que guardan los muros invisibles que nos separan del pueblo mágico, los druidas?

—Exactamente a ellos.

—Dios mío.

—Estoy seguro de que Sheba y tú tendréis mucho de qué hablar con sus respectivas mujeres. Te esperan infinidad de sorpresas allí.

—Nunca me aburriré contigo, ¿verdad?

—Te aseguro que me encargaré personalmente de que así sea.

—Te quiero, Adannel.

—Y yo a ti más.

—Buff, vas a tener que esmerarte para convencerme de eso.

Entonces la cogió en brazos, y le comunicó:

—Creo que voy a empezar a hacerlo ahora mismo y en profundidad.

Ambos, felices y riéndose como niños, desaparecieron en el interior de su hogar mientras Raquel pensaba al mirarlo que hay personas que te ofrecen las estrellas, y otras, como su increíble marido, que te llevaban a ellas.